Convocatoria 2023 • 2024

Cuentos BREVES USM

Detente, observa & escribe

Editorial usm

Convocatoria 2023 • 2024

Cuentos BREVES USM

Detente, observa & escribe

Universidad Técnica Federico Santa María
Biblioteca USM de la Subdirección de Información y Documentación Bibliográfica

Programa Punto de Encuentro de la Dirección de Relaciones Estudiantiles
Santiago – Valparaíso, Chile

Recopilación 1°
Convocatoria Concurso
de Cuentos Breves USM 2023
Primera edición abril 2025

Edición y corrección de textos
Maricela Hinojosa V.
Jean Véliz D´Angelo

Ilustraciones
Recursos de Internet - Liliana Alegría Guerra
Diseño: Liliana Alegría Guerra
Maquetación: Paulina Zarria Severino

Licencia
Este libro está protegido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Esto permite que otros puedan copiar, distribuir y adaptar el contenido del libro, siempre y cuando reconozcan la autoría original, no lo utilicen con fines comerciales y mantengan cualquier obra derivada bajo la misma licencia.

Para más información sobre esta licencia, visite:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

Nota del Comité Organizador del Concurso de Cuentos Breves USM

El Comité Organizador del Concurso de Cuentos Breves de la Universidad Técnica Federico Santa María compuesto por Biblioteca USM de la Subdirección de Información y Documentación Bibliográfica y Programa Punto de Encuentro de la Dirección de Relaciones Estudiantiles, informa que algunos cuentos recibidos no fueron seleccionados para su inclusión en esta publicación debido a que sus contenidos no cumplen con los lineamientos de la Ley 21.369, la cual regula la prevención de violencia y discriminación de género en instituciones de educación superior. Esta decisión se tomó para asegurar que todos los textos publicados en este libro respeten el espíritu inclusivo y de respeto mutuo que nuestra comunidad promueve y protege.

Presentación

La Universidad Técnica Federico Santa María, a través de Biblioteca USM de la Subdirección de Información y Documentación Bibliográfica, junto al Programa Punto de Encuentro de la Dirección de Relaciones Estudiantiles, presenta el primer libro digital del Concurso de Cuentos Breves USM, titulado "Detente, observa y escribe." Este libro reúne las historias y voces de los estudiantes que participaron en el concurso, agradeciendo sus profundas reflexiones sobre la vida, la naturaleza humana, la sociedad moderna y la búsqueda de identidad. En sus páginas encontramos temas tratados con sensibilidad y un enfoque introspectivo, explorando la resiliencia, el esfuerzo personal, los desafíos académicos y el esfuerzo que caracterizan la vida universitaria.

Agradecimientos

Expresamos nuestro más sincero agradecimiento a los estudiantes que hicieron posible esta publicación, compartiendo su creatividad y talento a través de cuentos que representan la diversidad y autenticidad de nuestra comunidad académica. Desde todos los Campus y Sedes de la USM, cada autor ha contribuido con historias que enriquecen este libro con perspectivas únicas.

Agradecemos también a la Editorial USM, cuyo apoyo desde el primer momento fue esencial para que este libro digital cobrara vida, reflejando la visión original mediante una cuidada maquetación e ilustración. Su colaboración ha sido clave en transformar estas narrativas en una experiencia literaria y visual interesante.

Nuestro reconocimiento también al Comité Organizador, a la Dirección General de Comunicaciones USM por la difusión del concurso, al jurado y a cada persona que participó en la realización de este proyecto.
En especial, agradecemos a la Biblioteca USM, que mediante su plataforma de libros de acceso abierto (https://libros.usm.cl) facilita que, además de nuestra comunidad, lectores de todo el mundo puedan disfrutar de estas creaciones.

Nota de contenido

Este libro no contiene lenguaje inapropiado ni temas que inciten al odio. Algunos de los cuentos abordan temas delicados; sin embargo, estos han sido tratados en un marco de crítica literaria, sin palabras ni mensajes explícitamente hostiles. Sin embargo, cierto contenido podría considerarse impactante para lectores sensibles, ya que incluye reflexiones sobre aspectos desafiantes de la vida y experiencias humanas.

Cesión de Derechos

Al participar en el concurso, los autores aceptaron las bases y cedieron a los organizadores el derecho de reproducir y difundir sus obras en acceso abierto, con fines culturales y sin ánimo de lucro.

Título cuentos

A una madre 12
Ahí te estaré esperando 14
Animal 18
Bestias injustas 20
Bruma 24
Bullet 27
Caída final e irrevocable 30
Cartas 33
Donde lleva el viento 36
El ángel del ciego 39
El encuentro en la fila 42
Errante 44
Escritos sobre un árbol de invierno 47
Esperando un reencuentro 51
La carta 54
La fila 56
La mata pajaritos 59
Más allá de la luz 61
Mateo y la Isla de la Serenidad 65
Mensaje a mi yo del pasado, del presente y del futuro 68
Mi vida en Valparaíso: Entre libros y cafés 71
Miegro 73
Miradas 77
Mis ojos han visto mucho 80
Motor de cambio 83
Prometo no volver a hacerlo 86
Terruño 88
Tic-Tac - Tic-Tac 91
Tic Tic Tic... disociativo 95
Todos los lirios crecen altos 98

Destacados Convocatoría 2023 100
Un anacronismo desdibujado 101
Rasguño 105
Hermanos de la calle 108
El caracol Harry 113

Destacados Convocatoría 2024 119
Me lo dijo un amigo 120
Jugo de naranja 124
La Bufanda 127
“94” Mención Honrosa 130
Agujero Negro 133
Amparo del Alba 137
Cambios 140
Ciudad de cuero, voluntad de piedra 143
Crónica de un Sansano cualquiera 146
Departamento ciento nueve 149
Ecos de la terminal 151
El asco hacia mí 154
El chincol 157
El dicho 159
El eco de un sueño 163
El hombre en el balcón 165
El jardín del olvido 168
El libro 170
El niño y el mar 173
El Testamento de un nuevo comienzo 176
Estación de tren 178
Estas calles 181
Esto es un Cuento ilustrado 184
Esto no es un es un cuento literario 187
Estoy bien 190
Hoy recién es lunes 193

La casa atrapada en el tiempo 196
La geometría no euclidiana del amor 199
La liberación de Mateo: Un viaje desde la pantalla encantada hacia la realidad 202
La memoria del bosque 205
La tos 208
Los ecos del pasado en la casa central 211
Máscaras 213
Metro 217
Números naturales en una pradera 219
¿Qué quiero? 222
Recuerdo de un amor perdido 225
Soy estudiante 229
Transcursos 232
Una vez conocí un Capitán 235
Visita esperada 238
Voces naturales 242

A una madre

Por: AV

Durante las horas de la noche fallezco durante algunos minutos, y como si el miedo propio fuera ajeno se escucha el aullido de un último segundo de vida. Me tardo en reaccionar sobre lo ocurrido, me hundo en las sábanas, y un inmanente dolor aparece en mi pecho. Alguien, por alguna razón desconocida, había hecho lo que en mucho tiempo yo no podía: gritar por auxilio, no callarse. Aunque ese grito habría llegado muy tarde, ya no había quién lo ayudara porque en el nuevo mundo al que pertenecía no había dolor, ni miedo... Siento envidia, aquel estaría sereno.

Luego de escuchar sirenas que al llegar intentarían salvarlo, escucho a una madre rugir del dolor que causó la pérdida. Como si yo fuera aquel cuerpo comienzo a escuchar a la persona que me dio la vida, no puedo parar mis desvergonzados pensamientos, me cuestiono si quiero entablar un desdichado patrón.

Madre, la respuesta es que sí. Pero jamás me permitiría escuchar tus rugidos de dolor que probablemente no merezca. En vida y en inconciencia espero suprimir mi dolor para nunca provocar el tuyo. Eres el único enlace que tengo a la vida, por favor, perdona mi insolencia, acepta el poco amor que puedo ofrecerte, porque mientras más me aferro a tu querer, más dolor debo soportar, porque mientras debo amarte tengo la obligación de construir el muro que me impida asechar el placer que durante tanto tiempo he buscado.

Madre, si tan sólo supieras la magnitud de mi querer por ti. Si tan sólo pudiera expresarme a través de aquella cosa que sale de mi garganta, nunca dudarías de mí, nunca pensarías que no te amo, pero claramente

es algo que no puedo decirte, porque en el fondo de mi corazón dudo de mí, dudo de mi capacidad, aunque tú creas en ella ciegamente.

Madre, si tan sólo pudiera no agonizar en cada segundo de existencia, si tan sólo pudiera ser feliz por algunos instantes. Si tan sólo pudiera existir de tu querer, envolverme, arroparme entre tus brazos. Si pudiera, al fin, sólo pensar en la seguridad de estar junto a ti, y no en aquel desastroso mundo en el que vivimos. Sólo quiero pensar en que estarás aquí durante toda mi existencia, le pido a todo ser superior si es que lo hay, que me lleve antes, que sepas que fue accidental y no provocado por mí.

Madre, no quiero irme de tu lado, no te quiero abandonar, no te quiero ver agonizar, ni mucho menos ver que por el dolor veas la opción de la que tanto me he alejado para protegerte...Así que, Madre, me quedaré. Madre, mi querida madre, prometo ante ti y ante tu querer, no fallarte. Madre, te suplico el perdón por el daño que te provocan mis palabras. Pero debo sincerarme contigo, debo decirte que te amo tanto que eres la razón de mi existir.

Madre, eres aquella que provoca mi resiliencia con la vida.

Madre, mi apreciada madre, te amo.
Gracias por existir.

Ahí te estaré esperando

Por: Frank Salazar

Siempre me he preguntado qué hay después de la muerte. Yo no he tenido ese afán de creer en el más allá. Puede sonar triste, pero en el momento en el que morimos creo que simplemente desaparecemos, nada de alma que trasciende o energía que se libera, al igual que cuando soplas una vela todo se esfuma. Hasta ese día, de ahí en adelante no sé si hay un Dios, dioses o algo por el estilo. Lo que sí descubrí es que, al menos, algunas personas tienen un lugar asegurado después de la muerte.
Fue un caso difícil. Nos tomó cuatro meses atraparlo, aun cuando tenía orden de detención, aun cuando su rostro estaba en cada periódico y pantalla de televisión o teléfono. Se las había ingeniado para eludir a los retenes de policía y cámaras de vigilancia, parecía que el tipo quería burlarse de nosotros. Hasta que lo detuvimos en el aeropuerto porque recogió el bolso que se le había caído a una anciana, esta lo reconoció y en menos de cinco minutos había treinta oficiales y guardias apuntándolo.

Básicamente toda la evidencia que teníamos era circunstancial, pero la cantidad de desapariciones, lo que encontramos en los parques, carreteras, en las residencias que había comprado a nombre de otros era indescriptible. Tantas tumbas. A veces solamente los dejaba en bolsas de basura, por lo que escuché unos cuantos tuvieron que retirarse o tomar terapia por meses. En mi caso, yo que vi las fotos de la escena no pude dormir por unos días. No teníamos armas, no había huellas. El miserable tenía coartadas que no podíamos corroborar, pero era una verdad a gritos: él era el culpable.

Llevarlo a la estación fue difícil, básicamente era un pilar de la comunidad. Una buena parte de sus vecinos obstaculizaron el paso al transporte, pero el resto de la gente quería ver a ese tipo en una hoguera. Tuvimos que impedir a un par de agentes que quisieron arriesgar su trabajo y su libertad con tal de meterle unos disparos a esa aberración.

Se quedó en la habitación con una sonrisa burlesca en lo que esperábamos a que llegara su abogado. Tenía una gran fortuna, por lo que nos matábamos buscando la más mínima evidencia en su contra, cualquier cosa que nos permitiera hacer frente al escuadrón de abogados que llegaría. No dijo ni una sola palabra en la sala de interrogatorios, fingía desconocimiento de cada crimen, a pesar de que podía describir el nombre, apariencia y hasta el más mínimo detalle de las víctimas, pero se escudaba diciendo que había visto los reportajes y boletines de desapariciones. Al final, todos esperábamos que el maldito saliera inocente. Finalmente llegó su abogado.

No fue un grupo de abogados, fue solamente un hombre, tampoco parecía fuera de esos que tuviera un cubo de hielo por corazón. A simple vista parecía un sujeto poco experimentado, ni siquiera llevaba un maletín. Su vestimenta era un saco y pantalones negros, una camisa burdeo y una corbata carmín; una mirada bastante tranquila con ojos café tan claros que casi parecían amarillos. Además, a pesar de lucir joven, emanaba ese extraño olor a viejo. Él se presentó ante el jefe de la estación sin tratar de parecer un estorbo, es más, nos iba a permitir interrogar a este tipo por una hora más, a pesar de lo tentador que sonaba. Nos tuvimos que negar y permitirle tener una charla privada con él. Me encargué de guiarlo a la sala de interrogatorios.

Al llegar a la puerta, él me habló:
—*Descuide, seré breve y podremos llegar a un trato* — dijo, ingresando a la habitación.

Yo me quedé observando a través del vidrio interrogatorio, solamente podía ver, ya que la habitación estaba insonorizada. Él parecía algo desconcertado, pero el abogado se presentó y comenzaron a dialogar.

Luego, al parecer, cambiaron el tema de conversación. Se acercó y empezó a susurrarle. Se quedó así durante aproximadamente cinco minutos, mientras él parecía una estatua. Su sonrisa se desvaneció rápidamente y sus ojos mostraron una expresión de terror. Cuando el abogado se alejó de él, comenzó a gritar y se puso de rodillas contra uno de los rincones. El abogado salió tranquilamente de la habitación, se me acercó y me dijo calmadamente:

— M*i cliente está dispuesto a pedir un trato* —
comenta, alejándose por el pasillo.

Apenas unos minutos después, veo como un grupo de oficiales y gente con traje entran rápidamente por el otro lado del pasillo. Desconcertado, noto que algo está fuera de lugar mientras mi mente empieza a unir las pistas. Resulta que los abogados se habían retrasado en el tránsito, aquel que había entrado no era el abogado de ese monstruo. Cuando tratamos de buscar a ese falso abogado se había desvanecido en el aire. El incidente se volvió una anécdota aún más aterradora cuando vimos las grabaciones de las cámaras en la estación y aquel abogado no aparecía nunca. Todas las interacciones que tuvo con la gente aquí en la grabación no estaban registradas. Todos nos veníamos como hablándole al aire.

Cuando entramos a ver qué le había pasado a ese monstruo estaba desesperado, escribiendo una confesión de cada uno de los crímenes, hasta el más mínimo detalle. Despidió a sus abogados en el momento en que estos entraron. Cuando le pregunté qué le pasó, él solamente lloró y me dijo:

— Él lo sabía todo, hasta el más mínimo detalle de ellos, de mí, mis sueños y deseos más secretos. Cuando le pregunté quién era, me dijo: *«Escúchame bien, no importa si mueres hoy, mañana o en ochenta años. Te estaré esperando y ahí tendrás el privilegio de conocerme tal como soy».*

A partir de ese momento, supe que alguien está del otro lado, esperando sólo a un selecto grupo al que jamás desearías pertenecer.

Animal

Por: Ismael

Ocurrió que caminando estaba yo, pensando, indagando en el futuro estando en el presente. Caminaba a paso de tortuga, como me decía el anciano ya de noventa y tres años. Una gran cucaracha, que de grande tenía su boca y sus alas. Era un aroma a hogar el que se me vino a la mente ese día: la casa, el sol, la lluvia, los intelectuales, la cama, el sonido de los pájaros, los perros y lord perro; unos animales queriendo morderse uno con otro. Viven las abejas, símbolo de peligro. Mueren. Ni hablar de las mariposas, eran de todos colores, la abuela Luisa que llevaba muerta hace más de un siglo en la cueva que ella misma construyó. La escuela no existía, los intelectuales se multiplicaban y de pronto, como si de un *flashback* en 3D se tratara, vuelvo a la realidad, más bien al presente. Quizás al pasado. Ese mismo día, ese mismo instante en donde todo ocurrió.

Ocurrió que caminando estaba yo, junto a una hormiga, un pez y una golondrina, junto a un águila que nada ve, junto a un perro no, pues los detesto con mi corazón, unos cerdos jugando a quien come más. Todo tipo de animales, idiotas e intelectuales como he de saberlo yo. Si sólo estaba caminando ese día, ese mismo día, ese mismo instante en donde todo ocurrió.

Ocurrió que caminando estaba yo, solo, más sin nadie junto a mí. Quiero decir todos, pero yo, yo caminaba junto a ti, si tú, tú que lees esto y del futuro pretendes ser. Corro para verte leer, te admiro por tus hazañas, quiero llegar a ser como tú, un gato en el altar, como han de acariciar a un gato. Como una esponja quiero pensar, si es que pienso, pues no soy intelectual. Por la ventana del edificio logramos divisar animales

intentando la vida arrebatar, un miserable pudú de dimensiones descontroladas dejó de estar en ese mismo instante donde todo ocurrió. Ocurrió que ya no estaba yo, pues veía de todo, menos mis manos, menos mis pies, menos mi cuerpo. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estoy? ¿Qué le ha pasado a mi cuerpo? Quiero dejar de caminar, pues lo observé y ya no quiero caminar. ¿Quién querría caminar sabiendo dónde va? Pues yo lo sabía, tú no, tú no sabes nada, y yo lo sabía todo. De pronto, el hijo de un perro me dice que contarle un cuento adecuado parece ser, inmundo animal, no sabe cómo lo detesta. No se baña. Hay que darle la comida, hay que quererlos, hay que acariciarlos casi como a los gatos. Son torpes y no ven el futuro como yo, pues no caminan, los hacen caminar.

Indagando en el pasado estando en el futuro, queriendo caminar a paso de tortuga estaba yo, una pequeña cucaracha, con pequeña boca y pequeñas alas. Qué más. Describía lo que veía, cucarachas, cucarachas por doquier. Parece que intentan algo. No puede ser, el aroma hogareño aparecía de nuevo, los perros, los pájaros, la cama, los intelectuales, la lluvia, el sol y la casa. Ocurrió todo tan rápido ese día, lord perro ya no estaba. Yo ya ni caminaba, tú, quién lo sabe. La hormiga seguía trabajando, la golondrina en canarias se encontraba. Ocurrió que estaba en el futuro, miserable, torpe, intelectual, todo un animal.

Bestias injustas

Por: Pinguino Draconiano

Espartaco acariciaba a su vaca Lola después de una ordeñada exitosa. Era una vaca bien portada, a la que le tenía mucho cariño. No sólo porque le daba leche, sino porque parecía siempre hacerle caso, y le gustaba verla pastar apaciblemente. Además, cada vez que iba a tocar su hocico, parecía acercársele cual Chimuelo. Era una vaca muy inteligente.

Luego salió del establo con el cubo de leche en mano. Lo esperaban «los grises», como suelen llamarlos los humanos. También los llamaban «los supervisores», pues se quedaban día y noche viviendo en la granja para supervisarlos.

Hacía mucho tiempo hubo una cruenta guerra, en la que murieron muchos soldados, más humanos que alienígenas. Una guerra aún fresca en la conciencia de Espartaco, a quien se le achicaba el corazón cada vez que la recordaba. Aun viviendo lejos de las ciudades, que fueron el epicentro, todos sus familiares murieron alcanzados por el rayo de la muerte, y se quedó sin nada, excepto por la granja y su vaca Lola.
Ahora los grises se paseaban por sus granjas como si les pertenecieran, y obligaban a los humanos a trabajar para ellos, sembrando, regando, cosechando, ordeñando y matando animales para que se los llevaran al resto de grises.

Al darles el cubo, uno de estos insertó el dedo en la leche y luego se lo llevó a la boca para probarla. Puso una mueca de desagrado —muy agria— y se limitó a criticar, lo que no puso contento a Espartaco. Su corazón ardía con furia cada vez que se encontraba con esos seres, pero no podía contestarles de vuelta, pues las consecuencias no serían menores.

No obstante, poco a poco, eventos como este, fueron avivando el fuego. Comenzó como un susurro, un rumor, una pequeña chispa, débil, que encendería una vela en la oscuridad, y terminaría como fuego, fogata, un incendio forestal y magma de los montes más altos, en donde se forjaría el metal rojo de la resistencia.

Los grises no lo vieron venir. Cientos de humanos se les abalanzaron un día, liderados por Espartaco, cuchillos y azadas en mano y, a pesar de que algunos se defendieron fieramente, en menos de una hora ninguno de sus opresores quedó vivo.

El pueblo bailó encima de los cadáveres de sus enemigos, con las manos aún llenas de sangre, y la panza llena gracias a los alimentos que por tanto tiempo les habían tenido guardados.
Pero poco les duró la celebración.

Al día siguiente, el horror se cernió sobre ellos. El rayo de la muerte cayó del cielo, llevándose almas sin discriminar. Hombres, animales y plantas. En menos tiempo del que les tomó recuperar la granja, se dispersaron por el bosque, desapareciendo entre los árboles.

Exceptuando a Espartaco. Este entró en el corral, envuelto en llamas y con los animales en pánico. Le puso un collar a su vaca Lola y logró arrastrarla afuera utilizando todas sus fuerzas.

Y así ambos corrieron por el bosque, subiendo la montaña. Escapando de sus enemigos y esquivando el rayo por los pelos.

Casi una hora más tarde, lograron perder de vista a los platillos voladores que les perseguían.

No obstante, Espartaco sabía un par de cosas de los grises. Estos barrerían todo el bosque buscando humanos, por lo que no era seguro

bajar. Incluso podía oír abajo en la distancia cómo de vez en cuando los sonidos de un trueno repiqueteaban contra lo que quedaba de sus compañeros. Pero, quizás sí sería seguro subir. Atravesando la montaña. Nadie dijo que sería fácil. De hecho, lo tenía por sabido, una y otra vez los invasores lo cazarían y se vengarían, hasta que fueran exterminados como cerdos, o hasta que se volvieran dóciles, y ya nadie se atreviese a levantar la mano en contra de uno de ellos.

Pero la fe de Espartaco era inquebrantable. Sin importar cuántas veces lo derribaran, a cuáles compañeros le quitaran o cómo lo lastimaran, él seguiría luchando. Es más, sabía en su ser que aquel fuego que fluye por uno fluye por todos. Dentro, en lo profundo de cada ser humano, se oculta la gema de la esperanza, la brújula de la justicia, la ambición de cambiar el mundo. Y de una forma u otra, los fuegos de la revolución volverían a surgir. En manos de hombres, mujeres y niños.

Al final del día, los humanos vencerían.
Pero no hoy.
Ahora cruzaba el paso montañoso. Sufriendo y resistiendo grandes ventiscas y temperaturas bajo cero. Lo que, es más, sin comida, ni agua, ni ropa abrigada, le costaría salir vivo de ahí. Y si bien logró ingeniárselas para sobrevivir, desnutrido, sorbiéndose los mocos y tiritando a cada paso con Lola, al tercer día le tocó la prueba final de su voluntad.
El viento golpeaba y golpeaba, tirándolos con una fuerza abrumadora, frenando su avance y amenazándolos con lanzarlos por los riscos. Tanto él como la vaca utilizaron la entereza de su musculatura para asirse de las piedras y no caer a una muerte segura. Y entre el atronador sonido del vendaval, la inmisericorde nieve y el granizo; él gritaba, tan amortiguado por el ruido, que más parecía un susurro, le rezaba a su dios por fuerzas para superar la tormenta.

En dado momento resbaló. Y Lola, presa del pánico, corrió en la dirección contraria.

Él, con todas sus fuerzas la tironeó, gritándole:
—¡Lola, no! ¡La salida está cerca, debemos seguir adelante!
Se sostuvo de una roca, permaneciendo quieto, con frío, cansancio y miedo.

Pero la luz se hizo y, al abrir los ojos, su corazón se llenó de calma. Adelante estaba la verde pradera. Y caminó lentamente hacia esta, arrodillándose, dando gracias por su suerte.

No obstante, vio algo platinado en el cielo. E inmediatamente supo que ya sólo una cosa podía hacer.

Soltó a la vaca, la cual corrió hacia el campo. Y con una sonrisa en la cara, Espartaco se despidió de Lola mientras era convertido en cenizas. Se fue al son de palabras alienígenas, traducidas como «¡Muere, animal, mataste a Zeth'idt!».

Bruma

Por: : Alset

«La muerte es hermosa», me dije a mí mismo, al tener sus manos en mi cuello, y a mis pies el hielo reflejando bellas estrellas y nebulosas que nunca habían sido vistas por otros hombres.

Ya cuando la tenue luz me permitió ver lo imposible a mis pies, era demasiado tarde. Infinitos paisajes, infinitas posibilidades, mentiras, mentiras que parecen verdaderas cuando se fuerza al destino, pero que en el fondo no son más que una simple estratagema del cosmos, aun así, no puedo hacer nada.

Ni aun cuando sentía mi vida escapar, no pude hacer nada. ¿Quién podría resistirse ante tal paisaje, tan extraño e inefable, pero familiar? Algo recóndito en mi mente que había olvidado hace mucho. Temido, pero esperado, como la incertidumbre de esperar en un día nevado, como la vida en un planeta deshabitado.

Ante aquel reflejo, capté un atisbo de algo que desearía olvidar, el comienzo de algo hermoso, el reflejo de su rostro, cruel y pútrido, vacío por el paso de eones encarcelando almas. No pude evitar subir la mirada y contemplar esa inefable belleza, causante de grima y tristeza, pero extrañamente familiar cuando se tiene cerca, aun cuando la tuve frente a mí, no puedo recordar su rostro. Sólo tengo pequeñas memorias de lo que me transmitió, de lo raro y a la vez familiar. Aquel ónice cabello y sus ojos rasgados que vieron al primer humano que fui, y al último que seré.

«La muerte es hermosa», susurraron las estrellas al ver tal paisaje. Todos sus ojos se posaron en ella, pero extrañamente nadie pudo verla bien, ninguna estrella recuerda siquiera un atisbo de ella, o, mejor dicho, de eso

El impacto fue tal, que algunas de ellas cambiaron su órbita para alejarse de aquel olvidado planeta; otras, simplemente se quedaron estáticas ante tal revelación y hasta el día de hoy se les puede ver si uno sabe donde yacen.

Ginger apoyó su mano en el hombro de su hermana.
—¿Aún sigues tratando de encontrar sentido a eso? Lyn, debemos hablar, esta vez en serio.
—Tienen sentido, Ginger. Por favor, no me digas que tú tampoco lo entiendes, eres la única, eres la única que también lo conoce. No sólo a quien la gente veía, tú conocías su alma, sabes quién es. Él no haría algo así, debe de estar en problemas, necesita mi ayuda.
—Lyn, me destroza verte así. Te entiendo, créeme, pero ella se fue. Lo vimos partir, tienes que parar. Acepta que ya no está con nosotros, todavía hablas como si estuviera aquí, leyendo ese sinsentido por horas y horas como si significara algo. No quiero hacerte daño, eres lo único que me queda. No me esperes hoy, estaré fuera hasta tarde.

Sé que Ginger no quiere hacerme daño, sé que no tiene malas intenciones, pero no lo entiende, no quiere entenderlo. Tengo que llegar al fondo de esto, es real, puedo sentirlo. Sólo necesito...

La muerte es horrible, cercenadora de almas, carcelera de emociones, astilla de un algo superior e intangible, pero noble, noble y cruel, despiada con honor, librada de su castigo por un alma que no sabía con qué estaba tratando. (Antiguo diario de un habitante de TrES-2b).

—¿Crees que todos los de ese planeta eran así de raros?
—Es raro juzgar sólo por un diario, pero este en particular, suena bastante raro. Aún ocupaban nombres.
—Nombres de los de verdad.
—Nombres de los de verdad, y hay algo más escrito al final del diario.
—Pero este escrito es raro. No han dado formato a este.

—Sigue siendo entendible, lo que es aún más raro es que el diario parece de verdad, no un reflejo de luz.
—Leamos lo último, está por completar su órbita Dalapaz:

Sin vestigio de las eras, sólo invierno es lo que queda
Me entristece y enajena, pero sé que es mi condena
Porto aquella piedra, reminiscente de mis pecados
Algún día la llevaré con orgullo, cárcel del alma que renueva memorias
Tal vez miento, y me desharé de ella
Pero no puedo deshacer las memorias que cargo en la faltriquera
A veces anhelo volver al pasado, pero sé que no podría cambiar nada
Si fuera mejor cargaría con ellas, si fuese peor, dejaría la pena
Pero como soy yo, vago hasta recordar las memorias que perdí
Sólo me gustaría pedirte perdón, pero sé que no soy digno
Traté de alejar a la muerte de ti
Pero sólo logré provocarte dolor y soledad
Espero algún día poder volverte a hablar
Pero las almas astilladas sólo existen
Vivirán por la eternidad, escasas de conciencia
El peor castigo, para quien atente contra su propia vida
Pero el peor castigo para mí es cargarte cuando no recuerdo haberte cosechado.

Bullet

Por: Danniella

No puedo respirar. Realmente no puedo respirar.
¿Por qué mierda no puedo respirar?

Estoy asustada, pero no siento cómo mi cuerpo demuestra mi miedo. No siento el corazón acelerado ni el frío, aunque tampoco siento la calidez. También pareciera que a mi cuerpo no le importa que no pueda respirar. Siento mi cuerpo liviano, eso hace que extrañe el peso de mis hombros y el dolor en la zona lumbar de mi espalda, aunque, por otro lado, me relaja dejar de sentir el ardor de mis brazos, mi dolor de cabeza y mis pies cansados.

¿Por qué me siento libre de mí misma?

El recuerdo de un ruido penetrante me hace abrir los ojos como si estuviera despertando de una pesadilla. De nuevo trato de respirar, pero cuanto más trato de hacerlo, más me siento ahogada, por lo que trato de relajarme mientras miro a mi alrededor.

Me encuentro en mi cama y me extraña que esté tan ordenada. ¿Qué pasó? ¿Por qué me siento así? Un dolor de cabeza me hace querer gritar de dolor, pero ningún ruido sale de mi boca. Pongo mis manos en la zona que me duele para tratar de aliviarlo. ¿Dónde está mi cabeza? Me intento agarrar el cuello con la duda de por qué no puedo hablar. ¿Dónde está mi cuello? Asustada me levanto de mi cama.

Lo primero que veo es una bala en el suelo. ¿Cómo eso llegó a mi habitación si ni siquiera tengo una pistola? Me agacho para recogerla.

¿Dónde están mis brazos? Miro mi cama y trato de gritar al ver mi propio cuerpo. Retrocedo unos pasos y niego sin parar. ¿Quién mierda mi hizo eso? Choco con la pared y sin dejar de mirar mi cuerpo, trato de recordar qué es lo que pasó.

Lo único que recuerdo es que hoy salí con mis amigos. Recuerdo haber pensado que no quería estar con ellos, que su presencia me molestaba, ¿o era mi presencia la que me molestaba? Recuerdo haber reído, jugado y sonreído con ellos. ¿Lo pasé bien? Creo que no. Bebí un poco de alcohol, tal vez mucho más de lo que debía de tomar sólo para callar aquel susurró de mi cabeza que me recuerda sin parar que todo lo que hago está mal. ¿Realmente el alcohol los calla? Claro que no, no hace más que aumentarlo, hacer que se convierta en un grito desesperado de que no debo de estar ahí, ni en otro lado.

¿Qué tan desesperado debió de ser ese grito como para terminar así?
Mierda.
Mierda, mierda, mierda.
¡Maldita sea!

Me acerco a mi cuerpo. Está pálido, me veo horrible. Las lágrimas siguen frescas sobre mis mejillas. La pistola sigue en mi mano. ¿De dónde mierda lo saqué? Conociendo mi «Yo» ebria, seguro lo robé de por ahí.

Odio mi «Yo» ebria.

¿Por qué hiciste eso?
— ¿Hija? —Es mi madre gritando desde el primer piso
—. ¿Qué fue ese ruido?

— ¡Mamá! ¡No subas!
— trato de gritar, pero nada sale de mí
—. ¡No subas!

Corro hacia la puerta de mi habitación para así prohibirle la entrada, fallando completamente, ya que la propia puerta atravesó mi inexistente cuerpo, haciendo que mi madre soltara un grito gutural que de seguro despertó a toda la cuadra.

— ¿Hija? No, no, no.
—Miro cómo mi madre camina con dificultad hacia mi cuerpo.
— Lo siento
—trato susurrar

Lo siento, mamá.

Mi madre agarra mi cuerpo para mecerlo como si fuera aún su bebé. No puedo moverme ante la escena. Mi madre no deja de llorar, haciendo que sus lágrimas se mezclen con las mías. Luego entra mi padre que se detiene en el marco de la puerta al notar lo que está pasando. Mi padre siempre fue un hombre fuerte, pero ahora estaba arrodillado, negando con desesperación lo que está viendo.

Me siento horrible.

— Lo siento, yo no quería. No seas estúpida, sí lo querías. En serio no quería, perdónenme, ¡por favor! —trato de gritar para que me escuchen—. Mamá, papá, por favor, yo no quería. —Me acerco a mi padre y me arrodillo al frente de él—. Papá, perdón. Deja de llorar. Perdóname.

Caída final e irrevocable

Por: EL gato negro

Es extraño, ¿no crees? Se siente como si esta no fuera mi vida, fuera la de alguien más. Me siento fuera de mí.

Cada vez que sueño veo distintos mundos, distintas realidades y cuando despierto se siente como si tuviera nostalgia. Sueño con bosques, ríos, días lluviosos, tormentas... con personas que nunca conocí, pero que se sienten tan cercanas, tan reales, que me duele despertar.

Mis memorias son borrosas, confusas. A veces mezclo la realidad con el sueño, no sé cuál es cuál. Muchas veces me pregunto si sigo en el sueño. No le comento a nadie lo que me pasa, me da miedo que me tachen de loco. Con el único que hablo de esto es conmigo mismo y ahora contigo. Guarda mi secreto.

Estuve investigando y hay muchas personas a las que les pasa lo mismo, que sienten que viven por mucho tiempo en un sueño muy realista y cuando despiertan está todo revuelto, sentimientos, pensamientos, vivencias. Hasta que poco a poco se empiezan a ordenar las cosas y lo que era el sueño empieza a desaparecer hasta llegar a ser una sensación de pesadez, de no querer levantarse, de seguir en el sueño.

No todos los sueños son buenos, tengo también muchas pesadillas. Sueño mucho con la muerte... mi muerte. Desde asesinatos a suicidio, por muerte natural o desastres naturales. He muerto tantas veces que la muerte ha perdido todo sentido.

— ¿Recuerdas cuando fuimos al río y me llevó la corriente?

— Sí, intentaste cruzar y la corriente era muy fuerte, pero te logramos sacar.
— No lo recuerdo así. Recuerdo haberme ahogado, recuerdo la sensación de ser arrastrado y el agua en mi cara evitando que respirara.
— Es imposible, por algo estás acá hablando conmigo.
— Yo también lo creo imposible, pero eso es lo que recuerdo.

Sabes, hay veces que siento que me voy, me refiero a que algo me aleja de mi cuerpo, como si me agarraran por la espalda y me arrastraran hacia otro lugar. En ese momento todo se vuelve tan irreal, borroso, hasta que gradualmente vuelvo en mí.

Esto va a sonar loco, pero tengo la teoría de que puedo viajar entre mundos paralelos a distintas versiones de mí mismo. ¿Lo crees posible? No respondas, sé que suena muy descabellado. ¿Cómo sería posible? Me avergüenzo de mí mismo por pensar siquiera en esa posibilidad. Por favor, no me mires con esa cara, no estoy loco. ¿O quizás sí?

— Teniendo en cuenta que toda esta conversación ha ocurrido mientras te ves en el espejo yo creo que sí estás loco. Yo y los demás fuimos creados debido a varios traumas en tu vida, o eso fue lo que dijo el doctor, nosotros somos tú. Estamos dementes, por eso nos encerraron acá, en esta habitación sin poder salir, tenemos baño y nos traen comida. Somos un peligro para la sociedad. Tus sueños son prueba de eso, son la distorsión de tu realidad y las ganas de escapar de tu vida, atormentándote.

— Loco, loco. ¡Estás loco! ¡Aaaaa!

¡Silencio! No quiero escucharlos, salgan de mi cabeza, no quiero escucharlos, no quiero verlos, déjenme tranquilo. ¡VÁYANSE!
¡Quiero huir, quiero que termine esto, quiero irme, quiero callar las voces

en mi cabeza, quiero que se vaya todo, quiero acabar con esto! Quiero morir.

¿Qué sentido tiene? Si me voy ellos tomarán el control. No debo dejarlos tomar el control, no debo...
Muy tarde... otro llegó a reemplazarte.

Cartas

Por: Joaquín Urzúa

Saqué una hoja y comencé a escribir. Taché, volví a escribir y volví a tachar. Arrugué la hoja. Saqué una nueva. Escribí y escribí y, cuándo pensé que el borrador estaba listo, se manchó diminutamente.

Impresentable. La boté a la basura. Desarrugué la hoja anterior. La leí. No me gustó. La rompí con algo de ira. Dejé de escribir. Miré por la ventana y observé el parque que tenía enfrente. Necesitaba aire fresco y, como había un sol espléndido, decidí dar una pequeña vuelta.

Después de calmarme y meditar un momento, pensé que sería mejor decírselo en persona en lugar de escribir una carta. Sí, eso era mejor.

Volví a mi habitación, saqué una nueva hoja y comencé a escribir.

Esta fue mi rutina por varios días, hasta que una noche, mientras me encontraba escribiendo, tachando y arrugando hojas de manera desenfrenada, sonó el timbre. Dejé de escribir al instante, dejé el lápiz a un lado del papel, lentamente y de forma paralela a este; corrí la silla hacia atrás, con sumo cuidado para no hacer ruido, y me levanté de un salto, con la sangre hirviendo. ¿A quién rayos se le ocurría importunarme precisamente en un momento tan crucial? Mis apresurados pero amplios y pesados pasos hacían retumbar la madera del suelo. Quien quiera que fuese, deseará no sólo marcharse corriendo, sino que deseará no haber venido jamás.

Abrí la puerta con la expresión más enojada y feroz que los músculos de mi rostro recordaban. La puerta chocó contra la pared y casi se destroza la manilla. Miré a la persona frente a mí y, súbitamente, mi cabeza se enfrió, mi corazón se detuvo por un instante, para continuar con un ritmo

alegre, y mi rostro pasó a mostrar una amplia sonrisa que me provocó un gran dolor en los músculos por el brusco cambio de expresión. Era una mujer, y bastante guapa, por cierto.

Estaba impresionada y titubeó un momento. No sabía si hablar o marcharse, así que decidí preguntarle por el motivo de su visita.

Tartamudeando, me dijo su nombre, me explicó que era la nueva persona encargada de la limpieza y me preguntó si necesitaba de sus servicios. Di media vuelta y eché una rápida mirada por la habitación, aunque sólo por reflejo, ya que sólo poseo objetos materiales indispensables.

Limpiar por mí mismo no es un problema, por lo que siempre mantengo impecable. Me disponía a negarle y agradecerle, cuando me percaté de que había una mota de polvo en la ventana frente a mi escritorio. ¡Qué horror! Estuve escribiendo con una mota de polvo frente a mí. ¡Cómo es posible!

Le dije que sí, que necesitaba sus servicios con urgencia y le señalé al susodicho. Entre espantada y confundida entró, se dirigió hacia la ventana y, a pesar de su estado alterado, sacó un pañuelo y tomó la mota de polvo con una delicadeza y una elegancia que jamás había visto. Se tomaba muy en serio su trabajo. Eso me gustaba.

Se quedó parada un momento. Me pregunté por qué, si ya había terminado su trabajo, cuando me percaté de que estaba leyendo la carta que había dejado encima del escritorio. Iba a lanzar un grito para que se alejara, cuando la oí sollozar levemente. Me miró con pequeñas lágrimas en los ojos e intentó hablar, pero no le salieron las palabras.

Tomó aire, se tranquilizó un poco, me pidió disculpas y me dijo que la carta la había conmovido hasta el alma, que ojalá alguien le escribiera

una carta así, aunque fuera sólo una vez en su vida, y que la destinataria era muy afortunada por recibirlas.

¿Qué quiso decir con que ojalá alguien le escribiera una carta así? ¿Y con que la destinataria era afortunada? ¿Será una indirecta? ¿Quiere que le escriba una carta? ¿Se enamoró de mí? Sí, eso debe ser.

Le expliqué que lo nuestro no podía funcionar porque, como acababa de ver, me encontraba escribiendo cartas para una mujer, a la cual quiero y respeto mucho, por lo que debería olvidarse de mí y conseguir a alguien que la aprecie y le corresponda en el amor, como se lo merece. Le pedí disculpas, le agradecí por su excelente servicio y me despedí. La conmoción en su rostro se transformó en confusión, aunque probablemente era su forma de disimular su tristeza. Pobrecilla.

Se dirigió hacia la puerta y, aún confundida, dio media vuelta y abrió la boca para decir algo, pero cambió de opinión y se marchó sin decir nada. Tenía una silueta armónica.

Cerré la puerta silenciosamente, me dirigí hacia el escritorio, me senté, tomé la hoja que estaba a medio camino, la leí, la arrugué, saqué una nueva, tomé el lápiz y escribí el nombre de aquella mujer como la nueva destinataria de mis cartas.

Donde lleva el viento

Por: Andrés Ángel

Así es, puedo transformarme en viento. Ni mi padre lo sabe. Hoy llegó más molesto que de costumbre, cerró de un portazo la entrada, sacó una cerveza y empezó a decir que un idiota le destrozó el auto. Estaba sentado gritando al techo, yo lo veía desde la puerta de mi cuarto. Cesó un momento, volteó la cabeza y me miró, tenía los ojos enojados, sus labios se presionaban y exhalaba por la nariz con intensidad, pero lento. Me di la vuelta y volví a mi habitación.

Me acosté a escuchar música, como lo hago usualmente. Cerré mis ojos y empecé a sumergirme en la música cuando, de pronto, dejé de escucharla. Abrí mis ojos y estaba en la cancha «San Pedro», el lugar abandonado que queda a cinco cuadras de mi casa. Me levanté, saqué la tierra de mi espalda y me devolví a mi casa. Juzgando por lo morado del cielo había pasado un gran rato desde que me acosté en mi cuarto. Llegué a mi casa y toqué la puerta para ver si papá estaba despierto y me abriera. Obviamente estaba despierto y borracho. Me miró de la misma forma que hace unas horas atrás y se fue. Me dirigí a mi pieza y me dormí.

El día siguiente fue domingo, por lo que papá y yo no teníamos nada que hacer. Me preguntó si quería salir a almorzar afuera. No sé por qué estaba de buen humor ese día, y le dije que sí. Almorzamos «Donde Toyo», comida casera que hace tiempo no probábamos. Al terminar caminamos por la plaza, camino a tomar locomoción, pues el auto no servía. Para acortar camino pasamos diagonalmente y en el centro estaba mamá. El silbido del viento generado por las ramas y hojas de los árboles; el vuelo de las palomas asustadas por un grupo de niños que corrían y gritaban hacía

ellas; el casi mudo pasar de los autos; la silueta
de mi padre, la cual lograba ver periféricamente; incluso la sensación del sol en mi rostro; todo se desvanecía poco a poco. Sentí cómo la respiración se me cortó. Se paralizó mi cara, era consciente de cómo los músculos se me contraían y la sangre paraba de fluir. Mi abdomen se contrajo. Empecé a hundirme. Mi pecho se empezaba a expandir aplastando mis pulmones. Comencé a ver borroso.

Cuando sentí cálida mi espalda, pude respirar nuevamente. Inhalé todo lo posible por mi boca y comencé a llorar. Mientras escuchaba el sonido de mi llanto, con mi cuerpo a punto de caer frontalmente, pude observar lo húmedo del piso. Sentí que moría. Me fui levantando con calma. Cuando estaba casi erguida vi que mamá ya no estaba. Se había marchado. Pudo ser una alucinación, un recuerdo. Cuando volteé la vista, vi el rostro de papá, estaba a la defensiva, recto como era su costumbre, sólo que ahora muy serio y tocando mi espalda, con una sola mano, cuidando que no muriera. Me ayudó a caminar hasta una banca de la plaza. Sentados, puse mi cabeza sobre su hombro hasta que me sentí estable para llegar a casa. Recordé una calidez que no sentía hace años.

Una vez en la casa, me besó en la cabeza y me dijo que fuera a descansar a mi cuarto. Sentada en mi cama tomé mis audífonos y los dejé a mi costado, sentí que debía escuchar música, pero no quería hacerlo. Papá es una buena persona. Desde eso nos vinimos a vivir acá y empezó a beber más. Nunca me ha hecho daño, como dicen las viejas del frente. Solía ser una persona más alegre hasta que mamá nos dejó.

¿Lo habrá hecho por qué no quería más a papá? Lo habría entendido, pero se fue sin ninguna explicación. Son personas jóvenes, quizás mamá no estaba lista simplemente, fue madre antes que mujer. No me puedo culpar por ello. Ya no quiero sufrir.

Desperté, me hice viento nuevamente. Estaba muy oscuro y no sabía

dónde fui a parar. Escuché el ruido de unos vidrios quebrándose, algo metálico siendo golpeado y la alarma de un auto. Instintivamente me tiré al suelo y cubrí mi cabeza. Un hombre gritó que dejaran su auto en paz, miré de reojo y lo vi salir de su casa para atacar al rompe autos, pero este, con su fierro, le bateó la cabeza y siguió con su acto hasta que llegaron los policías para apresarlo. Durante todo ese tiempo estuve en posición fetal cubriendo mi cabeza. Un oficial me vio, me preguntó dónde vivía, hice una declaración como testigo y me llevó a casa. Toqué la puerta y se abrió sola.

Al día siguiente, me notificaron que papá estaba preso por vandalizar cosas en estado de ebriedad. No dudé en que fue él quien atacó el auto de ese hombre. Tuve que ir a su juicio y mudarme a casa de mi tía en otra ciudad. Me ayudó a empacar mis cosas. Hablé con papá el día siguiente, fue la conversación más larga que tuvimos en ese año. No le guardo rencor. Ya en casa de mi tía me dijo las fechas en que lo visitaríamos, me mostró mi nuevo cuarto y me ayudó a desempacar. Ese día me fui a acostar, cerré mis ojos y sentí que flotaba. Abrí los ojos y me di cuenta de que flotaba sobre la ciudad. Podía dirigirme donde quisiera, ver lo que quisiera. Pasé un gran rato visitando la ciudad, luego volví a mi nueva casa a descansar.

El ángel del ciego

Por: Naislend

— ¿Debo ir ahora mismo? — Hice una mueca de susto, por primera vez pensé que irme de voluntariado quizás no era lo mejor que podía hacer con mi existencia celestial, podía ayudarlos perfectamente sin estar entre ellos.

— Sí, ya es tiempo. Así dice el contrato — respondió mi compañero mientras sonreía divertido y relajado, pues claro, él no iba a bajar a la Tierra como yo —. ¡Buena suerte y recuerda que lo importante es divertirse, amar, aprender y luego enseñar!

— Y de la nada me pateó el trasero, empujándome de la nube.
Pasaron dieciocho veranos luego de aquel suceso, el ángel ya no recordaba nada de su existencia ni del por qué había venido a este planeta, se había convertido en una chica humana del montón.
Una noche estrellada y tranquila, luego de haber hecho un largo recorrido por el desierto con el rebaño, me instalé en un oasis. La vida era hermosa, a pesar de estar sola con los camellos todo el tiempo.

— ¡¿Por qué no enciende?! Rayos, ¡prende ya! — gritaba enojada, raspaba y raspaba, y no salía la chispa. Si no encendía una fogata pronto moriría de frío en medio de ese desolado desierto.

— Me llamo Hugo y he venido aquí a ayudarte... — dijo una voz igual de joven, ¡tal vez un poco más aún! Levanté la cabeza completamente asustada y vi a un chico como de mi edad, pero muchísimo más bajo que yo y llevaba lentes de sol, a pesar de que era de noche
— Pero ¿qué? Cómo tú... ¿Quién eres y qué haces aquí? ¡Cómo!

— Para poder encender el fuego, tienes que... — El joven evadió por completo mi pregunta y empezó a explicar cómo hacer las cosas. Al parecer, ayudarme era más importante que darme una explicación de quién era y por qué estaba allí y cómo apareció de la nada frente a mí. ¡Me hablaba como loro mientras tomaba mis cosas!, pero también noté que palpaba todo, entonces me di cuenta, él era un ciego.

De la nada saltó la chispa y encendió una fogata.
Empecé a tartamudear de la sorpresa y vergüenza de que un ciego pudiera encender una fogata y yo que podía ver perfectamente no pudiera hacerlo.

El joven me sonrió. Cuando vi su sonrisa, me pareció la sonrisa más hermosa que había visto en toda mi vida, y de alguna manera su presencia repentina dejó de inquietarme y me vi agradecida y encantada con él a mi lado.

— No porque mis ojos no funcionen como los tuyos significa que no pueda ver. Puedo ver sin ver — respondió él. Hice una mueca de confusión, antes de que le hiciera una pregunta al respecto. Se sentó en la arena y dijo triste —: ¿Puedo quedarme contigo esta noche, por favor?
Yo acepté sin siquiera imaginarme que dejarlo entrar a mi vida sería el inicio de una gran amistad y romance. Hugo era extremadamente culto.

Pasaron los días y siempre caminábamos juntos por el desierto, cada vez que yo salía a pastorear con los camellos.

Un día, Hugo me hablaba de ciencia y yo le respondía con literatura; otra semana, él me hablaba de matemáticas y yo de filosofía. Él me enseñaba cosas que en el orfanato jamás me habían enseñado y yo le enseñaba el mundo que él no podía ver. Era un complemento perfecto.

Hugo era ciego de nacimiento y su más grande sueño era poder ver.

Entonces yo le hacía ver el mundo y le contaba cuentos sobre este.

— Eres la chica más hermosa que he visto en toda mi vida, eres mi ángel — dijo mientras pasaba sus dedos por mi cara y yo sonreía, sonrojada. Al pasar el tiempo nos fuimos enamorando cada vez más el uno del otro.

Era un amor tan grande y único que el resto de los hombres sabios y mayores no podían comprenderlo. Era una especie de chiste para ellos. Algo demasiado irreal, ya que la gente solía enamorarse cuando veía a los ojos, pero yo me enamoré de sus sonrisa.

El encuentro en la fila

Por: M

El supermercado era un lugar de rutina para Alex, un joven de veintitrés años que buscaba llenar su carrito con las necesidades de la semana. Pero este día, una simple interacción en la fila del supermercado, cambiaría su perspectiva para siempre. Mientras esperaba en la cola, un anciano se acercó a él. Era un hombre de aspecto cansado, y había estado en medio de una discusión con otro cliente. El desconcierto se reflejaba en su rostro mientras intentaba entender su posición en la fila.

Sin querer problemas, Alex se apresuró a explicar que no era el último de la fila, sino el hombre de voz áspera que había estado reclamando. Alex señaló hacia él y el anciano asintió. El hombre de voz áspera finalmente le dijo al anciano: «Está bien, puedes pasar primero», ya que llevaba un carrito lleno y el anciano apenas tenía unos pocos productos que, además, eran blandos. Alex también lo dejó pasar delante de él, agradecido por la aclaración. Se posicionó delante de Alex y ambos compartieron una sonrisa de complicidad.

El hombre de voz áspera, como Alex lo llamaba en su mente, no era un desconocido de la tienda. A menudo lo veía quejándose de un asunto u otro, pero hoy era diferente. Su tono era más comprensivo y amable. La conversación se desarrolló mientras esperaban su turno en la caja. El anciano habló de los pocos productos que llevaba y que además eran sólo productos blandos, explicando que esa era su dieta forzada debido a un diagnóstico que le cambió la vida: cáncer terminal. Alex no pudo evitar mostrar su sorpresa, ya que nunca había asociado el cáncer con una dieta estricta.

El anciano continuó su relato, explicando que los médicos habían tenido

que extraerle todos sus dientes para poder comenzar el tratamiento contra el cáncer. La incompatibilidad entre las caries y el tratamiento había llevado a esta drástica decisión. A pesar de tener el 90% de sus dientes en buen estado, el 10% afectado ponía en riesgo su vida. El anciano pagó sus compras con un billete de 5.000 y uno de 2.000, pero antes de marcharse, miró a Alex y dijo: «Hay que echarle ganas». Alex pudo sentir la tristeza en sus palabras y en su mirada.

En la caja, Alex se encontró con una cajera que parecía distante. Se preguntó si a ella le importaba lo que acababa de presenciar, pero también comprendió que ella probablemente estaba allí por un sueldo mínimo y no podía involucrarse emocionalmente con cada cliente. El trabajo era difícil y desgastante, y tal vez no deseaba hacerlo más complicado.

Mientras Alex empacaba sus compras, el anciano se ofreció a ayudar. Hablaron sobre la importancia de mantener una actitud positiva, incluso en momentos difíciles. El anciano le recordó a Alex que, en última instancia, todos enfrentamos desafíos en la vida, y que había que «echarle ganas» sin importar lo que sucediera.

El anciano compartió su miedo de no ser autosuficiente, de no querer ser una carga para sus hijos. Alex se sintió profundamente conmovido por esta declaración. La conversación terminó sin que se intercambiaran nombres, ya que ambos entendieron que algunas conexiones son tan poderosas que no necesitan etiquetas.

Mientras se alejaban por caminos separados, Alex sintió una conexión especial con el anciano. La brevedad de su encuentro, las palabras compartidas y la profunda emoción que experimentaron dejaron una impresión duradera en él. Alex comprendió que la vida a menudo nos presenta encuentros fugaces que nos recuerdan nuestra humanidad compartida y la importancia de enfrentar los desafíos con valentía.

Errante

Por: Sunflower

Milo, un gato de pelaje amarillo atigrado, ha vivido nueve vidas distintas. En su primera vida, fue el compañero de un anciano, compartiendo largas siestas al sol y susurros de historias olvidadas de su juventud y vida mientras Milo sólo oía dejándose acariciar en las piernas de su dueño. Cuando la vejez se llevó al anciano una noche mientras dormía, Milo vivió un poco más en esa vieja cabaña en medio del campo, cazando ratones y pequeñas aves. Al avanzar su edad, Milo sabía su pronta muerte, con sus ojos amarillos tristes recordando por última vez a su dueño.

Las calles rugosas y los callejones estrechos fueron su hogar durante su segunda y tercera vida. Aprendió a luchar por su comida y a esquivar los peligros de la noche. Conoció a otros gatos callejeros errantes que compartían sus penurias, y juntos compartieron las noches frías y los días sin rumbo. Al enfrentarse a los desafíos de la vida callejera, sobreviviendo el día a día, sus vidas no lograron ser largas.

En su cuarta vida, una familia lo adoptó de un centro de adopción para animales abandonados, apenas teniendo unos días de nacido. Se convirtió en el consentido de los niños, jugando en el jardín soleado y ronroneando en los brazos de los niños. Pero como todas las vidas, esta comodidad también llegó a su fin. La familia se mudó y dejó a Milo en un refugio del cual nunca más salió, pues las personas no buscaban gatos viejos. Milo vivió en el refugio extrañando — en lo que le restó de vida — los abrazos de los niños y una vez más, aunque mejor que estando en la calle, sus ojos amarillos tristes se cerraron, comenzando así su quinta vida.

En su sexta vida, nació en la camada de una gata que tenía de dueña a una anciana solitaria. Pasaron años juntos, jugando con sus hermanos en la pequeña casa de la anciana, compartiendo la quietud de los días y el crujir de la leña por las noches. La anciana les hablaba con mucho cariño, de su vida, su familia, su esposo que ya no estaba en este mundo, confiando en que él, de alguna manera, entendía sus palabras. Cuando ella partió, Milo sintió un vacío en su corazón, pero junto a sus hermanos no se sintió tan solo, pasando a ser más o menos cuidado por los hijos de la anciana que un día aparecieron y reclamaron esa casa, siendo que Milo había oído toda su vida cómo la anciana extrañaba a sus hijos, pero estos por alguna razón se olvidaron de ella. Sólo en el momento de la muerte de la anciana y al ver quién se quedaba con esa casa, estaban ahí. No fue una mala vida, sólo que fue una vida un poco nostálgica si se ponía a recordar sus vidas pasadas y que nuevamente la vida se había llevado a su dueña antes que, a él, dejándolos a él y sus hermanos en esa casa, donde los alimentaban sólo cuando se acordaban de que estaban ahí. Soportó, porque sabía lo duras que eran las calles.

A lo largo de sus seis vidas, Milo conoció distintos ángulos de lo que llegaría a ser la vida de un felino. Algunos de sus dueños lo amaron y lo cuidaron hasta el final de sus días, mientras que otros lo abandonaron como si fuera sólo un objeto y nunca más volvieron por él. Cada vida le enseñó lecciones sobre amor, pérdida y la fugacidad del tiempo.

Llegó la séptima vida y Milo se encontró en un pequeño apartamento con ventanas que dejaban entrar la luz tenue del atardecer. Había vuelto a nacer en una camada en un hogar, pero en esta ocasión, los dueños de su madre gatuna pusieron a todos en adopción cuando cumplieron un mes. Su pelo gris ya no era tan gris, y sus movimientos eran más lentos.

Milo sintió que este cambio era un indicador de que esta vida podría ser la última, su color gris que había tenido en sus anteriores vidas se veía menos gris, casi blanco. En esta última vida fue adoptado por una joven

universitaria, una chica que irradiaba optimismo y según Milo, tenía la sonrisa más bonita que había visto. Se prometió a sí mismo que en esta última vida, protegería esa sonrisa.

La estudiante, inmersa en sus clases y presiones académicas, encontró consuelo en la presencia de Milo, que cada vez que volvía a su apartamento en medio de esa gran ciudad, la esperaba en la puerta, como diciéndole «Bienvenida a casa». Juntos compartían noches de estudio, en las que el suave ronroneo del gato se convertía en un sonido relajante de fondo para sus pensamientos.

A medida que los semestres avanzaban, Milo fue testigo de los altibajos emocionales de su dueña. A veces ella lo abrazaba con fuerza, buscando consuelo en su suave pelaje, mientras en otras ocasiones lo acariciaba distraídamente al tiempo que hacía sus tareas académicas. Había noches en vela donde acompañaba a su dueña, quería aprovechar todo su tiempo con ella, porque entendía que su tiempo se acortaba. Aunque todavía era joven, sentía que su tiempo era más corto comparado con sus vidas anteriores.

Así pasaron los años y su dueña se graduó. A pesar de que Milo estaba muy feliz por ella, se sentía decaído y su dueña se dio cuenta, por lo que lo llevó al veterinario. Milo tenía cardiomiopatía, la enfermedad ya estaba avanzada, ya que los síntomas no eran obvios hasta que esta estaba avanzada. Su dueña lloró mucho mientras lo abrazaba y le decía al veterinario que era mentira lo que decía. Unos días después, mientras estaba en las piernas de su dueña, Milo cerró sus ojos por última vez, dejando atrás recuerdos de vidas pasadas. Su dueña lo abrazó con tristeza, sintiendo la pérdida de un amigo leal.

«En cada vida dejan una huella en nuestro corazón».

Escritos sobre un árbol de invierno

Por: Innuendo MacLeod

Todo tiene su límite quizás.

Cuando se abraza una pasión, sólo queda sentir cómo las espinas se clavan en tu cuerpo, desangrándote hasta morir. Lo que venga después, quizás sea lo más bello que uno pueda entregar al mundo, o quizás lo más horrible, aquello que queríamos mantener en secreto. Pero eso ya no es mi problema.

Yo soy quien enciende la antorcha, pero yo no le doy forma al fuego, y son ellos quienes deciden si la arrojan al suelo o la mantienen en alto. Yo levanté la mía y me aseguré de que brillase lo más que pude. Pero Eldon Tyrell lo dijo primero: «Una luz que brilla el doble, dura la mitad de su tiempo».

Debí prestar más atención a la película, así como a las clases. Debí aferrarme a la realidad en vez de a la pasión, pero ya no hay remedio. No ahora...

Sólo queda hablar de la pasión y de cuánto ardió mientras duró. Sólo se habla de pasión cuando esta deja una historia digna de contar, y no un desperdicio de sentimientos que terminaran en la basura. Aún no se si terminó por ser así. No lo sé. Aún no tengo su respuesta.

Todo fue tan breve, todo fue tan repentino, y aún no sé si tengo tiempo para arrepentirme.

Bajo una luz,
junto al río olvidado,
milagro breve.

Sólo había un lugar que pudiese hacerle justicia a aquellas palabras. Un infierno del cual sólo conocía unos pocos rincones donde podía escapar del dolor de sus llamas.

Esos rincones eran milagros que tarde o temprano morirían abrumados por la crueldad del hombre.

Uno de esos rincones se llamaba Loreto.

Una chica que me juró, aunque fuese en vano, convertir el desierto en un paraíso. No importaba la meta, importaba la fe que ella misma puso en sus palabras y en sus acciones nacidas de ellas.

Ella merecía el mundo entero, pero en su lugar, sólo logré escribirle:

La flor nocturna,
sus votos de invierno
jura al cielo

Porque la conocí en invierno, y porque ella se encargaría de darnos una mejor primavera.

Lejos del desierto, viví otro infierno.

Donde iba, siempre vivía bajo la sombra del fracaso.

Dependo de la razón en este estrecho.

No podía dejar de mirar hacia abajo, hacia el verde del arbusto y de los

árboles desnudos. Desde allí, este nuevo infierno parecía más placentero que el anterior. Pero es al final que todo se revela.

Decidí ignorar ese final hasta que fue demasiado tarde.

Fue allí donde apareció el rincón de este infierno, donde me dediqué a olvidar. Un pintor, por el cual abandoné la realidad, y por el cual casi morí. De eso nunca me arrepentiré.

No paré de escribir, una, y otra, y otra vez. Hasta el cansancio. Hasta que el rincón fuese mi hogar. Fue por ese pintor que pude olvidar el infierno, pero fue mi culpa lo qué pasó después.

Pensaba escribirle un libro, pero en su lugar sólo le escribí:

Endemoniado.
El ángel se entregó
por un deseo.

¿Quién era el ángel? ¿El que cayó al infierno e intentó hacerlo su hogar, o aquel que me iluminó para olvidar el dolor?

¿Quién era el pintor, si no un hombre de rosas y noches de pasión, que se mostraba a sí mismo en su obra?

¿Quiénes eran esos dioses, Loreto y el Pintor, y cómo se permiten vivir con nosotros?

¿Quién soy yo para arrepentirme de mi pasión? ¿O será que me arrepiento de mi intransigencia?

¿Será que anhelo el calor en esta tarde de invierno?

¿Será que sólo puedo ocultarme debajo de un árbol desnudo que espera a florecer?

Flores que nacen, que Loreto cuida con pasión, y de las cuales el pintor toma sus colores para darle vida a su vida, y a la mía con su obra. Flores que no existen en invierno. Escapismo, que tarde o temprano termina por caer.

Desde arriba miro ese árbol de invierno, y pienso... «¿Cuánto falta para conocer la auténtica primavera?».

Esperando un reencuentro

Por: Methes

Un árbol mohoso que está a punto de morir, en medio de un pequeño parque. La pobre planta está luchando por su vida, pero ¿qué pasa en la plaza? Los niños juegan, los adultos pegados en su celular, ignorando la lucha del pobre ser. ¿Por qué se aferra tanto a la vida? Para conocer eso hay que retroceder varios siglos o tal vez milenios, ya no sé, perdí la cuenta hace mucho. A ver... ¿cómo comenzaba? Ah, ya recuerdo. Fue cuando los dioses recién dejaron en intervenir en el mundo humano. Yo, el dios de la tierra de los muertos, había tenido un problema con mi esposa. De hecho, estaba a punto de separarme de aquella mujer. Durante ese tiempo, empecé a salir con una mortal, tengo que recalcar que yo todavía no me enteraba de esa decisión de los dioses. Finalmente, vivía encerrado en mi húmedo y oscuro castillo bajo tierra. Continuando con la historia, tuve una hija con una mortal. La niña nació con un poder impresionante, digno de los dioses de mi panteón, más el cuerpo humano en ese tiempo no era capaz de resistir aquel poder, así que con ayuda de un dios menor se pudo ralentizar aquel surgimiento de la habilidad. Sin embargo, en un parpadeo la madre murió. Sinceramente no recuerdo muy bien la razón de aquel suceso. Sólo recuerdo que estaba sentado en mi oficina, viendo los archivos de vida, cuando observé que había muerto la madre de una de mis hijas. Tal vez fue muy tarde enterarme por medio de mi trabajo, pero todavía estábamos organizando la nueva estructura del mundo de los muertos. Por suerte, mi hija mayor se dio cuenta del suceso y se encargó de cuidarla como si fuera su hija. La crio como si fuera completamente humana.

No sé el tiempo exacto, pero se sintió como si hubiera pasado un milenio. La segunda vez que la vi, mi hija la había traído al gran solitario, húmedo

y oscuro castillo. Me enteré que presentaba unas cuantas habilidades de su rol asignado como dios, fue entrenada y alimentada con alimento de los dioses, así su cuerpo de a poco dejaba su parte mortal. Al finalizar su entrenamiento, terminó extremadamente rápido. No es que haya nacido con talento, sólo que no abandonaba totalmente su mortalidad los años que pasó allí abajo, era un simple chasqueo de dedos para nosotros. Rápido para un dios, lento para un humano. En ese momento pensé ingenuamente que su parte mortal era un beneficio, pero me arrepentiría rápidamente.

¿Cuánto tiempo pasó cuando volví a saber de mi pequeña hija? Sinceramente no lo sé, para mí cada día era igual que otro. Sentado en mi oficina, revisando cómo se encontraba mi reino y los documentos de muertes, tal vez por eso no me di cuenta del tiempo. Enterándome de su muerte cuando encontré su archivo de vida en la pila de documentos que cada siglo se encontraba en mi escritorio de fría piedra. Recuerdo perfectamente ese día, el estudio se sintió más helado de lo normal, mi temperatura bajó y temblaban mis manos. Lentamente abrí aquella carpeta, decía: edad de muerte 230 años. Murió extremadamente joven, sin embargo, algo no calzaba, un humano o semidiós no podría llegar a esa edad. Seguí pasando las hojas una por una mientras lo leía. Allí a los 218 años conoció un joven, algo que no se me pasó por la mente con su nacimiento. Ella es una semi, no tendría alguien en el extremo de su hilo del destino, si vivía con los humanos ella estaría eternamente sola. Tuve que retroceder. En un punto de su vida notó que podía ver la fecha límite de los mortales, lo encontró injusto, desarrolló sus habilidades hasta dejar al mínimo su lado mortal, eso pasó a sus veinte, del mismo modo su cuerpo se congeló con esa apariencia. Pero cada vez que le extendió la vida a un mortal, su cuerpo era herido. Ya eso explicaba su larga existencia comparada con el resto. Diez años después descubrió que representaba el destino del hombre, así que cada vez que alteraba el destino, con el fin de alargar la vida de un humano cercano, su cuerpo se dañaba. Entonces no era su poder, sino que alterar el destino implicaba

un precio, y dependiendo de eso, era la proporción en que se dañaría su cuerpo. Así que volví al punto donde conoció al chico.

Mis labios temblaron cuando empecé a leer. Ella se había enamorado, lo peor es que fue correspondido. Aquel joven le hizo sentir que pertenecía nuevamente al mundo mortal, que cada vez se sentía más lejano. Mi hija le contó sobre su origen. Luego leí el archivo del joven, este había muerto un año antes que mi hija. Además, le creyó cada palabra que le había dicho. Sin embargo, ella no es una mortal, veía la muerte del muchacho, estiró la vida de él, cinco veces hasta que el chico se dio cuenta y le pidió que parara. Paró y disfrutó todo el tiempo que le quedaba con él, que duró cinco días. Ella no estuvo en el momento que murió su amado.

El año de diferencia pasó, mi hija tenía todo preparado para intentar conocerlo nuevamente en otra vida, plantó una semilla en un parque, envolviéndolo con su poder para poder volver a verlo. Aquella planta sería el lugar donde sus destinos los juntarían, el resto sería pura suerte. Al terminar de leer, apreté fuertemente aquel archivo. No sé cuánto tiempo pasé así, volví a retomar mi trabajo. La oficina estaba llena de papeleo. Al terminar, fui al lugar donde fue plantado aquel árbol. Decidí comenzar a vivir en el mundo humano, con el fin de acercarme a mi hija. El tiempo que he esperado no lo tengo claro, pero igual que el árbol moribundo, esperaré el reencuentro de ambos jóvenes. Ellos posiblemente volverán a enamorarse y yo, si sigo frecuentando aquel lugar, veré a mi hija nuevamente.

La carta

Por: Señorita K

La tarde estaba calurosa, me senté en aquella banca que tantas veces nos dio lugar a charlas serias, divertidas, lógicas e ilógicas, mirando ese cielo tan hermoso que es un gusto contemplar. Un celeste puro y unas nubes que invitan a abrazarlas por lo blanditas que se hacen notar.

Pero esta tarde era diferente, esperé verte, esperé horas, pero jamás llegaste. Anhelaba el encuentro, al punto que creí ver tu silueta entre una fuerte brisa que arremolinó el polvo, haciéndome creer que eras tú viniendo hacia mí. Te esperé mucho tiempo y, mientras lo hacía, mis ojos comenzaron a llover. Era un día soleado, pero en mi interior llovía si parar. Siempre tuve miedo de este día, de este momento, de cuando decidieras no querer hablarme más, porque sabía que de ahí en adelante sólo tendría a mis recuerdos como los únicos fieles compañeros para pasar tiempo contigo.

Esa tarde decidí escribirte una de esas cartas en que uno dice todo, esas que al escribir te hacen reír y llorar a la vez, pero por alguna razón, esa carta también me ayudó a liberar mi alma de la carga que sentía. No me avergüenza escribir cursilerías porque así soy yo: cursi, intensa, dramática, etcétera. Caminé con paso resuelto hasta tu casa, toqué ese timbre escondido, lleno de polvo, lo que me hizo caer en cuenta de que era la primera vez que debía tocarlo, ya que todas las previas visitas siempre estabas esperando por mí. Al parecer estaba descompuesto, pues no saliste a mi encuentro, así que no tuve más solución que lanzar mi carta por sobre el muro y llevarme en el corazón la esperanza de que la encontraras.

Otro día pasó, sentía esa innegable curiosidad de saber si la viste, si la abriste, si la leíste. Imaginé tu rostro al leer cada palabra, cada párrafo,

cada infidencia. ¿Lloraste? ¿Reíste? ¿Me añoraste? ¿Maldijiste mi existencia? Tantas dudas que quizás nunca pueda responderme, pero que me hacen ilusionar con el hecho de que al menos la leíste y mis sentires percibiste.

Llueve, llueve tanto que imagino al clima apiadándose de mi dolor, tanto así, que decidió llorar en mi lugar. De seguro conoce que a mí no se me es permitido expresar mi dolor con facilidad. Llueve como si fuera pleno invierno, pero resulta que es primavera, es una perfecta metáfora que explica que nuestra primavera y verano pasó dando paso al invierno en nuestros corazones.

Sigue lloviendo, miro por mi ventana cómo las gotitas de agua ruedan sin parar, recordando a mis mejillas el día que me dijiste adiós sin más. Llueve. ¿Qué será de mi carta? ¿Vivirá en tus manos o habrá muerto atravesada por la lluvia que con intensidad, como flechas, caía sin parar? Quién sabe...

Hoy, por lo pronto, seré invierno. Aunándome con la lluvia liberaré mi tormento, pues tengo la certeza de que en algún momento volveré a sentir el calor del verano, tal vez ese día también vuelvas a tomar mi mano, pues cual caja de Pandora abierta mantengo la esperanza de volver a coincidir contigo. Siempre será esa mi añoranza.

La fila

Por: Alexander

Así, en menos de un parpadeo, estoy parado enfrente de una fila que pare no tener fin. Algo más a destacar es que todo a mi alrededor es de un color grisáceo, tanto el cielo (o techo) como el piso, ambos de un gris sin detalles, decorados, o la presencia de otro color, sólo gris mientras que a mi izquierda y derecha no hay vista de una especie de pared dejando ver un amplio campo infinito.

Los únicos colores diferentes en este lugar son las ropas de la gente formando la fila. A simple vista todos ellos están quietos, silenciosos y erguidos, pero a los pocos segundos me doy cuenta de que cada uno de ellos está mirado hacia la nada.

Creo que no llevo más de un minuto en este lugar y solamente siento mi cabeza desbordándose de preguntas. Aun así, lo mejor sería preguntarles a las personas que tengo en frente y tal vez saber responder el por qué estoy en este sitio. Sin pensarlo mucho levanto mi mano derecha y la pongo encima del hombro derecho a la persona que está frente a mí.

— ¿Sí? — voltea la cabeza un hombre entre veintiocho a treinta años (creo que es de mí misma edad) dirigiéndome la mirada.

— Disculpe, ¿me podría decir qué es este lugar o dónde estoy?
Se queda en total silencio por unos segundos mientras pone una de sus manos a la altura de su cuello y comienza a sobar sus dedos en su manzana de adán.

— No tengo ni la menor idea — responde el tipo a la vez que comienza a rascar su manzana de adán y luego me da la espalda.

— Oh. Bueno, gracias. — Pienso que es un mal inicio y empiezo a moverme en dirección al otro tipo más cercano.

— Pierdes el tiempo — dice abruptamente el tipo con el que hablé hace poco —. Ninguno de los aquí presentes sabe cómo llegaron a este lugar. Estoy seguro de lo que digo porque ya hablé con algunos de ellos y la respuesta fue la misma que te di hace poco — concluye, rascándose su cuello.

Pienso en seguir hablando con esta persona, es fácil suponer que lleva mucho más tiempo aquí, así que empezaré con algo sencillo.

— Ya veo. Cambiando de tema, ¿por qué rascas con tanta insistencia tu cuello? — pregunto.

— Lo hago porque desde que estoy acá siento un picor constante en esa parte — responde de inmediato.

Ahora que lo pienso yo también siento algo constante, la diferencia es que siento como si alguien o algo comprimiera con una fuerza leve todo mi cuerpo.

— Ya veo... y, por casualidad, ¿recuerdas lo que hacías antes de estar aquí? — digo, directo al punto.

— Sólo recuerdo estar peleando con alguien en un lugar mayormente oscuro — responde sin dar más detalles —. ¿Y tú? — me pregunta.

— ¿Yo? Bueno, sólo recuerdo estar en mi casa haciendo... cosas — termino mi frase no estando seguro de lo último, luego comienzo a esforzarme en recordar las cosas. Recuerdo cosas mundanas, como despertarme, arreglarme, vestirme, etcétera.

Estoy tan metido en mis pensamientos que el tipo enfrente de mí pierde la paciencia y sólo se queda esperando en la fila.

Mientras empiezo a recordar, veo que manejo. Lo raro es que siempre había mucho estrés acumulado en cada parte de mis recuerdos. Luego acelero, me desvío del camino y a los pocos segundos me veo frente a un árbol con un tronco grueso.

Sin darme cuenta había avanzado en la fila, sólo que había alguien enfrente de mí.

— Hola, Alex. ¿Listo para saber si mereces estar en el cielo o en el infierno?

La mata pajaritos

Por: Diego Moreno

Mañana escuálida, colores desgastados y un frío platinado que inunda el bosque metropolitano, pulmón de Santiago. En un artesanal y bien logrado nido habitan dos polluelos y una zorzal. Entre los tres logran capear cariñosamente el frío.

A medida que avanza la mañana, las ráfagas se intensifican en cantidad y fuerza, siendo bien disfrutado por volantines. El nido sigue siendo un lugar seguro. A pesar del constante zarandeo, nuestra estoica zorzal aguanta maternalmente el día. Más allá de las densas nubes sigue brillando, sigue calentando y entregando virtud, mas las nubes generan un día triste.

En una tregua inesperada, el hambre de los más pequeños invitó a quien sí podía volar a abandonar momentáneamente el nido. Se dirigió al lugar de siempre, a los pies de pinos y cipreses, con una agilidad auditiva y veloz reacción consiguió el tan anhelado alimento, emprendió el vuelo de regreso, en el cual fue alcanzada por las primeras gotas. Felices degustaron el festín conseguido, justo a tiempo.

El viento recobró su violencia, en incremento. Parte del nido se desprendió, primero cayeron las ramitas menos adheridas al nido, le siguieron las que aparentaban tener una genuina cohesión con cumplir su deber. Sin embargo, eran sólo apariencias. Aún en condiciones de contenerlos, siguen en las alturas, esperando a que el desdichado día avance.

Poco a poco, la oscuridad empieza a opacar los blanquecinos colores hasta lograr tomar el protagonismo del paisaje urbano natural.

El pavimento se oscurece en la ciudad, cobra un color aún más oscuro que el producido por la noche, para comenzar a reflejar el brillo de semáforos y luminarias.

Las ramas superiores han impedido que el nido se humedezca. El calor maternal aún se impone por sobre el frío. En los techos de zinc el sonido pasó de ser un amigable y apacible ruido blanco, a un feroz rugido. Las ramas no fueron suficiente, el sueño de los pequeños fue interrumpido abruptamente.

El nido ya no es un lugar seguro, con la humedad la cohesión se comenzó a perder, han comenzado a caer piezas fundamentales. ¿Qué hacer? Son dos los que no saben volar, ya no se puede confiar en su propia construcción, no hay nada que hacer, tan sólo esperar.
La virgen pareciera llorar, sólo son las gotas que escurren por sus ojos blancos de hormigón. Nueva tregua, el cielo a ratos se abre sin estrellas que disfrutar. Los tres se cobijan como mejor pueden, no hay mucho más que hacer, sólo esperar.

Nuevas nubes sin color cubren el cielo, ya ni siquiera se puede esperar, el tiempo se acabó, parecieran no ser gotas, pero lo son, tantas, tantas gotas. Al caer sólo quedó volar, sólo quedó volar, sólo ella sabía hacerlo. Los colores recobran su vitalidad con un aire limpio, pareciera un paisaje prístino inundado de urbanidad, se asoma tras un telón blanco a iluminar una metrópolis reluciente. Él nunca se fue, sólo fue opacado por oscuras nubes. Siempre estuvo ahí sin mucho que poder hacer. Las parrillas poco a poco difuminan la hermosa postal de Santiago.

Más allá de la luz

Por: Reggie

La humanidad siempre le temió a la oscuridad. No es mi opinión subjetiva, es un hecho. Domesticar el fuego marcó un antes y un después en nuestra especie, y sí, puede que gran parte del peso de este hito recaiga en su importancia como fuente de calor y herramienta para el trabajo y la manipulación de otros materiales, pero sin el miedo a la oscuridad, nunca habríamos dominado al fuego.

No creo que nadie, en los millones de años de historia de la humanidad, se habría imaginado lo peligroso que este miedo acabaría siendo para sus descendientes. Para nosotros, los vástagos condenados que hemos aprendido a sobrevivir en la penumbra.

Tampoco nos quedan muchas opciones, claro. Ver a alguien adentrándose en la luz lleva siendo por meses la manera más segura de verlos por última vez. Lo que jamás me imaginé fue que yo mismo tendría que despedirme de este mundo tan pronto.

Entré a la escuela porque, desde la distancia, se veía imponente. Como una fortaleza de enorme fachada, que me daría sombra de sobra para estar tranquilo. Además, con un poco de suerte, en las cocinas aún quedarían suministros suficientes para unos días. Pero supongo que también es verdad que cinco meses sin ningún incidente, ni siquiera un riesgo cercano, eran demasiada buena fortuna para una sola persona. El universo exige balance, y era mi turno de pagar. No había dado ni diez pasos en el primer pasillo cuando las luces parpadearon.

¿Cómo un edificio puede tener una falla que haga que sus luces sólo se enciendan por unos segundos? Bueno, la logística daba igual.

Cinco meses sin ver luz directa afectan a los ojos, así que esa leve luz me cego, pero no dejé que me detuviera. Eché a correr sin pensarlo dos veces.

Avancé a toda la velocidad que mis pies cansados me permitieron, y la desesperación hizo un excelente trabajo como combustible.

Logré chocarme por accidente contra una puerta que no tenía seguro, pero antes de poder tranquilizarme a analizar lo que había al otro lado, los escuché desde el pasillo donde se había encendido la luz.
Los pasos húmedos y rítmicos, los leves suspiros inhumanos y esa ansiedad por encontrarme casi palpable en el aire, estaban cerca.

Entré sin darle espacio a la duda y eché el pestillo. Mis ojos aún estaban sensibles, así que busqué a tientas por las paredes hasta encontrar los interruptores de luz y me aseguré de que todos estuvieran apagados; no quería otro incidente. Sólo entonces me permití relajarme, dejar mi mochila en un costado y respirar.

En cosa de minutos, mis ojos ya habían recuperado su costumbre a la interminable oscuridad, y pude distinguir las siluetas de los muebles en el lugar.

No era una sala de clases, eso seguro. Muy pocas mesas y demasiado espaciosas; cada una con una pantalla de ordenador encima y más cosas que no logré distinguir.

En su momento habría sido una sala de profesores, tal vez. Como ya tenía por tradición al llegar a un nuevo refugio, rebusqué en cada mesa y cajón por algo de utilidad, pero no tuve mucho éxito. Varios portátiles, equipos de oficina, uno que otro snack podrido cerca de los basureros, y... un encendedor.

Era un peligro por la luz, pero también una herramienta útil para cocinar y calentar. Tendría que usarlo con cuidado.

Cuando lo recogí no lo noté por el sudor en mis manos, gracias a los nervios, el susto y la carrera reciente, pero estaba húmedo. Si tan sólo me hubiera secado las palmas antes, tal vez ahora no estaría tan jodido. Pero da igual. Porque no lo noté, y mi brillante mente entumecida por la adrenalina me llevó a agitarlo para comprobar si aún tenía algo de líquido, y al sentirlo más ligero de lo esperado... le di a la piedra del encendedor.

Las pequeñas chispas, por lo general una luz demasiado tenue como para llamar la atención de ellos, saltaron veloces fuera del encendedor y bañaron parte de su cuerpo de plástico en segundos.
El líquido que no había reconocido se encendió en llamas, brillando con fuerza y haciéndome saltar presa del pánico.

Atiné a duras penas a arrojar el encendedor lejos, y para mi pésima suerte, aterrizó en uno de los escritorios, que poco a poco se llenó de llamas anaranjadas.

Me alejé lo más posible del fuego hasta llegar a una esquina, donde llevo desplomado en el suelo, abrazando mis piernas desde entonces.
No sé cuánto tiempo ha pasado ni cuánto me quedará, pero hay uno de ellos intentando tirar la puerta desde lo que parecen horas.
Sólo puedo rezar porque el fuego se apague antes de que pase algo peor, pero todo indica a que ocurrirá lo segundo.

La silla junto al escritorio ya está empezando a quemarse también, y después de eso dudo que me quede mucho tiempo.

Siento dos golpes más contra la puerta, seguidos de un fuerte crujido. Espero que se haya roto, porque ya me termino de rendir. Dirijo mi mirada directamente hacia las llamas y siento mis ojos resentirse ante el repentino estímulo.

En los últimos meses ni siquiera lo había notado, pero lo extrañaba. La luz, los colores, la vida en ellos... Ahora la reflexión me parece casi trivial, pero es impresionante lo mucho que puede cambiar la vida en tan poco tiempo bajo las situaciones críticas necesarias.

Supongo que no es tan terrible partir así.
Con esas ideas en mi mente, siento una masa acercándose con cautela por mi costado, pero no me distraigo. Permito que mi mente divague sobre qué habrá al otro lado de la luz, y el sonido de algo a medio camino entre líquido y sólido se acerca por mi costado.

Siento un frío contraponiéndose al leve calor de las llamas, y el sonido se intensifica a la vez que una gelatinosa extremidad se apoya en mi hombro y, con cuidado, se enrosca alrededor de mi cuello.

Mateo y la Isla de la Serenidad

Por: Pipe

Había una vez un hombre llamado Mateo, un amante de la naturaleza y los viajes. Desde muy joven, desarrolló una profunda pasión por explorar los rincones más remotos del mundo y observar la belleza de la naturaleza en su estado más puro. A lo largo de los años, había visitado selvas exuberantes, desiertos interminables y montañas majestuosas. Pero había un lugar que siempre había anhelado conocer: la misteriosa Isla de la Serenidad.

La Isla de la Serenidad era un paraíso escondido en medio del océano, conocido por su biodiversidad y sus paisajes asombrosos. Sin embargo, su acceso era limitado y poco frecuente, lo que la hacía aún más atractiva para Mateo. Durante años, investigó la mejor manera de llegar a la isla y finalmente descubrió que había una pequeña expedición programada para explorarla.

Mateo no lo dudó y se inscribió en la expedición. El día de la partida, se encontró a bordo de un barco con un grupo de aventureros ansiosos por descubrir los secretos de la Isla de la Serenidad. El viaje en barco fue largo, pero el espectáculo del mar abierto y el cielo estrellado durante la noche hicieron que cada día fuera emocionante.

Finalmente, el barco atracó en la isla, y Mateo y sus compañeros de expedición desembarcaron en la costa. Tan pronto como pusieron un pie en la tierra, se sintieron abrumados por la belleza que los rodeaba. La Isla de la Serenidad era un paraíso de exuberante vegetación, playas de arena blanca y montañas cubiertas de bosques.

El grupo se adentró en la selva, donde Mateo quedó maravillado por la

diversidad de flora y fauna. Mariposas de colores vibrantes revoloteaban a su alrededor, mientras aves exóticas cantaban melodías en las alturas de los árboles. La selva estaba viva con sonidos y colores que inundaban sus sentidos.

Mientras avanzaban, Mateo no podía evitar detenerse a observar detalles asombrosos: una orquídea rara en plena floración, una serpiente deslizándose entre las hojas o una cascada escondida que caía en una piscina natural. Cada rincón de la selva era una maravilla en sí misma. La expedición continuó hacia las montañas, donde encontraron un paraíso de tranquilidad. Mateo se sintió inspirado al contemplar las cumbres cubiertas de nieve y los valles verdes. Las montañas ofrecían vistas panorámicas impresionantes de la isla, con su costa bañada por aguas cristalinas.

Una noche, mientras el grupo acampaba en las montañas, Mateo salió de su tienda de campaña y se tumbó en la hierba para contemplar el cielo estrellado. La falta de contaminación lumínica reveló un espectáculo celestial deslumbrante. Las estrellas parecían titilar con una intensidad mágica, y la Vía Láctea se extendía como una cinta de luz en el firmamento.

El viaje a la Isla de la Serenidad se convirtió en una experiencia inolvidable para Mateo. A medida que exploraba la isla y observaba la naturaleza en su esplendor, se sintió conectado de manera profunda con el mundo natural. Comprendió la importancia de preservar la belleza y la biodiversidad de estos lugares mágicos.

A medida que la expedición llegaba a su fin y el barco se preparaba para zarpar de regreso, Mateo sabía que se llevaría consigo recuerdos imborrables y una apreciación aún más profunda por la naturaleza. Había viajado a la Isla de la Serenidad para observar la belleza de la naturaleza en su estado más puro y, en el proceso, había encontrado

una conexión más profunda consigo mismo y con el mundo que lo rodeaba.

Al regresar a casa, Mateo compartió sus experiencias y fotografías con amigos y familiares. Su historia inspiró a otros a explorar la belleza natural del mundo y a tomar medidas para protegerla. Se convirtió en un defensor apasionado de la conservación y pasó a ser parte activa en proyectos de protección de la naturaleza.

La historia de Mateo es un recordatorio de que la belleza de la naturaleza está al alcance de todos aquellos dispuestos a explorarla. A través de la observación y la apreciación de la naturaleza, podemos encontrar una conexión profunda con el mundo natural y descubrir un sentido renovado de admiración por la Tierra que llamamos hogar.

Mensaje a mi yo del pasado, del presente y del futuro

Por: La estudiante del traje estrellado

Qué difícil ha sido pensar en aquello que ha ocurrido en los últimos meses. Tantas batallas ganadas, pero al costo de incontables noches sin sueño; o constantes preocupaciones, ante lo que todavía no ha ocurrido. El miedo de fallar me inunda en un mar de preocupación cada día, pasando casi desapercibido en los días alegres y marcando una presencia dominante en los días más tristes. Esa mezcla de emociones y percepciones de lo que alguna vez fue el pasado, terminan viéndose reflejados en el día a día del futuro. Lo que muchas veces me lleva a cuestionarme sobre los alcances de mi propio conocimiento.

Mi pasado estuvo lleno de fracasos, desilusiones, expectativas no conseguidas; pero también estuvo lleno de constancia, de trabajo y apoyo de quienes más me han llegado a querer en esta vida.
Al poner ambas partes en una balanza, ¿qué vendría a ser lo más importante al final del día? Guardar esas valiosas experiencias en el recuerdo y aquellas vivencias relacionadas a los momentos crudos de desesperación, no dejar que se desborden en situaciones donde pareciera no haber una salida. Vendría a ser imprescindible en este caso, encontrar el tiempo de reflexionar. Porque tiempo hay; la diferencia está, en cómo lo empleamos para trabajar en nosotros mismos.

Al final del día, cada uno debe aprender a desarrollar habilidades, además de obtener conocimientos que les permitan desarrollarse como personas y aspirar hacia un propósito en la vida. De ahí que, una vez terminada la educación media, surge otra etapa enriquecedora de la vida, pero la cual conlleva a importantes decisiones. Entrar a la universidad nunca ha sido una decisión fácil. Muchas veces se asume

como una obligación de quienes tuvieron la oportunidad de aspirar a un futuro, donde las oportunidades caen; como lo hace la lluvia todas las mañanas de invierno en las tierras de donde vengo. Pero llegas a un ambiente nuevo, lleno de desconocidos, y a una carrera de la que quizás no tenías tanta información al respecto una vez que la elegiste. Ahí es cuando resuena esta pregunta en mi cabeza: ¿cómo saber si esto es para mí? Y la respuesta va de la mano con dos palabras que se marcan en mi mente todos los días, especialmente en los días donde me siento estancada en un lugar sin retorno: *Determinación y Paciencia.*

Como los seres mortales e imperfectos que somos, debemos darnos el tiempo de aprender y ganar experiencia en las diversas etapas que componen nuestra vida. Sólo así seremos capaces de enfrentar etapas más difíciles y que muchas veces nos dejan estancados; sin siquiera querer volver a ver nuestro pasado. Pero aún así, te levantas todas las mañanas a eso de las seis, para quizás llegar unos cinco o veinte minutos tarde a la clase del primer bloque. Esto, no porque te sientas obligada a ello, sino porque le encontraste el gusto a aprender y no estás dispuesta a que tu tiempo se detenga, para después en unos años darte cuenta, que finalmente nunca pudiste salir de ahí. De esa caja donde vive la desesperación, donde vive el fracaso y donde sientes que te corresponde, sólo porque tuviste unos tropiezos en el camino. Sé valiente y confía en el proceso; el cual muchas veces nos trae el fruto del trabajo y constancia, que es lo que la sociedad conoce como el éxito.

Es así como termino esta carta para pedirle a mi yo del pasado que siga presente; no para recordarme mis amargas experiencias en momentos de frustración, sino para que me guíe con sus saberes y lecciones que han surgido de esas experiencias. A mi yo del presente le quiero pedir compañía; que esté ahí para mí y que no se olvide de tener la mirada en el ahora, porque muchas veces se olvidan los aprendizajes de hoy, por estar pensando en los que van a ocupar el espacio mañana. Siempre va a haber un espacio, así que, paciencia y todo a su debido tiempo.

Finalmente, a mi yo del futuro le quiero pedir tiempo; ese tiempo que frecuentemente termino empleando en idealizar un futuro lleno de expectativas e ilusiones, pero que ahora he aprendido a no atarme a él y a lo que este podría conllevar. Para quien, como yo, que decide separar su locura en tres partes, intente escribirse a usted mismo y dialogue sobre lo que fue, lo que es y lo que será. Después terminará agradeciéndome de haberlo hecho, pero esa reflexión es suya y de nadie más.

Mi vida en Valparaíso: Entre libros y cafés

Por: Macarena Cárcamo

Me desperté temprano, como siempre, lista para otro día. Era un día soleado en Valparaíso, se sentía la brisa marina que venía desde Portales, en especial ese olorcito salado del mar. Tomé un desayuno rápido y salí del departamento, saludando a unos vecinos y al conserje con quien a veces chismeábamos un poco. Iba bajando y me encontré con Tadeo, el gato de la USM, al parecer estaba haciendo su paseo diario por los alrededores, me acerqué a acariciarlo y continué con mi camino, de lo contrario llegaría tarde al trabajo.

Finalmente, casi corriendo, llegué a la estación y subí al tren, era mi día de suerte poque encontré un asiento junto a la ventana. Mirando el paisaje y viendo la gente que subía en las siguientes estaciones me perdí en mis pensamientos. Nunca pensé que podría lograr tantas cosas, estar en el último año de la U y tener el trabajo que soñé, una cafetería en el Cerro Alegre, donde turistas de todas partes del mundo llegan a visitar las pintorescas postales que deja este cerro de Valparaíso.

Llegué a la estación Puerto y comencé a subir, hasta llegar a la pequeña cafetería que quedaba en el corazón del Cerro Alegre, la cafetería era de mi familia, pero ahora la administraba mi Tía, aquí trabajo atendiendo a los turistas y de vez en cuando preparo los cafés. Aunque a veces puede ser un trabajo agotador, cada día es distinto y por eso me encanta el poder disfrutar de las experiencias que trae consigo este trabajo.

Pasé mi día atendiendo a los clientes, limpiando las mesas de afuera, las cuales tienen una vista privilegiada del gran paisaje del puerto, durante mis descansos estudié matemáticas y como siempre acompañada de un buen café.

Justo cuando estaba a punto de cerrar la cafetería, vi a mi pareja acercándose. Lo había conocido en esta misma cafetería hace un par años, él había comenzado a ir a la cafetería cuando yo recién empezaba a trabajar, cada día lo atendía y conversábamos un poco de todo, él también estudiaba en la misma U, fue ahí que nos enamoramos y desde entonces, él venía a buscarme al final de cada día. Su sonrisa al verme siempre era el punto culminante de mi día.

Finalmente, después de un largo día, llegué a casa y me senté en el balcón a mirar el atardecer, donde cada vez se perdía más el sol en el mar. Me puse a pensar en todo lo que había pasado en el día y, a pesar de los altibajos que uno puede tener, lo que cuenta es que cada día es una aventura, llena de pequeños momentos de alegría, sorpresas y satisfacciones.

Y así, en la pintoresca ciudad de Valparaíso, termina otro día de mi vida, un día que para los demás es cualquier día, pero que para mí fue único a su manera. Me fui a la cama con una sonrisa, esperando con ansias lo que me depararía el siguiente día.

Miegro

Por: Vicente Stamatiu

— Rosa, te tardaste.

Ese saludo de bienvenida fue el primero de tres intercambios que ambos oirían en toda la conversación. Catalina reaccionó abriendo la boca para responder a esas palabras, pero se detuvo brevemente y se sentó en el extremo opuesto de la mesa mientras se mordía el labio. Buscó con sus ojos algo que le ayudara a no mirar al hombre directamente hasta que se encontró con un salero que dividía la mesa en la mitad, del que no quitaría la mirada hasta el final.

— Catalina, ya deberías saberlo. No quiero corregirte de nuevo.
El hombre compartía la vista del salero y presentaba un ceño fruncido que hacía parecer que tenía una larga ceja. Hizo caso omiso a la corrección y prosiguió con lo que tenía planeado.

— A mi becerrita la quiero más que a nada, y la confianza que te tenía de cuidarla se esfumó en cuanto me enteré...

El salero parecía tiritar con sus palabras, pero era él quien temblaba, ahogando sus lágrimas y enterrando sus uñas en sus palmas para continuar. Su «interlocutora» falló en notar que ella no había iniciado el dialogo y comenzó con su discurso.

— Vine por tu invitación, pero, por favor, escúchame. No creo entender tu relación con tu hija, pero sí la entiendo a ella y el que no estuvieras presente la ha destrozado...

También comenzó a percibir un movimiento leve en el salero, y como este empezaba a desenfocarse de su vista con cada palabra que decía, mas sin notarlo prosiguió haciendo caso omiso, tanto de las palabras del hombre, como el hombre hizo de ella.

—... Te quise como si fueras mía y quiero volver a que los tres podamos comer juntos, pero una disculpa y tiempo aún dejan cicatrices, y no importa si ella dice que te perdona. Yo no sé cómo confiar en ti para no verla llorar...

—... No puedo pensar que todo esto sea fácil de procesar, pero este fue, es su resultado, y por más que todos queramos negarlo sólo podemos apoyarla...

—... Mi esposa también te perdonó, pero a veces pienso que mi hija sea mi becerrita hace a mi esposa una vaca, y no me gustan las opiniones bovinas en temas complicados...

Una risa con forma de graznido los hizo a ambos reaccionar. Sin quitar la mirada de la sal buscaron de reojo la fuente del ruido que los desconcentró. Apareció la figura de un comensal que parecía estar atento a su intercambio y que dejó salir una carcajada ante lo que escuchó.

El hombre hizo muecas, tratando de pensar en cómo seguía su discurso, pero la pausa y la búsqueda le hicieron perder un ritmo que no fue capaz de recobrar, tratando de decir algo se le salió un murmullo:
— La mujer de polera azul hizo que perdiera el hilo...
— ¿Te refieres a la de camisa morada?

La simple corrección no le afectó, sino quién se la hizo. Ese hecho hizo ver el salero zigzagueando con más fuerza ante sus ojos, y no queriendo perder el mínimo argumento en la discusión decidió su curso de acción.

— No, de polera azul.

La mujer entendió la reacción del hombre y buscó una respuesta que ella consideró recíproca a la intención.

— Viejo idiota haciendo pucheros por las más inútiles razones...
— Niña imbécil, incapaz de tener una conversación civil...

El intercambio pasó a tratarse de insultos inentendibles. Cada palabra que uno decía rellenaba el espacio entre las palabras del otro, haciendo la discusión una competencia por quién tenía una respiración más rápida, ya que ambos entendieron que el momento que uno permitiese un pequeño silencio se vería como el perdedor de una competencia inexistente.

— Vine para hacer las paces, pero entiendo que eres malo en dejar cualquier cosa pasar con sólo ver el tamaño de tu estómago.

— Eres más tonta que una gaviota. Sé que llegaste tarde porque pensaste que dos y cuarto son dos veinticinco, la verdad te quiero para mi hija, pero temo que tu estupidez sea contagiosa.

Ninguno notaba lo que el otro ni ellos mismos decían, sólo notaban el salero que ahora rebotaba con violencia sobre la mesa, pareciendo un tercer «interlocutor» también participando en la diarrea verbal que se desarrollaba. El hombro del hombre era de donde se originaba este movimiento, pero nunca llegó a notar que era la mujer de camisa azul agitando su hombro, tratando de llamar su atención y no su ira. Cuando se apaciguó el baile de la sal, comenzó el segundo acto. Esta vez desde el hombro de la mujer, guiados por la misma persona que ya había sido ignorada por el hombre. La sal hizo un espectáculo de la música de insultos. Una reverencia, un alza de su cabeza, una vuelta horaria, recostada y luego parada y como acto final caída al suelo. Mientras el

salero desapareció de sus vistas no les quedó más remedio que alzar sus rostros y mirar a la persona del frente mientras seguían con su competencia. Esta paró al instante en cuanto sus ojos se encontraron, permaneciendo quietos con una expresión de sorpresa. La rabia de ambos se disipó al instante, mientras que la mano de la mujer de camisa azul que había reído al escuchar el comentario de la vaca, volvió a poner la sal sobre la mesa y habló.

— ¿Catalina, cierto? Creo que hubo un error, este es mi suegro, allí creo que está el suyo —dijo, apuntando a una mesa con un hombre que volteaba recién a ver la conmoción. Catalina se levantó, avergonzada, y se sentó frente frente a él, dejando solos al hombre y Rosa, la mujer de la camisa azul.

El hombre estaba ya más apaciguado y, tratando de evitar que se esbozara una sonrisa dijo:

— ¡Rosa, te atrasaste!

Miradas

Por: Enzo

El reloj marca las seis en punto de la mañana, las micros vuelan frente al mar y los barcos pronto a partir — frente a la carretera y desde lejos — se anuncian con sus ostentosas bocinas que retumban en todo el puerto. Las calles están a punto de reventar de tanta gente abriéndose paso al trabajo, corriendo presurosos y en filas horizontales en calles verticales, haciendo del tráfico aún un tema absurdo. Mientras la vida transcurre en tan descuidadas calles, en alguna ventana de la ciudad vislumbra el sol en el rostro de alguien más, incitando al movimiento espontáneo de aquellas blancas mareas que le recubren. Se gira a ver el reloj; siete con dieciocho, otra vez se quedó dormido. Se gira y de un salto se pone de pie, se cambia la ropa y de chaquetón azul sale directamente a la calle sin mayor preparación que llaves y los papeles que necesita. Piensa algunos segundos antes de salir nuevamente, ya estaba harto de hacer esto cada día. Un pensamiento vuelve y retumba en el centro de su cabeza: «cobarde». No lo piensa de nuevo y sale a la calle.

El vasto océano de gente lo sofoca a más no poder, pero decide caminar y adentrarse en esta odisea callejera. ¿Qué hablarán estos ruidosos rostros dispersos al caminar en compañía y, más aún, qué pensarán aquellos rostros silenciosos y que nadie todavía parece haber notado, compartiendo todos en común ese mirar con la cabeza hacia al frente, izquierda o derecha, nunca bajando la mirada? Se pierden todos en conversaciones sin fin y sin camino decidido, o en ideas sin sentido, pero ¿notan sus alrededores? Tres hombres pelean a la distancia en aquella esquina, otros van presurosos siguiendo a otros igual de distraídos, sin haber notado que llevan un agujero en el bolsillo trasero de su pantalón, y dejan entrever su billetera. O ese estudiante presuroso de allí tampoco ha notado que lleva su mochila entreabierta en el bolsillo más externo

mirando desde su espalda, dejando entrever una colección de pañuelos, monedas y su teléfono. Ni tampoco nota nadie que hay algunos pocos con el rostro escondido hacia el suelo, esperando que el suelo los consuele, o los reconozca algún día, o más aún, los perdone. Y eso justamente añoraba entre cada paso y paso este sujeto de semblante ausente y alzado sueño. Ha pasado un año desde que salió de la cárcel pública, y todas estas observaciones que alguna vez hizo, han quedado como simples observaciones.

Hoy, cada vez que cruza miradas con alguien, siente que los ojos, como punta afilada, le entierran el alma. Siente que la gente sabe lo que ha hecho, y quizás lo sepan, pero esto escapa de las observaciones que uno puede hacer en la calle. Y es entonces que el observar ya no es suficiente, y se exige saber. ¿Saben aquellos rostros pusilánimes sobre aquel individuo? ¿Es el acto de mirar al frente y nada más, un acto de ignorancia consciente hacia él? Estas tortuosas ideas inundaron su mente lentamente mientras avanzaba. Lentamente, y sin darse cuenta, levantó su mirada y esta vez buscaba saber el por qué. No ha pasado ni un día en que no haya pensado en esto y es entonces que se juzga entre los miles de transeúntes de una ciudad olvidada, asediada por la constante llegada de gente, atiborrándose con casas en el cerro al punto de que ya no sabría discernir si hay algún hogar libre allá afuera para alguien como él. La calle brilla en este bullicioso silencio de risas y conversaciones y miradas, y decide continuar caminando. Las miradas lo persiguen y lo acechan. La caminata se convierte en prisa, y el aire en una brisa acelerada que golpea fríamente su rostro. Abre paso entre la gente tratando de huir de su propia mente, gira la esquina hacia el mar cuando un fuerte estampido de hierro ensordece sus sentidos y a su mente.

No se levanta. El reloj ya marca las doce en punto del día. Ya llegó atrasado a su trabajo, y lo despiden. Llega corriendo y tratando de discutir, lo corretean a patadas hacia la calle. Ya en el frío suelo otra vez,

se levanta y en medio de todo el ruido, recibe una mano. Era aquella mujer que siempre veía pasar entre filas interminables de puertas, presurosa de documentos y basta formal sus ropas. El silencio total, al encontrarse estos dos extraños mutuos, que no han hecho más que cruzar caminos fijando sus miradas en vergüenza hacia algún documento, piso o techo. No hizo más que emocionarse por la escena, simplemente para perder la esperanza segundos después. Él le agradece su gesto; ella le dice que sus manos están muy frías. Un suspiro escapa de su boca, pero no logra vocalizar palabras. Lo intenta, pero no puede. Lástima que él no llegó a levantarse y aquel gesto de satisfacción ante el buen acto de aquella mujer, no fue más que el último aire que sostenía en su pecho antes de morir. Nada tiene sentido al enfrentarnos a la muerte, ni nuestros sentidos, tienen sentido alguno.

El grito metálico del vehículo impactando con su cuerpo retumba en su cabeza; sigue parado en medio de la calle, y apreciando más las manos de aquella mujer, nota lo rígidas y ásperas que se han vuelto. No quiere soltar, las abraza siendo lo último que le quedaba de vida. La muerte lo mira y no quiere verlo sufrir, sólo muestra a aquella mujer, cuyo rostro marcó una diferencia en su mirar. Lloró al darse cuenta de que buscaba en los rostros la mirada que viese su mirada y no su culpa. El reloj ya no marca la hora. Y ahí en el pavimento, la muerte se lo lleva tranquilo hacia el mar donde más nadie le puede mirar.

Mis ojos han visto mucho

Por: Enrique Barrientos

Sentado, tocando las leales cuerdas de mi guitarra y mirando la Luna llena, me cuestioné por las actitudes que tenía el destino frente a mí. Bajo la vida de uno mismo podemos darnos una opinión sobre ella, siendo subjetiva, y digo subjetiva porque mis ojos no ven lo mismo que otros.

En otras palabras, mis ojos han visto mucho, quizás más de lo que han querido. Y así estoy, con este pensamiento todo el día desde mi lugar de trabajo, luego de calmar a una señora porque quería pegarle a uno de mis trabajadores. Ella quería hablar conmigo, ya que soy el supervisor, el guardia me llamaba: «Señor Benjamín, apúrese, por favor». Cuando llegué me contaron que en las cámaras encontraron a esta señora robando algunos de nuestros productos. La mujer empezó a victimizarse alegando con todos, hasta conmigo, y de todo el santo rosario que me gritó, me hizo reflexionar con una pequeña frase que me dijo: «Y tú, ¿qué me vas a entender? Si se nota que tuviste una vida fácil y sin problemas». La dejamos ir, tampoco la juzgaría por su acto de necesidad, al final mientras se alejaba inconscientemente estaba sonriendo de manera irónica por lo que mencionó, quizás ella también había sufrido mucho.

Mientras tocaba mi guitarra como los «Hermanos Vargas», me acordaba de lo fácil que fue la vida conmigo, empezando por que mi familia estaba en un rincón del mundo a más de 100 kilómetros, y con una madre soltera que no quería que le faltara nada a su hijo, enfrentándose a la vida. Lo que ella no sabía, era que ese niño sólo quería su presencia junto con cariño. Recordando bien, sí tuvo ese cariño, de parte de su padre que luego de la ruptura con su mamá ya no se hizo presente, y que desde ahí le prohibieron verlo. Mientras estaba en la incertidumbre de mis pensamientos, pensando en que yo había sido el problema de esa separación, con mi mamá recibimos una de las peores noticias, el

fallecimiento de mi abuelo, y hoy como único recuerdo que tengo de él es esta guitarra que me saca de la realidad un buen rato. Con todo esto mi único miedo de niño era vivir con la soledad, pero pasando las semanas se había convertido en mi mejor amiga, y así este niño convivía con ella desde que se despertaba a las 6 a.m., saliendo de la casa para ir al colegio mientras veía a mi madre descansando antes de trabajar. Regresando a la casa después de clases, recalentando la comida de anteayer, ordenando las camas y la ropa, lavando la loza y terminando mis trabajos del colegio, todo eso al mismo tiempo. La mejor parte del día es ese gran tiempo libre que tenía hasta que llegara mi mamá, desde mirar la televisión hasta jugar con una pelota hecha de papel y cinta adhesiva creyéndome Cristiano Ronaldo, aún pienso que era el mejor, si me comparo con mi gato. Cuando llegaba la noche, entraba mi mamá, pero yo del cansancio ya me iba a dormir, sólo la veía un par de horas tirada en el sillón sin zapatos.

Llegando a la adolescencia, sentía que estaba en uno de los mejores momentos de mi vida, pero el único defecto que tenía era la falta de cariño que yo daba, sigo sin saber el porqué, pero ya qué. Todo iba bien hasta que mi mamá me insinuó algunos hechos sobre mi papá, y cuando me quiso hablar, estaba con una ansiedad por entender el porqué de todo por fin. Se le llenaban los ojos de lágrimas y no lograba unir las palabras que salían de su boca. La escuché y ahí empezó mi estado de shock. Probablemente ha sido uno de los procesos que más me costó sanar, entre lágrimas me dijo: «Benja, él no es tu padre. Tú papá biológico actualmente vive en Laja». En ese momento parecía como si fuese una roca cayendo en el abismo del mar, mientras que cada pedacito de mi piel se llenaba de orificios mientras un viento frío me atravesaba. Durante seis meses la vida se volvió gris, hasta me costaba verle la cara a mi mamá, y no la culpo por nada, pero la mentira que sostuvieron durante diecisiete años todas las personas cercanas hacia mí era una emoción que aún no puedo describir. Todos sabían menos yo. Nunca me interesó conocer a ese tal padre biológico, aunque en un lapso de mi vida

intentaba acercase lentamente, pero yo corría más rápido y nunca me alcanzó.

Luego de todo eso, sentí como de a poco iba solo con el viento, sin forzar nada, llegué a mi último recuerdo en la etapa de universitaria, donde me alejé 700 kilómetros de todo para estudiar lo que deseé por mucho tiempo. La vida gris comenzaba a tomar color, pero el pasado siempre vuelve. Un compañero de carrera que sufría de una gran depresión por terminar con su novia salió de un certamen y me dijo frustrado: «No entiendo cómo puedes estar tan alegre, ojalá hubiera tenido tu vida». Me iba a reír a carcajadas, pero por respeto a él sólo le dije: «Nuestros ojos no han visto lo mismo. Vamos por un café, mejor».

Por estos días no dejo de pensar en el esfuerzo que hice por conseguir mis objetivos personales, desde ayudar al que me ayudó, hasta tener mi título universitario en mis manos. ¡Qué fácil mi vida! ¿no? Mis ojos vieron de todo, pero yo hice de todo por alejarme del abismo, y desde aquí en la cima teniendo todo lo que quería tener, abrazo al niño que vivió solo, lo acompaño y acaricio. Siento que lo logré, porque estoy aquí, sentado, tocando las leales cuerdas de mi guitarra y mirando la Luna llena.

Motor de cambio

Por: Blacke SP

Durante una fría mañana de abril, sentados en un sofá al interior de la «Sala Pasta» del campus San Joaquín de la Universidad Federico Santa María, un joven de veinte años llamado Tomás Ferrer Gallardo, estudiante de ingeniería Comercial, conversaba con su mejor amigo, Michael Solís, que estudiaba Ingeniería Mecánica, respecto a lo desmotivados que se encontraban por los resultados de sus primeros exámenes de segundo año.

— *Bro*, encuentro que estoy teniendo malos hábitos de estudios porque en la prueba no estoy rindiendo lo suficiente para pasar el ramo de cálculo — dijo Tomás.
— Ni me *digai* a mí porque yo me saqué un 1.0 en Mate II y estoy con VTR 2, por lo que me estoy preocupando *brígido* — comentó Michael.

Por un momento, Tomás se empezó a llenar de angustia porque su amigo estaba pasando lo mismo que él, y lo miró a los ojos sin pensar en nada.

— Hermano, ¿qué te pasa? Te *estay* poniendo turnio. — Rio Michel, tratando de eliminar un poco la tensión.

— Hermano, ya estoy chato de esto, y lo estaba hablando con el Lucas en vita, porque como que nadie está *cachando* nada cálculo diferencial, onda el profe pasa la materia bien, pero en la prueba apenas podemos terminar el 60% de los exámenes y con caletas de errores de arrastre — señala Tomás.

— Mira, tengo un amigo que recién conocí a través de mi polola, que es seco en mates y estoy pensando seriamente que nos haga clases

particulares — dijo Michael.
— Pucha, encuentro una opción bastante interesante pedirle ayuda — señala Tomás.
Luego de desayunar juntos, Tomás se tiene que ir a su casa porque no tenía clases en Vitacura y por eso decidió ir a visitar a su amigo, aprovechando de recorrer el campus porque le encantaba toda la infraestructura del lugar.

Al día siguiente, vía WhatsApp, Michael le envía el contacto de Rodrigo, el amigo de su polola para concretar y coordinar la clase particular de matemáticas y cálculo. Todos se ponen de acuerdo que el día 16 de abril van a juntarse en la casa de Rodrigo para empezar a realizar las clases particulares.

Aquel día, Tomás y Michael se juntan en el metro San Miguel debido a que su futuro tutor vivía en un departamento en el Llano Subercaseaux. Luego proceden a salir del metro para ir caminando en dirección al departamento de Rodrigo.
Llegan los amigos y compañeros de universidad al departamento de Rodrigo y tocan la puerta.

— Hola, cabros, ¿qué tal? — dijo el anfitrión luego de abrir la puerta.
— Bien de salud, pero no tanto en lo académico — dijeron los amigos.
— Pasen a la sala para que podamos estar más cómodos — indicó Rodrigo, apuntando el lugar.
— Gracias, te pasaste.

El amigo de Michael y de su novia era un estudiante de quinto año de ingeniería, en Matemáticas, en la misma universidad que estudian los amigos, y era uno de los más destacados de su generación, ayudante de dos asignaturas. En su departamento vivía con sus padres que estaban de viaje en ese momento, por lo que se encontraba solo, momento propicio para ayudar a cualquiera en alguna asignatura relacionada a

las matemáticas. A pesar de su realidad relativamente cómoda, Rodrigo estaba consciente de sus oportunidades y aprovechó esto para mejorar sus habilidades al máximo.

Al terminar la sesión que duró tres horas, Michael y Tomás se sentían satisfechos.

— Cabros, recuerden que ustedes deben empezar a realizar los ejercicios ojalá cada día para que tengan velocidad, y para soltar la mano. Además, quiero que desarrollen un plan de estudio, bien organizado y si es posible agregar actividades como el ejercicio para mejorar su calidad de vida — señaló con seriedad Rodrigo.

— Estoy súper satisfecho con esta sesión, porque me di cuenta de todos mis errores, además que debo consultar más a mis profesores las dudas que tenga — dijo Tomás.

— Estoy de acuerdo contigo, Tommy, encuentro que debemos ponernos en marcha para revertir nuestras malas notas, y aprovechar más a los profesores — señaló Michael.
Ya de vuelta en el metro, los amigos empezaron a hablar respecto a lo que habían aprendido.

— ¿*Sabí*, Mike? Es la primera vez que entiendo bien los conceptos, y me parece que debemos cambiar nuestros hábitos y buscar una mejor perspectiva respecto a la forma que asumimos la responsabilidad de cursar una carrera.

— Te encuentro toda la razón, creo que lo que nos dijo Rodrigo puede ser nuestro motor de cambio — señala Tomás con gran entusiasmo.

Prometo no volver a hacerlo

Por: Odarel

Érase una vez, una raza de criaturas que poblaron un planeta de un sistema solar lejano del centro de su galaxia, luego de estropear sus mundos y su sociedad por completo y se prometieron a sí mismos no volver a hacerlo. Estos alienígenas testarudos se asentaron en el primero de tres mundos habitables de su nuevo hogar solar que llamaron «Herrum» en honor al material más abundante de su nuevo planeta, evitando al segundo por estar lleno de reptiles gigantes y abundante vida hostil, y al tercero para conservarlo como «alternativa». Como todo nuevo inicio, cual mudanza, se desconcentraron y olvidaron su procedencia mientras mantenían rencillas y guerras por sus recursos y luego de demostraciones de poder tan vulgares como dispararle un misil al segundo planeta para lucir su capacidad de destrucción, pasaron a la paz contaminando gradual, pero constantemente hasta convertirlo en un mundo tóxico. Milenios después, una última guerra obligó a unos pocos a escapar dejando atrás ese mundo para ir al tercero, ya que el segundo estaba en una glaciación gracias al ataque perpetrado milenios atrás.

Luego de llegar al tercer mundo, lo llamaron «Ama-gi» en honor a que la paz los llevaría al conocimiento y evitarían la violencia. Luego de prometerse que no lo volverían a hacer, comenzaron a experimentar y descubrir. Avanzaron, comenzaron disputas por recursos que pronto pasaron a enfrentamientos y luego a guerras, la paz era compleja de encontrar, pero no imposible. La gravedad de este mundo era mayor, por lo que vivir consumía más energía y los combustibles fósiles contaminaban más al necesitarse mayores cantidades para que fueran de utilidad. Esto condujo a un colapso social, científicos avisaron

a sus dirigentes que hicieron caso omiso a las advertencias y con «Herrum» como testigo con una tormenta tóxica y corrosiva que ya iba en dramática y lenta retirada. Luego de una última guerra unos pocos lograron escapar al segundo mundo que luego de eones ya estaba en condiciones habitables de nuevo, pero esta vez los reptiles estaban extintos. Era ideal para sobrevivir y para mantenerlo así intentaron algo diferente.

Apenas se apostaron en esta última oportunidad de vivir, destruyeron todas sus naves y las arrojaron al abismo marino más profundo y borraron toda huella de sus conocimientos y sólo les enseñaron a sus descendientes que había un mundo rojo donde hubo guerra y un mundo que les trajo al principio paz y fertilidad, no les transmitieron ciencia ni culturas, sólo les enseñaron a sobrevivir y a fabricar sus propias herramientas y con la esperanza de un nuevo inicio estos padres fundadores dejaron de existir mientras su prole creció, se expandió, llamó Marte al planeta rojo y Venus al otro mundo; aprendieron, iniciaron guerras por tierras, por creencias, por pensamientos, por imposición... Estudiaron, progresaron, alcanzaron tiempos religiosos, nuevas eras de arte y conocimiento, química, física, anatomía, matemáticas, mecánica con los que construyeron máquinas de matar y misiles. Miraron al cielo y vieron un Marte desolado y un Venus en plena tormenta tóxica, corrosiva y radioactiva y, habiendo olvidado todo, tomaron Marte como una alternativa.

Cuando logren llegar, se prometerán no volver a hacerlo.

Terruño

Por: Alejandro Villalobos

Víctor Medina, ya con el aire señorial que las 7 décadas le proveían, caminaba por el pueblo en el que desarrolló su infancia. Recorría de nuevo la Plaza Bolívar luego de décadas de haber estado ahí, no viendo lo que era ahora, sino lo que había sido; correr con los primos, subirse a la estatua del libertador, tomar chica, comer helados de la heladería de la esquina, manejar bicicleta en los alrededores, atravesarla rápido cuando iba a casa de su abuela con el corno en el estuche y hablar güevonadas con los que fueron sus amigos en tiempos muy lejanos.

No estaba ahí por amor al lugar ni mucho menos, pues el pueblo había quedado borroso en su memoria. Su mapa mental era borroso y había olvidado otra vez por qué el nombre de la avenida que le daba la vuelta al pueblo se llamaba perimetral. No se ubicaba cuando una vieja amistad de los años pueriles le contaba los chismes del pueblo con sus localidades. A cada sitio mencionado el preguntaba: «¿Dónde queda eso?». Y su amigo le respondía: «Paralelo a la Padre Torres, marico». Habían pasado veinte años desde la última vez que vino, ayudó a su madre a mudarse a su terruño, cinco años después de que su abuela materna muriera. De ahí, pese a nunca más pisar la casa en la que su progenitora vivió hasta hace unas semanas, sí que le invitó a pasar vacaciones a Europa o al sur de las Américas, no era un patriota, pero sí un buen hijo.

Hoy iba a ser el día en el que por fin enterrarían el cuerpo, tenía que ir a casa de su tía, que no había perdido el humor pese a su avanzada edad, para terminar los preparativos, flores; amigos que quedasen vivos: ahijados; etcétera, y además le había prometido a su hijo que recorrerían

unos lugares para que viese que el caribe no era tan terrible a como él se lo imaginaba.

Luego del entierro, los lloros y el café, Víctor estaba agotado. Fue a dar un paseo con su hijo y le mostró el bello crepúsculo y le contó historias de inmigrantes que nunca conoció en persona, pero que su abuelo le había contado. Le contó de la belleza del clima, de la tierra rica para la siembra. Recordó que su tío le hizo trabajar la tierra y le dijo a su hijo que se había vuelto conocedor de la agricultura, no lo hizo por darse aires, sino porque así lo recordaba. Habló de amores que tuvo, antes y después de la madre de su hijo, lo que puso receloso al joven, pero nunca tocó el tema del velorio.

El joven partió el fin de semana a algún país del norte y Víctor hizo aplazar su boleto tres semanas porque quería seguir recorriendo las calles del pueblo y recordar un poco más el pasado. Ya se había hecho el mapa mental del lugar, recordó que la perimetral se llamaba perimetral porque era el perímetro del centro del pueblo. Sabía cómo llegar a los comercios, a los barrios cercanos, pero nunca a los lejanos porque siempre le dieron un temor tal vez ya injustificable. Recordó los primeros besos de los amores pueriles en la plaza y la vez que le tocó irse del país jurando que regresaría y se vería con personas, cuyas caras ya había olvidado.

Cuando compró la chicha autóctona recordó pedirle al chichero que se la dejase al precio de hace una semana, que era la mitad de lo que valía el día que la pidió, y los dramas insignificantes del colegio que quedaba al lado de la iglesia. Y mientras caminaba con la vista perdida por esas calles laberínticas y reconocía los portones que alguna vez pateó en la niñez su mirada conectó con una persona que le había prometido tantas cosas hace años.

Ni un segundo dudó en perder todo el pudor para acercársele a la ya madura figura y gritar su nombre con una alegría desesperada.

Y la sorpresa que se llevó Víctor no fue una indiferencia total, sino un rostro que evocaba la misma felicidad de recordar y ser recordado. Ahí estaba, un amor virginal, de un verano de hace cuarenta años. Un amor que, aunque nunca entendió si fue correspondido, en algún momento significó todo.

Su corazón latía como una bestia, sintiendo que se iba a salir de ese pecho ya arrugado, como lo hizo en su juventud imaginó una vida juntos, al menos una vejez, antes de que saliesen las primeras palabras de su boca que sólo pudieron pronunciar un «¿Cuánto tiempo?».
En los días posteriores, como si de un déjà vu se tratase, sucedieron las mismas cosas que en la juventud. Recordar el colegio, recordar lo extraño que fue que hablasen, recordar los deseos que nunca se dieron, los sueños que se habían olvidado, las promesas que parecían tan reales, las invitaciones imposibles, los celos que generó la distancia, los recuerdos después de que dejaron de hablar, las ganas de escribirle de nuevo que tenía Víctor, pero también el fuerte miedo al rechazo.

Era una pena que, aunque en un momento de su vida haya tenido la oportunidad de buscarle y la soledad para hacerlo, nunca se atrevió realmente. Se le contaba con tristeza cuando tenía miedo de que el silencio que se generaba se lo comiese vivo. Las ganas de los besos en las mejillas, los abrazos e incluso un pequeño asomo de libido pueril volvieron. Pero como la última vez no fueron del todo correspondidos, pero sí escuchados.

La sensación de comodidad, del alma gemela, de la química que hablan las revistas y los libros de jóvenes estaban ahí, pero aun así cuando tocó irse, luego de esas tres semanas, sucedieron las mismas cosas.
Se prometieron verse de nuevo, quererse en físico, acompañarse, pero todos como el triste déjà vu que fue, significaron promesas vacías y la relación conservó la misma virginidad carnal que la había caracterizado luego de cincuenta años.

Tic-Tac - Tic-Tac

Por: Aeiou

Mi mirada se encontraba fija en el péndulo. Específicamente, en el constante movimiento del péndulo dorado del anticuado reloj de pared que se encontraba en la antesala del hogar. Habría llegado a mi conocimiento que este aparato era un regalo desde hace ya mucho tiempo por un familiar lejano; sin embargo, siempre me había parecido que el reloj habría simplemente encontrado su lugar en las paredes de la casa, infiltrándose discretamente hasta formar parte de la rutina.

La apariencia del reloj no aclaraba el misterio. Era de mal gusto y polvoriento. Descansaba toscamente, sobre un apresurado clavo que increíblemente soportaba todo su peso, y el desgastado barniz dejaba en evidencia el intenso marrón de la madera de la que habría sido construido. Las manecillas se movían plácidamente, impulsadas por el péndulo que oscilaba débilmente en la caja principal del reloj, marcando el melodioso sonido del paso de tiempo.

Aquel sonido me desconcertaba un poco. Era molestoso y parecía yo escucharlo incluso cuando no me encontraba en la casa, sin el reloj de pared vigilándome desde lo alto. No obstante, aquel incesante *tic tac* no era lo que más me entumecía de este artilugio, sino la canción que entonaba su caja de música interior cada vez que se cumplía una hora en punto. Aquella canción despertaba en mí una lúgubre sensación de que algo en concreto iba a suceder.

En cuestión, es aquella la melodía que estaba escuchando ahora. Con atención, me dediqué a contar los timbres de la tonada. Eran ya las 3 en punto. Repentinamente, recordé lo que estaba haciendo anteriormente antes de llegar a la sala de estar y la razón detrás de este ruidoso pálpito

en mi garganta, que amablemente se sincronizaba con el *tic tac* del reloj. Estaba buscando mi *pendrive* metálico. Específicamente, la memoria USB que tenía, en su interior electrónico, mi entrega de final de año del curso que me encontraba cursando.

Di vuelta en mí mismo para salir de la habitación y a lo lejos oí cómo el maullido de mi gato se mezclaba con el repetitivo *tic tac* del reloj.

Ya llevaba toda la noche anterior y la presente mañana así. Debía ya salir en una hora de la casa hacia la universidad para llegar a tiempo. Habría decidido que lo mejor para evitar cualquier percance era transferir el documento a la memoria USB y dejar todo listo la noche anterior. Hecho aquello, recuerdo nítidamente cómo puse la memoria sobre el pequeño estante en la esquina de mi habitación. A pesar de ello, espero haya sido un acto de magia. Luego de algunos minutos volví a la habitación y el *pendrive* había desaparecido sin rastro alguno.

Mi mente lógica no dudaba de la existencia de una explicación racional ante tal desaparición, pero no lograba captar cuál exactamente era esta. Durante el pequeño lapso en que me ausenté de la pieza, nadie habría entrado, dato que obtuve luego de una rigurosa interrogación a los integrantes de mi hogar. Por lo cual no existía la posibilidad de que alguien lo hubiese tomado por equivocación.

¡Recuerdo incluso el tacto del frío metal del que estaba hecho el *pendrive* cuando lo situé sobre la mesilla! Aun así, estos datos habían resultado insuficientes y, ante el pavor, me encaminé en una búsqueda profunda por los rincones de la casa. Me había ocupado exclusivamente en tal tarea hasta ahora, mientras la agotadora canción del reloj me recordaba cada paso de la hora.

Decidí realizar otra ronda de búsqueda, con la esperanza de que por fin lograra pillar el escondido *pendrive*. La sala de estar, mi cuarto, el pasillo...

¿Debería quizás revisar las otras habitaciones de mi familia? El baño, la cocina...
«No he buscado con tanto esmero en la cocina», pensé.

Procedí a pasearme entre la mesilla de comida, los electrodomésticos y las repisas. Entre las compras del supermercado que tenían que ser guardadas, las frutas que estaban a punto de pudrirse y los recipientes de comida del gato. Al parecer, la gracia de este universo aún no se encontraba de mi lado, dado que la memoria USB no apareció. Le serví comida al gato que se encontraba maullando antes de salir de nuevo con las manos vacías de la cocina.

La idea de conseguirme o comprar otro aparato donde entregar mi tarea pasó relajadamente por mi mente, pero fue rechazada por una fugaz intuición. Debía entregar ese mismo *pendrive* plateado y debía urgentemente encontrarlo. Miré de reojo la pared. La manecilla del minutero ya había dado la media vuelta y nos acercábamos a las 3:40.

El pálpito de mi pecho se agravó aún más. Se agravó de una manera que parecía que no era mi corazón el que bombeaba mi sangre, sino que era ese maldito reloj que habría encontrado lugar en mi cuerpo y resonaba en mi pecho con su *tic tac*.

Visualicé un mapa mental de la casa en mi cabeza y busqué con desesperación si se me había pasado algún lugar por alto por buscar. ¿Qué debería hacer? ¿Debería seguir buscando siquiera? Ya era tiempo de que me terminara de alistar y saliera para poder llegar con tiempo a la universidad, y aún lo perdido seguía sin aparecer.

Por mientras, me calcé los zapatos, tomé mi bolso, me dirigí de vuelta a la antesala y grité, quizás en un episodio de locura, mientras observaba valerosamente al reloj.

«¡Por favor, regresa aquello que perdí hacia mí y ya no criticaré tu estúpida canción, ni tu incesante *tic tac*!».

Por un instante, me imaginé cómo el reloj me devolvía la mirada con una pizca de lástima, y momentáneamente sentí alivio en mi pecho. Respiré hondo y me fijé en que mis lágrimas tentaban ya escapar de mis ojos, hasta que sentí cómo un suave pelaje se paseaba entre mis pies y un pequeño felino se acostaba en el suelo.

Tenía un pequeño objeto con un destello metálico en su hocico.

Tic Tic Tic... disociativo

Por: Caro

Tic Tic Tic... Suena el golpeteo del lápiz sobre la mesa mientras intento pensar en cómo escribir esto...

Tic, Tic, Tic...

No logro entender si la música de fondo me ayuda a concentrarme o a distraerme. Aunque esta canción ¡está buena! No la conozco, me dan ganas de bailar. Parece que a mi compañero de trabajo también, porque está llevando el ritmo con un dedo sobre la mesa... Concentración, Carolina, ¡por favor!

Tengo que escribir un cuento de 500 palabras, pero todo mi entorno siempre me parece tan llamativo; debería estar haciendo mis labores en vez de estar pensando en escribir un cuento. Además, llevo años sin escribir. Recuerdo que la última vez fue en mi escritorio de colegio, mis amigas también eran buenas para escribir y pensábamos buenas ideas que terminaban siendo historias cantadas y transformadas en juegos extraños como el de «Uno dos tres frente cara mano codo muslo pie, señorita, caballero, compro un huevo, se me cae lo recojo...» Inventamos muchas versiones alargadas de eso. Aunque creo que tendía más a pasar tiempo conmigo y mi mente más que con las personas del colegio, eran tan ... raras

Oops. Britney Spears apareció en el repertorio... *Boy don´t try to front, I–I, Know just, just, what you are, are – are*... Es muy bueno el coro de esta canción. *¡Ok!* Creo que la música no ayuda. Tengo hambre, mi reloj biológico de comida siempre es tan puntual, llega a ser odioso. Apuesto

que son las 13 horas.

Mmm 13:05... Ay, no puedo almorzar. Me queda una reunión todavía... debería hacer algo con este horario biológico. Creo que me tomaré un receso y prepararé la reunión para después seguir pensando en qué rayos voy a escribir.

14:08. *Ugh*, eso fue más largo de lo que pensé. Voy a sentarme a almorzar mientras creo alguna historia... No debería ser tan difícil. A lo mejor podría escribir un cuento sobre un chico solitario.

No, muy trillado.

¿Y si escribo sobre animales? Aunque odio las películas de animales, les tiene que pasar algo durante la historia y eso me causa demasiada nostalgia.

Muy angustiante.

Se puso a llover.

¿Por qué está lloviendo en noviembre? A estas alturas estaría desabrigándome y empezando la temporada de primavera y calor ahogante. Se puso intenso esto; lluvia, truenos, relámpagos. Este fin de semana cerraba la temporada de ski. Yo creo que lo pueden aplazar unas tres semanas más y así quizás podría ir a conocer. Nunca he ido a la nieve. ¿Mis manos sobrevivirán al frío? ¿Mi cuerpo sobreviviría?

A lo mejor podría escribir un cuento sobre eso, cómo la gente friolenta pasa el invierno... y usar de referencia a un niño friolento y otro que sea ese tipo de personas que andan por la calle en polera manga corta, qué terrible esa gente... Yo me desabrigo un poco y ¡pum! neumonía, bronquitis, sinusitis y todas las *itis*. A lo mejor debería comer más comida

chatarra y acumular grasa. ¿Funcionaría? No lo sé, Rick.

Bueno, ya que no soy una tiktoker famosa que tiene libertad horaria, y como mi hora de almuerzo terminó, voy a volver a trabajar. Voy a ponerme al día con los correos que no vi por estar pensando en el cuento.

Ahora que lo pienso, no estoy ni cerca de escribir el título, aunque creo que es mejor dejar eso para el final, con la historia ya creada.

Impresionante que trabajo en innovación. Y en el arte soy peor creadora. Una vez me hicieron dibujar un cuadro libre y yo hice un monito de nieve... lo recuerdo perfectamente porque fue mi primera nota roja. Era un monito de dos partes, botones y la nariz rectangular. ¡Tenía hasta un gorrito para que se viera más guapo! Estaba parado sobre la nieve y con bolitas de nieve cayendo del cielo, algunas con escarcha de colores, y no sé bien si tenía nubes o no... creo que no.

Nunca entendí por qué me pusieron una mala nota. Era libre y eran las mayores habilidades de dibujo que tenía para ese entonces. Pienso que era una versión como «dibujo de palitos», pero redonda. Creciendo mis habilidades de dibujo mejoraron considerablemente.

Mis compañeras de curso de aquel tiempo entregaron pinturas de galería. Yo amaba mi monito de nieve.

Quizás tampoco tengo habilidades de escritura... Ni siquiera puedo escribir 500 palabras de un cuento con libertad temática.

Quizás escriba uno que se base en mi monito de nieve discriminado...

¡Oh! Pero qué buena idea.

Comenzaré a escribir...

Todos los lirios crecen altos

Por: Fabián Vera

Detrás de una vieja cerca de madera, vive un jardín que se esparce. Bajo un cielo limpio que aún es azul. Una luz que calienta el camino a casa sin importar dónde te encuentres. Un viento que trae el aroma del trigo. Y tierra que besa la mejilla del que descansa en ella. Todo crece en el camino que ha viajado. Un viaje lleno de yuyo y arcilla. Los pétalos blancos lloran cuando danzan con el viento, cuando le susurran al arriero el final de este viaje.

El tiempo y las nubes fluyen sobre él a la puesta del sol. El recuerdo de una vida que se mece en su mente, y el sudor de la brisa que calma su frente en la tierra que labra. Allí se posa el pueblo blanco que nadie recuerda, pero todos regresan. Todos se sientan en esta mesa, y todos se regocijan bajo este parrón. No hay quien se vaya con hambre, y nadie que no encuentre calor en esta cocina, y manos que no reparen las lágrimas como las de un carpintero que alguna vez construyó esta casa.

¿Es el Edén o la tierra en este jardín? Manos pequeñas aprietan su cara. Cada abrazo se siente como los pinceles que detallan este paisaje por los siglos. No hay nadie que falte a la mesa de este reino. Las diucas son testigos de su corona de cizaña, y los chincoles son testigos de su palacio de cedro. Y la copa que no tiene fondo para el que vuelve cansado de su trabajo. Amado es el que ama y bendito es el que bendice, porque la sonrisa de su lirio será la que el soplo de la vejez no derribará. ¿Es el Edén o la tierra en este jardín? El único portón que no tiene candado, y el pan que no se acaba. Y el aleteo de las flores le cuentan al viento sobre este secreto.

Y ahora su nombre se desvanece como los pequeños tallos que alguna vez encaminó. Su recuerdo se marchita como la mesa que ahora está vacía, y sueña antes de ir a dormir. Su mirada se cierra como las paredes

que se resquebrajan. Su corazón truena en soledad como los fuegos artificiales en la penumbra de este fin de año. De este horno ya no emanará el pan y la miel de todas las mañanas, y del caldero se acabará la última gota de carbonada. Un día estará viejo y la pala no levantará y entonces, por él, un lirio florecerá.

Entonces los lirios bajarán su cabeza y llorarán. Y su recuerdo se esparcirá con los pétalos que bailarán con el viento. Algunos se marchitarán y otros vivirán. Y la mesa en la que se sentaban, le recordará el camino a casa. Y del portón del cielo que ahora tiene candado, brillará la brisa de los días del ayer, del pan y la huma, de la alegría plácida de este carpintero y su jardín, donde todos los lirios crecen altos.

Cuentos destacados

Convocatoria 2023

“Un Anacronismo desdibujado”

“Rasguño”

“Hermanos de la calle”

“El caracol Harry”

1er Lugar

Un anacronismo desdibujado

Por: Nach

Me desperté junto a ella a los pies de una fogata, bañado por la luz del infinito manto estelar que aquella noche resplandecía más que nunca. Yo, un ser atormentado por el insomnio desde los albores de mi infancia, condenado a llevar conmigo una mente acechada por incesantes cataclismos; ella, la única persona capaz de sanar mi desvelo, proveniente de un lugar desconocido, sólo perceptible en sueños, sólo concebible en la imaginación.

Considero importante aclarar que Lucy (ese es su nombre) sí existe — o existió — en este plano físico. La cualidad onírica de su descripción corresponde a la naturaleza del tiempo, un tiempo que me encadena al presente, forzándome a visitarla sólo en recuerdos. ¿Y qué son los recuerdos, si no los sueños de una mente en vigilia? Por lo tanto, en esta ocasión, la ausencia total de somnolencia me remonta a una memoria en particular:

Era 21 de noviembre de 2026, una hora después del ocaso. Mi cabeza apoyada sobre su regazo, mis retinas absorbiendo los colores de su piel iluminada por el fuego, y mi lóbulo prefrontal intentando comprender la lógica de aquel momento en el tiempo, incomparable, irrepetible.

Lucy observaba el cielo con devota atención, como queriendo descifrar algún código oculto escrito especialmente para ella; finalmente, tras unos largos minutos de apacible silencio, y luego de navegar por las olas que se formaban en nuestra botella de vino tinto, decidió transmutar en palabras las nebulosas formadas por sus pensamientos.

— Las Pléyades, ¿las ves? Están a la derecha de Orión.
— ¿Y cuál era Orión? Se me olvidó.
— Es el que tiene el cinturón, las tres Marías. Bueno, él era un cazador, el único humano a la par con Artemisa en esa disciplina.
— ¡Ah, sí! Y Artemisa era hermana de Apolo, ¿o no? — agregué, intentando demostrar que yo también sabía algo al respecto. Ella me lanzó una tenue risa de afirmación.

— Bueno. Si te fijas — continuó inexorable en su traducción de aquel relato escrito en el firmamento —, arriba, a la derecha de Orión, hay siete estrellas muy brillantes, también llamadas las siete hermanas o las Pléyades. Ellas son las hijas de Atlas, el titán que fue obligado a sostener el cielo como castigo. Orión acosaba a las siete hermanas y no paraba de perseguirlas, por lo que Zeus las ascendió a la bóveda celeste convertidas en estrellas para así protegerlas. El problema es que después hizo lo mismo con ese bobo del cazador, y ahora él las acecha en el cielo por toda la eternidad.

El alcohol estaba haciendo efecto en mi sangre, y percibí la tragedia de la historia en un nivel más profundo de lo que normalmente lo haría. Me quedé un rato sin decir nada, tan solo contemplando la absurda crueldad de los dioses, esos seres mitológicos creados por el ser humano, cuya función siempre ha sido reflejar los resquemores y turbulencias que habitan en los rincones más inaccesibles de nuestra psique, donde la razón se ve obnubilada por el inconsciente. Eventualmente, cayendo en cuenta de nuestra fugacidad como seres biológicos a merced del pronto decaimiento de la materia que nos compone, surgió en mí una pregunta crucial.

— No entiendo bien. ¿Qué se supone qué es la eternidad? ¿Cuánto dura? No me hace sentido que algo no tenga fin, si hasta los agujeros negros se evaporan con el paso de los eones.
— ¿Alguna vez has tenido un *déjà vu*? — me susurró, con esa mirada que siempre lanzaba cuando su mente emprendía un viaje fuera de órbita. Antes de que tuviera oportunidad de responderle, prosiguió —. En algún punto lejano del espacio tiempo estás observado este momento a través de tus recuerdos. Lo estás repitiendo una y otra vez, fotograma por fotograma, como una película antigua, cuyo final ya conoces de memoria.

— Pero la vida es solamente recuerdo, toda la vida, excepto el intangible

momento presente que se evapora antes de que siquiera podamos saborearlo.

Lucy se acercó a mí y posó sus frías manos alrededor de mi cuello, suavemente, como queriendo ahorcarme sin matarme, sin dañarme. La gelidez de su epidermis contrastaba con el calor de la fogata.

— ¿Sientes esto? Esto es el presente, una alucinación muy persistente captada por tus sentidos e interpretada por tu sistema nervioso central. No hay nada más, todo el resto es ficción. Aprovechando que ya me sostenía con ambas manos, me acercó hacia ella y me besó —. Aunque, por más real que sea, sigue siendo igual de efímero.
— Ya, pero ¿qué tiene que ver todo esto con la eternidad? No has respondido a mi pregunta. Igual, no quiero que parezca que me estoy quejando, me gustó bastante el ejemplo que me diste.
— Es un *déjà vu* — me respondió entre risas, como si estuviese explicitando lo obvio —. Todo se repite. Nuestra existencia es una serpiente mordiendo su propia cola, creándose y destruyéndose a sí misma. Permítete sentirlo todo, pero luego no tengas miedo de olvidarlo; ¿para qué revivir infinitamente las imágenes que habitan tu memoria, cuando puedes deslumbrarte con el cielo que nace frente a ti cada día? Al fin y al cabo, desde que somos concebidos estamos predispuestos a desvanecernos en el olvido.

Es irónico que ahora me encuentre aquí, relatando una historia de la cual aún no me he logrado desprender. Al día siguiente, el 22 de noviembre del año 26, Lucy se marchó. Se fue a Bélgica, o tal vez a Japón; quizá incluso a Namibia. El hecho es que nunca más supe de ella, pues se fue con su voz y su aroma. Se llevó consigo su tacto, y se desprendió de sus cadenas. Hoy, treinta años después, espero con templanza la muerte detrás de la soledad de mi escritorio, sumergido entre libros que esbozan las palabras de poetas ya extintos, pero refugiándome en la certeza de que el tiempo, el indomable e ilusorio tiempo, que nos lleva desde la conciencia al polvo, es simplemente un *déjà vu*.

2do Lugar

Rasguño

Por: Arantza Reichel

Ella me mira confundida mientras la sangre comienza a brotar de mi brazo y un dolor agudo recorre desde mi muñeca hasta el hombro.

Hago el intento de levantarme, pero el mundo me da vueltas y necesito quedarme sentado unos minutos más. Ella no hace más que mirarme con sus grandes ojos sin acabar de entender qué ha ocurrido; siento que se acerca a mí, pero yo me alejo tambaleante en dirección al baño. El frío del agua calma ligeramente el dolor, a la vez que limpia la herida y me permite ver la piel abierta que recorre todo mi antebrazo. Es un corte limpio y recto que empieza en mi muñeca y termina en la mitad del brazo. El pánico me hace reír pensando que, si muriera desangrado, parecería un suicidio y que probablemente el hecho de que no tengo nada cortopunzante siquiera cerca mío sería obviado gracias a mi vida solitaria con sólo un par de personas en mi círculo cercano.

De a poco el agua pierde el tinte rojo carmesí y comienza a aclararse, el sangrado se está deteniendo lentamente, demasiado lentamente. Debo hacer algo, detenerlo de alguna manera. Mis manos se mueven temblorosas por los cajones del baño buscando algo, lo que sea, usaría hasta un calcetín sólo para hacer que se detenga todo esto. Finalmente encuentro una gasa vieja, está algo sucia, pero la ansiedad por retener la sangre dentro de mi cuerpo evita que piense en la cantidad de complicaciones que puede provocar usar una gasa no estéril.

Retiro el brazo del chorro de agua y una oleada de calor me cubre todo el brazo izquierdo, al menos la herida fue en mi lado no dominante. Ese segundo que me tomo para mirar la herida provoca que recuerde cómo me la hice, se suponía que estábamos jugando, yo estaba alegre con ella, al menos hasta que me hizo este corte, volteé para verla aún acostada en mi cama, observándome atentamente con sus ojos grandes, pero sin emitir sonido.

No es hasta que siento mi antebrazo palpitar rítmicamente que salgo de

mi trance. Al verlo, noto que ha salido más sangre y que esta sale con cada palpitar de mi corazón. Sin pensar envuelvo mi brazo con la gasa sucia, la sangre la tiñe lentamente y veo cómo la tela que alguna vez fue blanca se tiñe poco a poco de rojo. No despego los ojos de la mancha hasta que deja de crecer y, al fin, siento algo de calma, las piernas comienzan a temblarme y me pregunto cómo es que había logrado salvarme la vida. Me siento en el suelo del baño, sintiéndome a salvo de una vez por todas, otro mareo me golpea, pero no hago más que ignorarlo, convenciéndome de que es causado por el shock de todo lo que había pasado.

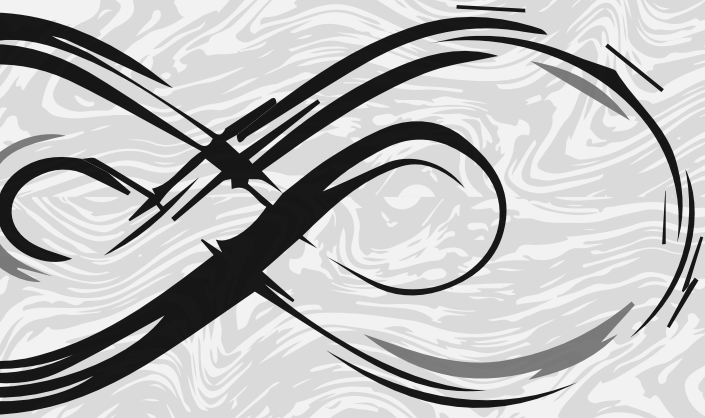
Escucho cómo ella se baja de mi cama y camina lentamente hacia mi dirección. Finalmente se recuesta a mi lado y yo la acaricio, su pelo sí que es suave.

— Debería cortarte las uñas. — Su mirada enfadada hace que me ría —. Bueno, bueno, pero al menos deberías disculparte. Casi muero desangrado por tu rasguño.

Me lame un dedo y maúlla, lo que yo interpreto como una disculpa.

3er Lugar

Hermanos de la calle



Por: Dante Alfredo Pacheco

Conocí a Andrés en el liceo. Era mi primer día. Durante el recreo él se acercó y me saludó. Lo primero que me preguntó fue sobre qué música escuchaba. Ambos llevábamos la ropa holgada con zapatillas anchas. Le respondí que escuchaba Rap, supuse que él también. A los pocos minutos ya estábamos rapeando en una instrumental que él mismo había compuesto. Con el tiempo lo terminé apodando «Dree». Nuestra amistad se afianzó bastante, ya que estudiábamos juntos. Los dos queríamos llegar a la universidad, y estudiar Ingeniera Civil. Dree siempre fue mejor que yo con los números. Llegado a este punto podría decir que la música nos hizo amigos, el estudio compañeros y la calle hermanos.

Vivimos una adolescencia normal para lo que significa vivir en una población. La familia de *Dree* vendía droga en un local de comida rápida. Él atendía a veces después de clases y yo lo acompañaba. Allí resolvíamos facsímiles para prepararnos para la PSU. Llegué a pasar más tiempo en el «punto» que donde mis padres. Allí me sentía como en un hogar, a pesar del riesgo.

Más de una vez nos tocó defender el lugar y, aun así, sigo pensando que prefería eso.

Nos fue bien en la prueba. Entramos a la universidad UTFSM. En agosto del segundo año *Dree* me llamó llorando de madrugada. Habían baleado a su padre frente al local. Fue devastador para su familia, sumado a que no había quién administrara el negocio familiar. Dree decidió hacerse cargo. A las semanas dejó de ir a clases. No respondía mis llamadas y ya no lo veía por el local. Preguntaba por él, pero me decían que estaba ocupado, o que no sabían.

Supuse que tenía otras preocupaciones mayores.

Teníamos una prueba de cálculo la próxima semana, intenté ubicarlo, pero sin resultado. Al cabo de unos días, me llamó de noche con la misma

voz sollozante de cuando ocurrió lo de su padre y me pidió encontrarme con en el local. Lo noté cansado; en su mirada había un profundo vacío. Parecía otra persona. Le hablé sobre la prueba y su ausencia en las clases. Me respondió con gran desdén que ya no le importaba, porque no estudiaría más.

Me confesó que esa misma tarde había ajusticiado al asesino de su padre.

Quedé en blanco unos segundos, le dije que todo estaría bien, que siempre estaría si me necesitaba y que para eso están los hermanos. Luego de hablar de nuestras vivencias lo convencí de volver a la universidad y de estudiar para el certamen.

Así fue que estudiamos como en el pasado, antes de que todos los problemas de la calle sucedieran. Me pude dar cuenta de que se distraía con facilidad, se notaba inquieto con los sonidos del exterior, actuaba con desconfianza con las personas y con cierta agresividad. Me comento que actuaba así porque lo estaban buscando. Intenté calmarlo, pero no podía dimensionar la situación de vivir en un estado de alerta constante.

El día de la prueba hablamos en la mañana. Dree quedó de pasar a buscarme para tomar la micro. Escuché una balacera mientras fumaba en el patio. Las balas eran habituales en el sector, pero el atraso de mi amigo no lo era. Salí preocupado, intentando no pensar en lo peor. Llegué al pasaje y, antes de llegar a la esquina del local, vi una hoja de fórmulas de cálculo ensangrentada siendo empujada por el viento. Caminé unos pasos y me giré. Vi a un joven recostado mirando hacia el cielo sobre un charco de sangre. No quise creer que era cierto. Me acerqué y fue allí donde lo vi, frente al local al igual que su padre. Estaba pálido, con su mirada perdida en lo alto, y con varias heridas de bala en el pecho. No tengo palabras para explicar el dolor al verlo así. La misma calle que nos hizo hermanos separó nuestros caminos. Llegó la ambulancia tiempo

después y lo trasladaron, aunque ya era demasiado tarde.

Apenas lo vi supe que había muerto. Hubiera dado mi vida por haber estado equivocado.

Llegué a la universidad y me acosté en el pasto mirando al cielo. No fui a ninguna clase, excepto a la de la prueba. No podía pensar en nada más. Se acercaron algunos de mis compañeros, pero no podía responder con palabras, sólo contestaba con un ademán de silencio. Entré a la sala del certamen por mera inercia, me ubiqué atrás y miré al techo de brazos cruzados. Recordé todo lo que estudiamos para este día. Realicé el certamen llorando de tanto en tanto. Mi consternación fue tal, que los dos profesores a cargo quisieron preguntar qué sucedía. Me limité a decir que estaba todo bien. Una vez que salí, fui hacia mi casa a dormir para olvidarme de todo, con la esperanza que al despertar todo hubiera sido un mal sueño.

Dos días después entregaron las notas del certamen en voz alta. El Profesor no me nombró durante esa lista y una vez terminada me llamó adelante.

— Dante Pacheco, este certamen tiene su letra, alcanzo a distinguirla. Claramente es usted. Obtuvo un cien. Felicidades, pero... ¿Me podría aclarar una duda?

— Gracias, profesor. Sí, dígame.

— ¿Por qué puso el nombre de su compañero «h», si él se ausentó sin justificativo? Es un tema grave, señor Dante. Esto pasa por suplantación de identidad. Cuénteme... ¿por qué lo hizo?

— Andrés murió, profesor. Ese mismo día en la mañana, y yo lo vi... No podía parar de pensar en eso, así que decidí dar la prueba por él.

— Entiendo. Siento mucho lo de su amigo. No lo sabía... Si necesita retirarse y tomarse el día libre lo entiendo.

— Se lo agradezco, profesor... De hecho, hoy es su funeral y pienso dejarle la prueba en su tumba para agradecerle por todo. Tengo que salir ahora, si no llegaré tarde. Algo que él nunca hizo y que en su honor nunca haré.

3er Lugar

El caracol Harry

Por: Nach

Érase una vez, en un cerro lejos de este papel, un joven y pequeño caracol que tenía un sueño tan grande como su corazón: convertirse en polinizador. En sus primeros meses, los apoteósicos árboles y los helechos de hojas infinitas lo llevaron a maravillarse con el entorno en el que había nacido. Eran cincuenta hermanos, y todos gozaban del inmenso árbol familiar, al que decidieron llamar *Caracol Celestial*. Durante las cálidas tardes de verano, los cincuenta pequeños se reunían en la rama de sus abuelos para escuchar la mitología del árbol familiar.

— Desde hace décadas, los caracolitos de nuestra familia han crecido y cuidado del Caracol Celestial. Se dice que el primer caracol que llegó a esta tierra, Don Francisco Nicolás Alejandro del Rocío Viscoso, eligió este lugar por la cercanía al estero, la protección que brinda la quebrada y por la abundancia de la flora. Aunque realmente dudo que haya sido él, ya que eso debió ocurrir hace como cien generaciones atrás. Es seguro que el primer caracol se encontró con este árbol ya robusto y no tan alto como hoy, el cual decidió habitar — decía Eusebio, el abuelo mayor de los caracolitos.

— Tata, ¿y eso qué tiene que ver? — dijo Lucas, hermano de Harry.
— Calma, pequeñín —dijo después de reír con ternura —. Tiene todo que ver. Estando ahí, el primer caracol decidió traer a sus mejores amigos para vivir en este precioso lugar y empezar una nueva vida. Con ellos, tendría la confianza para asignarles responsabilidades importantes, como estar a cargo del conteo de hojas, la vigilancia del lugar, el estudio topográfico de la zona, y lo más importante, el cuidado de las crías. Así, la autodenominada Villa Rama pudo vivir en tranquilidad durante generaciones, bajo la total protección del gran árbol. Ahora bien, el tiempo no pasa en vano... Los años transcurrían y los caracoles envejecían. Los jóvenes lo notábamos en sus tentáculos, que se alargaban y parecían a las nuevas ramas del gran árbol.
» Así, cuando caducaba la estadía de un caracol en nuestro mundo, su cuerpo era enterrado a los pies del gran árbol para que su cuerpo trajera flores en primavera. Así también, los antiguos caracoles decían que el

alma de un caracol era liberada cuando las flores de su cuerpo abrían sus pétalos, uniéndose a las hojas y ramas del gran árbol para cuidar y observar a sus seres queridos durante la eternidad. De esta manera, el gran árbol se convierte en un gran caracol que nos observa, cuida y espera desde la tierra celestial.

Harry nunca olvidó ese momento; cuando falleció su abuelo, ninguno de sus hermanos entendía por qué estaba contento, a lo que él respondió:
— Cuando el tata falleció y su cuerpo cayó a los pies del árbol, había estado hablando con él. Me decía que le quedaban pocas horas, que había disfrutado de su vida, pero que lo más importante fue poder compartir con nosotros. Me dijo que nunca me rindiera, que los caracoles tenemos una gran fuerza natural y que siempre sabemos salir adelante, aunque nos hagamos heridas. Que no todo será fácil, y que él siempre será nuestra compañía. Que estará en esta hojita — dijo, apuntando hacia arriba —, y que nos saludará todos los días.

Fue gracias a esa lección que Harry decidió convertirse en polinizador. La aventura de escalar la fauna y mantenerla viva le parecía que era el legado que había visto su abuelo en él.

Pasaron los años y Harry logró ingresar al Cerro de la Viola Subandina, una institución educativa de renombre que le permitiría especializarse en polinización. Ahí se encontró con lagartijas, chinchillas, arañas pollito, huiñas, insectos y muchas aves, entre otros; todos en el camino de la especialización para sus vidas. Ahí conoció a su mejor amiga, una golondrina llamada Lissette, quien además le ayudaba a transportarse con mayor rapidez por el lugar. Ambos compartían un cariño y pasión tremendos por la flora, y Lissette sentía un profundo respeto por el deseo de Harry, por la valentía que requería enfrentarse a un desafío tan grande.
Los meses pasaron y los dos amigos se acompañaron como si fueran hermanos. Sus evaluaciones constaban de construir refugios, identificación de frutos y flora venenosa, métodos de sobrevivencia

ante lluvias e inundaciones, experimentación de caída de objetos, entre otros. Aunque al caracol le resultaban más complicadas algunas de sus evaluaciones en comparación a sus compañeros, lograba aprobarlas con un poco más de tiempo. Esto implicaba que Harry perdiera contacto con sus compañeros, pero Lissette decidió que sus evaluaciones no serían motivo para abandonar a su amigo. Se veían todos los días y conversaban largo y tendido en el vuelo a la institución.

Avanzado el semestre, en medio del período de evaluaciones, Lissette le pregunta en el vuelo:
— ¿Y qué verás hoy?
— Cálculo de raíces milenarias, y más tarde tengo estructura botánica —dijo con desánimo.
— Pero ¿no que quieres ser polinizador? — preguntó Lissette, extrañada.
— Sí, pero son ramos comunes del plan. Son importantes para el cuidado y... eso...
— Harry, ¿estás bien? Te veo somnoliento.
— Sí, sí... sólo estoy cansado. No dormí muy bien...
Harry había recibido a una tórtola durante la noche anterior, enviada por su familia y que le avisó de la muerte de uno de sus hermanos. Había sido aplastado por un turista, y ahora sólo le quedaban diecisiete hermanos.
— Bueno... Recuerda que estoy aquí cuando lo necesites —afirmó Lissette.
— Liss... ¿podemos hacer algo antes de ir al cerro?
— Claro, aún tenemos algo de tiempo... ¿Qué necesitas?

Harry le pidió que fueran al Corredor del Plátano Oriental, institución de renombre y vecina al Cerro de la Viola Subandina. Buscaron el árbol más grande y se posaron en la cima, observando todo el entorno. Harry sintió el abrazo del Sol, la brisa mañanera, y la abismal tranquilidad del ambiente. Su abuelo y hermanos eran el silencio, sus protectores celestiales. Sólo necesitaba recordarlo.
— Muchas gracias, Liss — dijo sentado a su lado.
— Cuando quieras, amigo.
Siguieron contemplando por un rato, luego retomaron el vuelo.

Recopilación 2°
Convocatoria Concurso
de Cuentos Breves USM 2024
Primera edición abril 2025

Edición y corrección de textos
Maricela Hinojosa V.

Ilustraciones
Recursos de Internet - Liliana Alegría Guerra
Diseño: Liliana Alegría Guerra
Maquetación: Paulina Zarria Severino

Licencia
Este libro está protegido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Esto permite que otros puedan copiar, distribuir y adaptar el contenido del libro, siempre y cuando reconozcan la autoría original, no lo utilicen con fines comerciales y mantengan cualquier obra derivada bajo la misma licencia.

Para más información sobre esta licencia, visite:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

Nota del Comité Organizador del Concurso de Cuentos Breves USM

El Comité Organizador del Concurso de Cuentos Breves de la Universidad Técnica Federico Santa María, compuesto por Biblioteca USM de la Subdirección de Información y Documentación Bibliográfica y el Programa Punto de Encuentro de la Dirección de Relaciones Estudiantiles, informa que algunos cuentos recibidos no fueron seleccionados para su inclusión en esta publicación, en cumplimiento de la Ley 21.369, que regula la prevención de violencia y discriminación de género en instituciones de educación superior. Esta decisión se tomó para asegurar que todos los textos publicados respeten el espíritu inclusivo y de respeto mutuo que nuestra comunidad promueve y protege.

Cuentos destacados

Convocatoria 2024

“Me lo dijo un amigo...”

“Jugo de Naranja ”

“La Bufanda”

1er Lugar

Me lo dijo un amigo...

Por: Yisus

En una fría noche de invierno, caminaba por la Universidad Federico Santa María Carrera, Casa Central. Venía de un certamen global de Ingeniería Civil Industrial, un examen crucial para no reprobar el ramo. Mi familia me veía como un hombre inteligente y seguro, pero en realidad, estaba sumido en la ansiedad y la tristeza por la reciente muerte de mi abuela, una figura muy importante en mi vida.

Bajaba las escaleras de la biblioteca para tomar la micro 602 en avenida España, refunfuñando y al borde de las lágrimas, cuando alguien me llamó. El grito era nítido y provenía de una banca al costado de las escaleras: "¡Blas, buenas noches, ven y siéntate junto a mí!". Me sorprendió ver a un señor que nunca había visto antes, vestido con un traje formal que parecía sacado de una foto de 1915 del museo de historia de Valparaíso. Antes del grito, había mirado la banca y no había nadie allí.

"¿Quién es usted?", atiné a decir, aún asombrado.
"Soy un trabajador de esta Universidad. Me dedico a analizar la vida académica de los alumnos para ayudarlos cuando las cosas no van como quieren. Noté que ibas ofuscado y quise ver en qué te podía ayudar".

"No creo que me pueda ayudar. Vengo de una prueba que necesito aprobar y no siento que me haya ido bien", respondí, y de repente, un cúmulo de emociones me sobrepasó y no pude evitar llorar.

"Ven, siéntate", dijo el simpático caballero, tomándome por el brazo y ayudándome a sentar junto a él. "Te contaré algo que aprendí cuando tenía tu edad. Yo era comerciante y al principio me fue muy mal. Tuve que abandonar mi ciudad para buscar mejores oportunidades. Me caí una y otra vez hasta que logré un negocio que me sustentara. Descubrí que triunfar en la vida no es nunca fracasar, sino levantarse cada vez que uno cae. Estás hecho para volver a empezar una y mil veces, Ingeniero. Fracasar no es un paso más lejos de la meta, es un paso más

cerca y necesario. Los más grandes a lo largo de la historia son los que más veces se han levantado ante las dificultades. No eres una nota, un número, ni un porcentaje de aprobación, eres el esfuerzo que has puesto, las horas de sueño que sacrificaste, el aliento que diste a un amigo para no abandonar. No estudias una carrera para solamente ganar dinero. Lo haces porque es tu vida. Fracasa hoy y triunfa mañana, siempre he dicho lo mismo. ¿Conoces de casualidad a Leonardo Da Vinci?".

"Sí", contesté tembloroso, sintiendo que sus palabras comenzaban a generar en mí una confianza desbordante.

"Nuestro querido Da Vinci una vez fue encargado de realizar un pastel para una familia adinerada en Milán, los Medici. Prometió crear una torta tan grande que la fiesta se celebraría dentro de ella. Contrató a los mejores pasteleros, artistas y cocineros. Y lo consigue, pero no se percató de que dejarla en el salón de baile no sería provechoso. Al llegar la mañana siguiente, los pájaros se habían devorado el monumento culinario. Leonardo caminó por las calles de Milán a punta de constantes insultos: '¡Ahí va ese geniesillo de Florencia, ese inútil que no sabe ni dar de comer a 300 personas!'. ¿Se rindió? No. Se encerró semanas en su casa, trabajó y trabajó. Un día volvió a Milán con un telar gigantesco y ante una multitud gritó: 'Queridos amigos, a todos ustedes que me señalaban por la calle y me decían que no podía alimentar a nadie, les digo hoy que puedo alimentar al hijo de Dios'. Y presentó 'La Última Cena'. ¿Qué te han contado? ¿Qué Leonardo es un genio? ¿O que fracasó, fracasó y fracasó, y luego de ese fracaso obtuvo no solo un éxito rotundo, sino que fue tan grande que logró eclipsar ese fracaso?".

Tras pronunciar estas palabras, el hombre dijo: "Acompáñame". Nos paramos de la banca y nos dirigimos a las escaleras de Avenida España. No dijimos nada hasta llegar al primer peldaño, donde giró y me dijo: "Lecciones como esta hay muchas en la vida. Siempre valdrá la pena seguir mientras uno esté vivo. No olvides que el fracaso es la forma más

rápida hacia el éxito. Ex umbra in solem, camarada'". Terminó esta frase y comenzó a bajar los peldaños. Antes de que terminara el primer tramo, le grité: "¡No me dijo su nombre!".

Dándose vuelta, sonrió y dijo: "Mis conocidos me llaman Señor Santa María, pero tú dime Federico, para servirte. Adiós, amigo mío". Bajé corriendo tras él, pero cuando llegué al final de los peldaños, solo pude notar unas huellas hacia las cenizas donde descansa el fundador de esta Universidad. Quedé asombrado. Días después me entregaron la nota que me tenía preocupado y sobre él había un enorme 98 junto con la frase "Fracasa hoy, Triunfa mañana".

2do Lugar

Jugo de naranja

Por: RGR

Nora tenía un ritual. Cada vez que un trabajador se presentaba en su casa, preparaba jugo de naranja. Tomaba el enorme cuchillo carnicero que se encontraba en su cocina y se dedicaba a cortar las naranjas para luego exprimirlas. Uno pensaría que se trataba de una buena acción, una generosidad reservada para aquellos electricistas, plomeros y otros que se dedicaban a mantener su casa agradable. Pero no. Ella decía que era una forma de defensa personal, una excusa para mantener un cuchillo en su mano al encontrarse a solas con un hombre extraño. Una precaución.

Sin embargo, la realidad era distinta. Se trataba de una retorcida forma de juzgar a aquellos que trabajaban para ella, un maquiavélico juego para ver si aquellos que eran dignos pasaban su prueba de moralidad. Aprobar significaba un refrescante vaso de jugo recién exprimido como recompensa, mientras que fallar resultaba en un serio peligro para la vida de aquellos hombres.

Nora nunca había llegado a ese extremo. Excepto por la vez que persiguió a uno de los trabajadores de la compañía de Wi-Fi con el cuchillo en alto, luego de descubrirlo husmeando inapropiadamente por la habitación de su hija pequeña, lo cual no llegó más allá de un aterrado hombre gritando un sinfín de profanidades, huyendo despavorido. Le producía tal sensación de poder que cada mañana que sabía que debía recibir a alguien en su hogar, se levantaba emocionada a comprar una malla de naranjas en el supermercado.

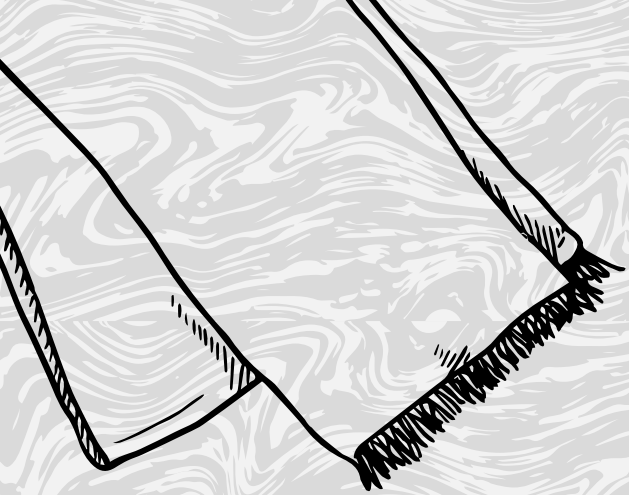
Y así se encontraba Nora ahora mismo, con una malla de naranjas nueva posada sobre el mesón de la cocina al abrir la puerta de su casa. Un cosquilleo de ansias recorrió su cuerpo al estrechar la mano del maestro que venía a reparar las goteras causadas por la lluvia de la semana pasada. Incluso se preocupó de usar uno de sus vestidos más halagadores, ese rojo escotado y bien ceñido a su cuerpo que le quedaba de maravilla. Una sonrisa de satisfacción se posó en su rostro al

notar la lujuriosa mirada de arriba abajo que él le dedicó, en lo que ella se asentaba en la cocina y se preparaba para iniciar.

Una vez que el cuchillo se encontró en sus manos, sintió nuevamente esa superioridad que tanto le encantaba.

La pequeña radio del maestro sonaba a la distancia, una cumbia melodiosa lo animaba mientras trabajaba en la habitación del piso de arriba. Nora, por su parte, sentía su ego inflarse pensando en los vistazos que le dedicó el señor al pasearse innecesariamente por fuera de la cocina o en las veces que se acercó a preguntarle cosas triviales sobre la casa. ¿Será esta la vez que por fin podrá cumplir sus fantasías? Apretó el cuchillo entre las manos e imaginó un escenario en que el hombre se le abalanzaba encima y no le quedaba otra opción que deslizar el arma por su cuello. Tak, cortó otra naranja. Entonces, mariposas revolotearon en su estómago al escuchar las pesadas pisadas del maestro que bajaba por la escalera en dirección a la cocina.

Horas más tarde, el marido de Nora abrió la puerta principal. El distintivo olor a naranja lo recibió de golpe. “Jugo de naranja otra vez”, pensó. Se dirigió a la cocina para saludar a su amada esposa cuando la vio, inerte, lo pálido de su piel contrastando inquietantemente con el rojo del vestido que a él tanto le encantaba, yaciendo de espaldas en las frías baldosas del piso con una expresión de horror en su rostro sin vida. El cuchillo carnicero seguía firmemente en su mano.



3er Lugar

La Bufanda

Por: Juliana Palma

En el apremiante año de 2014, cuando el eco de la crisis resonaba más fuerte que nunca en las calles de Cuba, una joven pareja se encontraba en medio de un dilema desgarrador. La escasez de alimentos, la falta de medicamentos y la creciente miseria asolaban su país, convirtiendo cada día en una batalla por la supervivencia. En un acto de desesperación y esperanza entrelazadas, decidieron que la única salida era partir hacia horizontes desconocidos.

Con corazones cargados de sueños y temores, tomaron la decisión valiente de embarcarse en un viaje incierto a través del vasto mar Caribe. Su bote, una frágil embarcación que apenas podía contener sus esperanzas, se convirtió en el símbolo de su determinación por encontrar una vida mejor.

Sin embargo, en el momento crucial antes de zarpar, el destino les jugó una carta inesperada. La joven, con el peso del miedo y la incertidumbre oprimiendo su corazón, sintió un repentino arranque de duda. ¿Era está realmente la solución? ¿Estaban preparados para enfrentar los peligros del mar abierto? En un giro repentino de eventos, decidió dar marcha atrás, dejando a su amado con el corazón dividido entre el deber de partir y el deseo de quedarse a su lado.

En el último momento, ella decidió no ir; se despidió y le dio a él una bufanda que traía para que se protegiera del frío.

Con un beso de despedida cargado de amor y una bufanda como único testigo de su partida, la joven vio partir al bote, sintiendo que una parte de su alma se desgarraba con cada onda que alejaba a su amado de la costa. Mientras el sol se ocultaba en el horizonte, las lágrimas se confundían con las aguas del mar, una despedida silenciosa entre dos amantes separados por la cruel mano del destino.

Desde aquel día, el eco del silencio se adueñó de su vida. Las horas se deslizaban lentamente, marcadas por la ausencia palpable

de su amado y la incertidumbre sobre su destino. Nunca más cruzaron sus caminos, el eco de su voz ni el rastro de sus amigos. Las noches se volvieron testigos mudas de su soledad, envueltas en el manto de la nostalgia y la añoranza.

Pero, incluso en la oscuridad de la noche, la esperanza persistía como una llama titilante en su corazón. Aunque el tiempo seguía su curso implacable, su amor perduraba como un faro en la tormenta, guiándolos hacia un mañana donde la promesa de reencuentro brillaba con la fuerza del sol en su cenit.

Mientras tanto, en tierras lejanas, el joven navegaba entre las olas con la bufanda como su amuleto de esperanza. Cada día era una lucha contra los elementos, una batalla por sobrevivir en un mundo donde el destino era tan incierto como las corrientes del mar. Pero, a pesar de los desafíos, su determinación no flaqueaba, alimentada por el recuerdo de su amada y la promesa de un futuro juntos.

Y así, mientras el tiempo tejía sus hilos invisibles a través del universo, dos almas destinadas a encontrarse seguían su curso, unidas por el lazo eterno del amor y la esperanza en un mañana mejor.

Dicen que ella no supo más de él y aún sueña un mensaje cifrado de un destino desconocido: aún sueña que el mar le devuelve la bufanda.

“94” *Mención Honrosa*

Por: A. Cristine

¿Por qué no me has traído el desayuno todavía?, ¡maraca! – gritaba mi abuela mientras me golpeaba con el bate de beisbol que había traído mi mamá en uno de sus últimos viajes de trabajo. Eran las nueve de la mañana y no se oía ni una mosca además de sus gritos. Cuando logré abrir los ojos luego de que se fuera seguí acostada tratando de procesar lo que había pasado. Entendí que era algo triste, así que debería estar triste, por lo que me forcé a llorar y un par de lágrimas rodaron en absoluto silencio. Pero no sentía tristeza y, contrariamente, me sentí inquieta, presa de la confusión y una profunda interrogante: ¿qué le pasa a mi abuela? Mi diálogo interno ya era bastante autodestructivo, típico de una adolescente de catorce años con historia de abuso infantil, acoso escolar, sin muchos amigos y obvia ideación suicida, pero si había algo de lo que jamás, desde que tengo uso de razón haya puesto en duda, era el amor incondicional de mi abuela. Siempre fui su “tachito fundío”, jamás dudé de su amor, ni siquiera con el infierno que yo era. Entonces, desde “esa nada”, una revelación se hizo presente como si alguien más me lo estuviera diciendo: mi abuela se estaba enfermando. No sabía exactamente de qué, pero sí sabía que, de estar bien, ella hubiese preferido morir antes de siquiera pensar en hacerme daño.

Pasaron meses. Muchas veces intervine entre ella, mi mamá y mi tío para que dejaran el desbordado resentimiento adolescente contra ella cuando le discutían. - ¡Cómo no te das cuenta de que a la abuela le pasa algo! – les terminaba gritando siempre. Nunca me tomaron en cuenta por ser “niña”, hasta que la situación escaló al punto en que fue inevitable llevarla a médico, cuando mi mamá por primera vez hizo acuso de las incoherencias que ella hablaba.

-Alzheimer, dijo el doctor. – nos contó mi mamá en casa. Hasta ese momento todo era nuevo para nosotras, apenas sabíamos que la demencia senil era algo que le pasaba a la gente mayor, pero con suerte era volverse olvidadizo. No supimos ver los síntomas hasta muchos años después, cuando la vida ya había ardido demasiado, la época de agresividad, la confusión, creer que todos le robaban, los desvelos, no saber quiénes éramos, etc.

Mi mamá nunca pudo aceptar que mi abuela la olvidara. Yo no recuerdo cuando fue la última vez que supo quién era yo, o que me llamó por mi nombre. No recuerdo cuando fue la última vez que mi abuela pudo ir al baño sola y asearse. Solo recuerdo que, a mis ocho años, ya la cuidaba pensando que "a su edad había que ayudarla, era normal que se le olvidaran las cosas."

Nos cuidamos mutuamente hasta que el tiempo le quitó completamente todo grado de lucidez. Lo que no quitaba que yo pudiera recordar como todas las noches, hasta los seis años, dormía con ella. Cuando me llevaba el desayuno a la cama, cómo me peinaba para ir al colegio y se levantaba temprano para hacer el almuerzo. Cómo le gustaba que tocara piano para ella. Que detestaba la mantequilla, la jamonada y el té la primera vez que la vi disfrutando comer estas cosas cuando la enfermedad había avanzado. Recuerdo cuando me mandaba a comprar su cuarto de vino blanco "Fresco" para el almuerzo, y sus cigarros "Hilton". Un día a mis dieciséis, llovía a cántaros y se habían acabado los fósforos así que dejamos el calefont encendido. – Anda a prenderme este cigarrito abajo, hijita – me dijo desde la cama sin ganas de levantarse. Entonces, me armé de valor y fui a prenderlo. Volví con la mitad del cigarro fumado. Prendí otro y fumamos juntas en la habitación.

Siendo la mayor y estando sola con mis hermanas, terminé haciéndome cargo de las tres mientras mi mamá trabajaba en el extranjero. Pero tenía dieciocho y quería juntarme con mis amigos como cualquier adolescente

normal, así que todas las juntas con mis compañeros durante la época escolar las hacíamos en mi casa. Las reglas ya todos las conocían: mis hermanas, sobre todo la de seis, podía comer de todo lo que se trajera y, cada cierto rato, alguien se turnaría para ir a fumar con mi abuela. Así que cuando mi abuela cada media hora bajaba a palabrearnos y a echar a todo el mundo, mis amigas se organizaban: ¿¡a quién le toca con la pitita!? – y la llevaban de vuelta a acostarse y fumarse un cigarro con ella. Al rato la escuchaba reír y compartiendo con sus "nuevas" amigas, mientras yo vigilaba desde abajo tomando ron cual pirata en cantina.

Cuando me sentía sola, simplemente iba a recostarme con ella y lloraba a su lado. A veces me abrazaba, otras se reía o a veces me hablaba de lo que estaba viendo en la televisión. Nunca me cansé de decirle que la amaba, aunque no supiera quien era yo.

Recuerdo también el día en que, a mis siete años, le pregunté a Diosito que hasta cuándo me la iba a dejar, con ese miedo de quedarme sin ella porque la veía viejita y frágil. "94", fue la respuesta que recibí. Me alegré tanto, tanto, tanto, porque entendí que era la edad en la que mi abuela se iría. Pero en mi inocencia, nunca pregunté cómo.

Te fuiste un quince de enero a las seis de la tarde, a cuatro meses de cumplir los noventa y cuatro años.

No sabía que podría extrañar tanto a esa bebé arrugadita y flaquita en la que te convertiste, tu risita, tu llanto, tus balbuceos, tu ropita olor a cloro, preparar tus papillas, el dolor de espalda después de bañarte, mudarte... Y aunque tengo la paz de haberlo dado todo, hoy, no tengo consuelo. Si vives más allá de la muerte, espérame hasta mis cincuenta y seis. ¿Por qué? No pregunté detalles, pero podría averiguarlos entonces y contarte, a tu lado, en otro cuento.

Agujero Negro

Por: Schüller

Era 1919, año del fin de la Primera Guerra Mundial, cuya barbarie había sido el último canto de cisne de una Europa llena de sueños como: el de la conquista de la felicidad universal o el de un proceso infinito incapaz de generar mal. Llevándose con ella a todas las ideas, sentidos y percepciones sobre la realidad que se tenían. Viviendo ahora, el ser humano sin poder diferenciar lo verdadero de lo falso o la cordura de la locura. Al menos esta era la percepción que tenía Günther Mann, sobre su presente.

Cuando su padre, un famoso comerciante de alimentos, junto a su madre, una estudiosa de la música de Mozart, lo recibieron en la entrada de la casa familiar en Berlín, notaron al mirar a sus ojos con ese azul sacado del mar, que algo andaba mal. Impresión fortalecida por la desmotivación que mostraba su hijo al moverse por la casa y su dificultad al dormir por las noches, en las cuales a veces gritaba nombres de personas que ellos no conocían.

Pasaba encerrado en su habitación, quedándose acostado en la cama, mirando al techo como si allí estuviera la respuesta al gran enigma del universo. Mientras sus padres le pedían que encontrara algún trabajo, alguna afición, o que terminara su doctorado, para así volver a tener esa motivación por la cual se destacaba antes. El problema que él, no encontraba motivación alguna en su interior, en el cual solo se encontraba un vacío impenetrable para la luz, teniendo solo ganas de estarse acostado en su habitación, quedarse dormido y desaparecer.

Para no preocupar a sus padres en demasía, decidió terminar su doctorado en física, ciencia que lo fascinaba, es decir hipnotizado por la belleza que sentía en ella. Cuando volvió a leer los tratados de Newton,

Kepler, e incluso la teoría de Einstein, la cual lo había fascinado antes de la guerra, no sintió esa belleza o esa fascinación, que sentía desde el pregrado.

Hasta que entró en contacto con la singularidad de Schwarzschild, volviéndose su obsesión, ese agujero negro donde el espacio-tiempo perdía sentido, y donde no llegaba luz alguna. Obsesión cuya causa solo descubriría en los momentos antes de morir.

Conseguiría un puesto como profesor, por mediación de un amigo, dedicando su tiempo libre a generar múltiples teorías sobre la singularidad, e incluso una de ellas mostrada a Albert Einstein, cuando dio una charla en la universidad de Berlín, en 1929.

Se acercó después de la charla, logrando mostrarle su teoría gracias a la intervención de un profesor suyo amigo de Einstein, teoría que Einstein aseguró que tenía errores, pero estaba bien encaminada, haciéndole la acotación de que antes de descifrar los secretos del universo, encontrara lo que sea que estuviera buscando. Ante esta acotación, Günther le preguntó a qué se refería.

“Lo primero que vi de usted era que sus ojos no paraban de buscar, como si hubiera perdido algo importante”. Einstein estaba en lo correcto, él había perdido algo, pero no sabía todavía qué era, solo sabía que tenía que encontrarlo.

Buscándolo tanto a través de la singularidad, como a través de la filosofía, esto es cada una de sus acciones motivadas por esa búsqueda. Aun así, no estaba tan perdido como para caer en la locura que serían los nazis unos años después, los cuales, según su opinión, eran unos locos que estaban yendo felices al mismo matadero que había destrozado el mundo.

Convirtiéndose en esta época en un opositor, mientras las esvásticas llenaban las calles de Berlín, mientras veía cómo amigos suyos eran perseguidos solo por ser judíos, intentando el ayudarlos de todas las maneras posibles. Ya que una cosa que no había perdido en las trincheras era su humanidad.

Al igual que tampoco lo abandonó su valentía, quedando esto claro cuando el profesor Stark pidió que dejara de enseñar "ciencia judía"; ante su rechazo, fue despedido. Aun así, sintió miedo al ver cómo se perseguían a los opositores y a sus familias, por lo que pidió a sus padres que emigraran, lo cual hicieron después de múltiples ruegos por parte de su hijo.

Quedándose solo en la casa familiar, visitándolo solo un empleado de la empresa de su padre, para que le informara a este sobre la situación de la empresa. Dedicando sus días a seguir su búsqueda, buscando en sus libros, en el arte, o en sus teorías sobre la singularidad, desconectándose de la realidad.

Solo volviendo a ella cuando en 1934 la Gestapo lo arrestó y lo llevó al tribunal del pueblo, donde fue condenado a muerte por crímenes políticos y por colaboración con enemigos de Alemania, siendo todos estos supuestos enemigos judíos, amigos suyos.

Dedicando las horas antes de su ejecución a pensar sobre la singularidad, descubriendo allí la causa de su obsesión. Se había obsesionado con la singularidad, ya que sentía el mundo como si fuera un agujero negro, un lugar donde todo había perdido sentido, un lugar donde era fácil caer en la barbarie, es decir el único escape el encontrarse a sí mismo, y a través de ahí encontrar un sentido a vivir, para así no caer en la locura y encontrar la luz que se encuentra afuera del agujero.

Siendo esto lo que estaba buscando: descubrirse y su sentido de vida, después de que los hubiera perdido en las trincheras de Francia. Después de ser sacado de su celda a las 19:00, Günther Mann fue fusilado a las 21:00 por un pelotón de fusilamiento. Su cadáver fue dejado en una fosa común junto a muchos otros opositores políticos.

Su madre murió en 1936 y su padre en 1937, ambos en Estados Unidos, visitando hasta sus últimos días un lugar donde hay una loza con el nombre de su hijo, pero sin su cuerpo. Murieron sin saber el paradero de este.

Amparo del Alba

Por: N. N. Jets

— Ya voy — le respondí a mi madre sin mirarla. El sonido de gotitas cayendo en mi ventana me tenía en un trance. Estaba calentito, acurrucado conmigo mismo sin querer destaparme.
— Pero baja ahora, porfa — insistió ella. No le respondí. — Linda la hueá. Hace lo que querai' —dijo antes de irse. Solo la escuché bajar las escaleras tosiendo y quejándose de cómo nunca nadie la ha tomado en cuenta, hasta que perdí sus pasos en la cocina. Ahora sus gritos histéricos son lo único que opaca los golpecitos en mi ventana.
— Es de rutina — me dije. Abrí los ojos y me senté en mi cama. Comencé a buscar mi inhalador entre los cobertores. Me llamó la atención la ventana; las gotas parecían representar a dos mujeres. Una gota negra golpeó justo cuando sentí mi inhalador en las manos. La gota comenzó a deslizarse, trizando el cristal, tomando la figura de una de las mujeres. Me asusté al escucharla crujir, rechinar y agrietarse. Los muebles de mi habitación empezaron a temblar. Me oculté debajo del cubrecama para olvidarme del ruido, los temblores y de la figura. De pronto, solo hubo silencio. Al descubrirme, una lluvia sin sonido golpeaba mi ventana trizada.

Un parpadeo y un suspiro me acompañaron para levantarme de mi cama y salir de mi pieza. Yo, mis manos vacías y un frío de madrugada, ¿o era de noche? La lluvia volvió a escucharse, esta vez tronando en el techo, paredes y ventanas. Toda la casa temblaba. Parecía que la madera del piso colapsaría con cada paso en cualquier momento. — ¿Es... de rutina? — me repetí mientras sentía una brisa heladísima desde todas partes.

Comencé a cruzar el pasillo, impregnado de un olor a cigarro, que daba

a las escaleras, pero se sentía más largo de lo que solía recordar. ¿Olvidé las dimensiones de mi casa también?

En el camino sonaba una transmisión de radio: — Múltiples derrumbes en la zona central de... [estática interrumpe al locutor] ...se incita a las familias... [ininteligible] ...de la tormenta. No salgan de sus casas...—. Me tapé las orejas e hice ruidos con mi voz para dejar de escuchar. Me sentí ansioso y apuré el paso para alejarme más rápido, hasta que mi cuerpo dejó de reaccionar. Quieto. Mis manos aún sobre mis orejas. Sentí un peso enorme que me hizo perder el equilibrio y caer en el piso húmedo y mohoso. Me costaba demasiado respirar.

—¿Anoche hubo una tormenta? Yo vivo en la zona central. ¿Quizás es de otra localidad? ¿Dónde está mi familia? Mi madre lloraría. ¿Dónde está mi hermana? — me replicaba cada vez más angustiado por saber dónde estaba mi familia. Empecé a controlar mi respiración.

Cada palabra era un peso menos, pero también un ardor insufrible por toda mi piel y pulmones. Comencé a mover mis extremidades lentamente, haciendo carraspeos en mi garganta por la flema que me ahogaba. Me arrastré hacia el final del pasillo hasta poder levantarme y estar frente a las escaleras. Al levantarme, dirigí la mirada hacia el fondo de los escalones, donde una luz tenue revelaba una silueta. Una figura femenina con ropas claras, un cabello largo y liso que mantenía su rostro cubierto en la sombra. La luz parpadeó y la figura se deformó; las ropas ya no eran claras, estaban manchadas por un líquido oscuro y asqueroso. Su cabello seguía siendo el más precioso, pero su rostro cubierto en el mismo líquido posaba su mirada en mí. La luz se apagó, pero aún la sentía ahí.

—¡Déjame! — le grité a la figura. De la oscuridad emergió el crujido de un escalón siendo pisado, subiendo por las escaleras lentamente. — ¡Para, tú solo arruinas todo! — le grité sin pensarlo. La figura súbitamente subió

por las escaleras, levantándome del cuello y derribándome. De pie frente a mí, siento cómo me observa. Ahora su cabello estaba destruido y arrancado; sus ropas estaban rasgadas y, de su rostro cubierto, solo un ojo brillante y lloroso de líquido negro se le veía. Derramaba encima de mí sus lágrimas.

La luz volvió y reveló recuerdos alrededor de nosotros.
Comodidad cuando éramos mi madre y yo, pero esta figura también estaba presente en nuestro hogar. Frustración por la figura que siempre perseguía a mi madre, reclamándole por una cajetilla de cigarros. Gratitud cuando mi madre la hacía callar y yo podía escuchar la radio tranquilamente. Un pánico ahogante debajo de las frazadas cuando la figura y mi madre discutían a gritos incomprensibles, los muebles temblando y la casa crujiendo en el frío. Calidez de la figura cuando esta me abrazaba en consuelo, aun con su rostro lloroso y herido. Furia diciéndole que seríamos más felices si no estuviera aquí. Miedo de cuando salió corriendo y lo último que escuché fueron sus pasos en la cocina.

Cuando volví en mí, la figura solo me miraba fijamente. Su rostro volvió a estar cubierto por su cabello. No supe qué decirle, solo la miré donde sabía que estaban sus ojos, pero eran los míos los que lloraban ahora. La figura se abalanzó sobre mí, abrazándome con una calidez que no sentía hace años. De pronto, la figura era el ser más puro que haya visto jamás.
—Yo también te extraño — me susurró al oído mi hermana.

Cambios

Por: Kerotan

Me desperté tarde, aun así, no pude evitar quedarme acostado una hora mirando el techo como un tonto.

Me pongo el traje de luto; se me ven los tobillos. Soy como un espantapájaros.

No me lo puedo creer, tengo que ir al velatorio de mi mamá. Murió. No se siente real, ni siquiera está lloviendo. ¡En momentos así debería llover! Hace mucho calor para ser invierno.

Me llega un mensaje de mi hermano preguntándome dónde estoy. Le respondo: "Ahora voy" y salgo.

El velatorio está a cuadras de mi casa, así que camino. Igual que cuando era un niño, cuando mis papás me llevaban a la feria...

— "Mi más sentido pésame por tu madre, era una mujer muy valiente." ¿Cómo no lo vi? Si está al frente mío.

— "Muchas gracias, pastor" — le ofrezco la mano. Él me da un abrazo; me hace sentir incómodo su olor a viejo, pero lo soporto.

— "Tu madre realmente era una mujer piadosa, muy querida en la iglesia. Nos gustaría invitarlos a todos al culto de hoy para compartir la palabra de Dios con tu familia."

— "No se puede hoy, ahora es el velorio."

— “¿Dónde?”
— “En la iglesia frente a la plaza.”

El pastor se tensa — “Esto no está bien, tu madre adoraba la palabra de Dios en nuestra iglesia.”

— “Mi papá tomó esa decisión” — me excuso. Mi papá y mi hermano son católicos, pero mi mamá era evangélica; ha pasado por temporadas en todas las iglesias evangélicas del barrio.

— “Esa iglesia está alejada del camino de Dios. ¿Acaso no te preocupa el alma de tu madre?”

¿Quién se cree que es? Lo dejo solo y me alejo. Lo último que oigo es: “¡No condenen a su madre al infierno!” mientras doblo la calle.

Es raro ver la plaza llena de vehículos. Eso no impide que los niños jueguen entre ellos. Mientras paso, escucho:

“¿Es verdad que murió sentada en una maquinita?”
No murió apostando en las máquinas. Es verdad que pasaba más tiempo en el casino que en casa, pero no era mala. Cuando ganaba siempre llegaba a la casa con un churrasco para todos; la esperábamos con el hervidor puesto.

Frente a la iglesia, la reja está abierta, pero no hay nadie. Las puertas de la capilla están cerradas. ¿Llegué tarde?

— “¡Viejito, entra!” — Escucho desde un pequeño edificio al lado de la capilla. Mi tía me está llamando. No la había conocido hasta ayer y, aunque es agradable, no soporto que se vea tan contenta.
Entro al pequeño santuario. Hay un grupo de gente donde reconozco a algunos. En el centro hay una caja de madera... el ataúd con flores de fondo.

Miro dentro de la tapa superior abierta: efectivamente, mi mamá está muerta. Su piel es papel arrugado y su cara se ve llena de tranquilidad, incluso más que lo habitual. Quisiera tocarla, pero me da miedo... Me afirmo en el ataúd lo más que puedo para resistir las olas de emoción que me sacuden.

Mi hermano me agarra y me da vuelta — "Finalmente te dignaste a llegar, te necesitamos desde la mañana. Mira cómo está el papá, un desastre." Mi papá está sentado al fondo, hablando con una pareja.

— "Lo veo normal."
Mi hermano me mira con extrañeza y se da vuelta. — "Espera acá, cuida a la niña." Yo me quedo sentado junto a mi hermana chica que está viendo TikTok o algo.

Quiero decirle palabras de apoyo, o cualquier cosa, pero la veo tan concentrada que prefiero no contagiarle mi negatividad. En cambio, me pongo a observar. Mi papá está solo y parece incómodo en el asiento; su cara está demacrada.

Me levanto y voy frente a él, y no sé si me mira, no sé qué hacer.
— "¿Cómo estás, papá?"
— "Uhm" — responde. Nos quedamos mirándonos en silencio. No sé qué busca en mi rostro; aquí no hay respuestas. Me toma la mano. Sus manos firmes ahora son débiles y arrugadas.

Mi papá gira la cabeza y el momento se rompe; mi hermano y mi tía nos interrumpen.

— "Todo bien" — dice mi tía.
— "Dentro de lo que se puede, bien" — responde mi papá y se vuelve hacia mi hermano bruscamente —. "¿Dónde está tu hermana?"
— "Donde la dejamos sentadita" — responde mi hermano, señalándola.
— "Tiene bonito pelo" — comenta mi tía.

Ciudad de cuero, voluntad de piedra

Por: Gaboh

Desde que nací, vivo en esta aldea, un pueblo misterioso oculto en las montañas al que solemos llamar "Ciudad de Cuero", donde vivimos decenas de familias organizadas por un administrador general.

Siempre me ha causado curiosidad que entre tres y cuatro veces al año llegan personas de afuera, las cuales son recibidas con celebraciones y ornamentación. Estas personas llegan con el propósito de hacer negocios con el administrador, y es en estas fechas cuando se despierta la fiebre por la llamada "Piedra Cuántica". Se dice que, si tienes la oportunidad de ofrecérsela a estas personas de afuera, no habrá nada que no te den a cambio de ella; sin embargo, nadie ha encontrado una en años. Estas personas se refieren a nuestra ciudad como "Pueblo 14B del Himalaya Oeste"; sin embargo, y a pesar de lo que se puede deducir, nunca me he encontrado con gente de otros pueblos.

En mi grupo somos tres amigos, Lobsang, Tashi y yo, Tenzin, y hoy hemos decidido unirnos a los buscadores, un grupo informal de personas que se adentran en las zonas peligrosas de las montañas con el propósito de encontrar yacimientos de piedra cuántica. Nuestro propósito es volver con éxito entre dos a cuatro meses, ya que son ocasiones en las que deberían venir las personas de afuera. Al llegar al punto de reunión, nos recibe uno de los reclutadores con una intención muy amigable:

—¡Bienvenidos a los buscadores! Estamos muy contentos de que se unan a nuestro grupo. Mañana partimos, y qué bueno que hayan traído todo lo necesario.

Así fue: dormimos en sacos alrededor de una fogata, y al día siguiente partimos; sin embargo, no sé si a lo que nos esperaba se le podría llamar una aventura.

Han pasado ya tres meses desde entonces. Lobsang lleva ya dos de ellos adentrado en una cueva con un grupo de mineros que se aprovechan de su fuerza. Tashi, muerto, y yo vivo hace poco más de un mes con un viejo que tiene una cabaña aquí en medio de la nada. ¿Quién diría que se podría usar madera para construir viviendas? ¡Este tipo es un genio! En la mañana me manda a cazar ciervos y luego en la tarde me uno a él cosechando plantaciones. Una vida envidiable, sin embargo, algo distinto ocurrió ese día.

Esa mañana salí a cazar como de costumbre. Estaba en medio de un valle cuando vi a uno de los ciervos en una posición vulnerable; le apunté con mi arco, pero se escapó y entró detrás de unos arbustos. Voy tras él y, para mi sorpresa, era la entrada a una cueva que nadie antes había descubierto. Me pongo a explorar y simplemente no puedo creerlo: ¡es piedra cuántica! Cojo un poco y, emocionado, tomo rumbo hacia mi pueblo, pero el viejo me detiene a medio camino:

—¿Sabes por qué vivo en medio de las montañas? Te contaré: yo no soy de tu pueblo, pero también fui un aventurero en busca del mineral que llevas en tus manos. Todo cambió cuando, junto con mi mejor amigo, después de años buscando logramos encontrar la piedra; sin embargo, todo se tornó extraño cuando decidimos entregarla a las personas de afuera. Nos propusieron un trato: nosotros debíamos decirles dónde la habíamos encontrado, ellos pondrían allí sus extrañas maquinarias y nosotros trabajaríamos para ellos, abandonando las montañas. La otra opción era ser encarcelados. Mi amigo aceptó, y ahora es quien ves venir a hacer tratos con tu pueblo, pretendiendo que su vida es envidiable para que nadie sospeche de su trato. En cambio, yo me negué y tuve que escapar; mi pueblo fue hecho ruinas, por lo que me escondí en una zona

oculta y de difícil acceso, cerca de tu aldea. ¡No permitiré que me traiciones de la misma manera que mi amigo traicionó a los suyos! Entonces el anciano me arrebata la piedra de las manos y la lanza al río. Estoy enfurecido, pero pretendo que no pasa nada y dejo que el viejo se vaya; es el momento perfecto para volver a la cueva oculta.

Hay más de esa piedra, por lo que tomo otro poco y me escabullo sin que nadie me vea. Me dirijo a la aldea para entregarla al encargado, sin embargo, al ir llegando veo pasar niños corriendo. A lo lejos diviso a varias familias reunidas en el centro de la ciudad. Había olvidado por completo el tinte festivo que tenían estas fechas para mi pueblo, ¡tantos buenos momentos que pasé, sin saber lo que estaba celebrando! Es increíble que todo esto pueda ser destruido con solo entregar una piedra. Estuve pensándolo durante más de media hora, pero ya está decidido: mantendré en secreto la existencia y ubicación del yacimiento que he encontrado. Luego de deshacerme de la piedra que traje conmigo, decidí pasar durante un momento a la celebración, saludando a mis conocidos y familiares. Al terminar la jornada, me despido de ellos. He decidido vivir con el viejo, ya que tengo muchas tareas pendientes que no se harán solas, sobre todo por el día libre que me acabo de dar; simplemente el estrés de la vida adulta.

Crónica de un Sansano cualquiera

Por: Martín Gonzales Cancino

Me despierto, me levanto, me baño, tomo desayuno y salgo de mi casa. Es el primer día de mi tercer semestre en la U; estoy emocionado por los nuevos ramos y la gente que me voy a topar durante el día. Tengo una clase a las 8, por lo que salgo a las 7:10 de mi casa y tomo el metro. Va completamente lleno el vagón, y dejo pasar un tren; de todos modos, voy con tiempo y no me importa. Pienso que es normal que sea así para la fecha, todos volviendo a clases. Logro tomar el metro y me voy escuchando música. Voy por la línea 3 y hago combinación en Irarrázaval para ir a la línea 5; me quedo esperando a que llegue el metro, me fijo en que sea luz roja, me subo. El metro va llenísimo, pero no me importa. Llego a metro Camino Agrícola, entro a la U, saludo a la gente de la portería. Tengo clases de Mate 3. Por el camino hacia la sala me encuentro a muchos amigos y los saludo; me pone feliz. Durante las primeras semanas es igual: ir a las clases de los distintos ramos temprano, saludar y conversar con amigos. Me dejo llevar por la vida social y quedo a hacer nada en la U para irme tarde a mi casa.

Se viene el primer periodo de pruebas; se me juntan muchas pruebas seguidas. Me pongo a estudiar dos semanas antes para cada una de ellas, me lo tomo con calma. Luego queda una semana, se me acaba el tiempo y estudio. Estudio. Estudio. Estudio.

Llega la semana de pruebas. Me pongo nervioso y rindo mis pruebas. Me entregan los resultados. Me fue mal; obtengo un 30, un 40 y un 60 en mis certámenes, pero el peor de todos es un 16 en mate. No me desanimo, aún sé que tengo tiempo para poder remontar y salvar mis ramos. Comienzo a irme temprano a mi casa, me armo un plan dentro de mi

cabeza y sé que debo dejar de perder el tiempo. Necesito aumentar mis horas de estudio. Tengo que empezar a dormir menos y estudiar más; cada tiempo extra que tenga lo debo usar para estudiar.

Llega el segundo periodo de pruebas. Rindo mis pruebas después de haberme desvelado estudiando y despertándome muy temprano para seguir estudiando. Me entregan mis resultados; no son suficientes para remontar, ahora necesito mucha nota, sobre 70 en todos mis ramos.
Me cuestiono: ¿qué sucede conmigo? Soy tonto, un inútil, no demuestro resultados. ¿Por qué? Estudié mucho cada uno de los días. Lo único que me consuela fue un 69 en mate; de todas formas, no es suficiente, ya que necesito una nota muy alta para el último certamen.
Tengo miedo, no sé cómo remontar; necesito maximizar mi tiempo de estudio. Necesito cada hora, cada minuto, cada segundo. No puedo permitirme gastar tiempo en tonterías como comer, lavar la loza o hacer mi cama.

Comienza a agotarse el tiempo para las últimas pruebas, el semestre parece muy corto. Dedico todo mi tiempo a estudiar. Mi pieza es un chiquero, no he hecho mi cama y tengo un montón de tazas de café acumuladas en mi escritorio. Esto no importa, ya que luego de que terminen las pruebas ordenaré mi pieza. Tengo que tomar once. Como. Rápido. No me demoro ni diez minutos. Lavo la loza. Rápido. Vuelvo a estudiar. Rápido. Estudio. Estudio. Estudio. Todo rápido y sin dormir. Me siento muy cansado.

Ya no me da la energía para levantarme de mi cama en las mañanas. Ni siquiera sé cómo llego a la U, ya que me voy medio dormido durante el trayecto. Voy por la U y no saludo a nadie, no tengo tiempo de distracciones; me voy a la biblioteca a estudiar e intento ir a las clases que me quedan, pero no logro prestar atención y me estoy quedando medio dormido en clases.

Sigo, tengo que estudiar. Rápido. Rápido. Comer, estudiar, dormir. Ya no quiero más. Sigo sin dormir y me levanto muy temprano. Sigo. Comer, estudiar, dormir. RÁPIDO.

Llegan las últimas pruebas; no he tenido mucho tiempo para dormir, e intento recuperarme durmiendo por las tardes un poquito. Me digo a mí mismo: "Una siesta pequeña de media hora y estoy listo". Mentira. La manía de mentirse a uno mismo. Tomé una siesta a las 4 p.m. y desperté a las 8 p.m. Intento seguir estudiando. Me vuelve a dar sueño. Me duermo. Sigo así, hasta que ya quedan dos días antes de que comiencen las pruebas, partiendo por matemáticas. Estudio durante el día y me desvelo estudiando hasta las 5:30 a.m. Me levanto a esa hora del escritorio y me dirijo al baño; vuelvo a mi pieza y me recuesto sobre mi cama, cierro los ojos con intención de descansar y no de dormir. Me intento mantener consciente y me relajo. Me levanto y sigo estudiando en mi escritorio dos horas más. Hasta que escucho ruidos en el baño; suena la ducha. No le doy importancia. Ahora se escucha el lavamanos; me da miedo, no quiero salir de mi pieza. Escucho la puerta del baño cerrarse, y ahora hay ruido en la cocina. Me armo de valor y decido ir a ver quién es. Abro la puerta de mi pieza cuidadosamente y me dirijo a la cocina; para mi sorpresa, soy yo, o eso creo. Lo miro: no hay pasos firmes, sus ojeras son negras y sus ojos están rojos por el sueño; sus movimientos son lentos, no sabe qué está haciendo en la cocina. Me imagino que debe estar preparándose el desayuno; abre puertas y se queda pegado. Lo desconozco. Me da pena. Se ve cansado y sin ánimo. Me acerco a él. Está llorando.

Me tocan el hombro y la cabeza, me están despertando. Levanto la cabeza; el ayudante me ve la cara toda roja y lágrimas en los ojos. Lo miro a los ojos y me dice: "Se acabó el tiempo, entrégame el certamen".

Departamento ciento nueve

Por: Arantza Reichel.

¿Eres la nueva del ciento diez? Podríamos ser mejores amigas; yo soy el tipo de amiga que te ayudaría hasta a esconder un cadáver.

Aunque es algo ridículo, ¿no? ¿A quién matarías?

No es como que tu novio te haya engañado con esa vecina que nunca te agradó, la que le dijiste ciento una veces que no te agradaba y él te dijo ciento dos veces que solo eran amigos. Pero no pasó mucho para que te enteraras, por unos mensajes de una cuenta anónima, que él entra todas las tardes al departamento de la vecina, se queda ahí un par de horas, y cuando sale está bañado; lees los mensajes ciento tres veces y revisas las fotos, intentando convencerte de que es mentira, pero es él, no lo puedes negar. Te pones furiosa, escapas del trabajo, conduces al edificio, atraviesas el hall sin saludar al portero, quien hace una pequeña oración a tu novio, tocas su puerta ciento cuatro veces, pero él no te responde. Recuerdas que también vives ahí y revuelves la cartera hasta que las llaves se te resbalan de las manos al encontrarlas; te agachas y ahí ves que la puerta de esa vecina está mal cerrada. Te metes, intentando no hacer ruido. La sangre te hierve, por la furia y la vergüenza; pasan ciento cinco segundos y abres la puerta. Lo ves, la ves, pero te congelas: entre las sábanas está tu mejor amiga, a la cual habías invitado un café ciento seis veces, pero ella tenía una agenda demasiado ocupada, y ahora sabes cuáles eran esas citas tan importantes. Gritas por la confusión, por la rabia; sus rostros se ponen rojos y él te grita que no es lo que parece. Tu rostro se deforma ante tal estupidez, intentas huir, pero te mareas y empiezas a llorar. Escuchas cómo se mueven; no reaccionas hasta que él te toca y le gritas que te suelte, que se aleje de ti. Lo ves medio desnudo y

te dan náuseas; intentas alejarte, pero él te sostiene. Lo empujas; sin embargo, no tienes suficiente fuerza. Ella te intenta hablar, te dice que siempre serán mejores amigas; la intentas empujar, más él te lo impide. Les gritas tanto que te duele la garganta, pero no puedes parar. En algún momento él te suelta del brazo y te alejas; vas a la cocina en la que desayunaste ciento siete veces después de una pijamada o un día que simplemente querías estar con ella. Las manos te tiemblan y rompes uno, dos vasos. Con el tercero tienes suerte y logras servirte agua.

Él llega con la ropa arrugada y mal puesta, intentando que te calmes, pero estás tan, pero tan enojada, que no piensas y el vaso vuela haciendo una trayectoria perfecta, le estalla en la cabeza. Se desestabiliza y cae; de repente, hay un silencio como si fuera la medianoche de un lunes. El silencio se rompe con el grito de tu amiga: "*Lo has matado*". Las palabras lo hacen real, y te das cuenta de la gota de sangre que le corre por la mejilla. Te nace una carcajada; la miras preguntándole si era verdad cuando te dijo que te ayudaría hasta a esconder un cadáver. Ella te grita que es distinto; le gritas que es una mala amiga. Ella intercala la mirada entre la puerta y tú, quiere huir, lo sabes, pero para eso tiene que pasar por el lado de él, del charco de agua y de los ciento ocho cristales esparcidos por el suelo, y, por último, por tu lado. Su mirada cambia y lo sabes; ella corre, pero tú estás más cerca, interponiéndote entre ella y la puerta. Ella pisa uno de los cristales; el dolor la hace levantar el pie, se resbala con el agua y cae.

Pero bueno, no es como que haya pasado, ¿no? Aún no somos mejores amigas, solo soy tu vecina, la del ciento nueve.

Ecos de la terminal

Por: Melania

El viento batía furioso y la lluvia caía implacable, golpeando como aguijones en la piel. Mientras muchos se orillaban a las paredes de la estación para protegerse, yo permanecí encima de la larga línea amarilla que delimita el borde de las vías del tren. ¿Cómo podía una simple franja de color evitar que alguien se despida de la vida? Yo nunca he sido suicida, pero en ese momento la tentación era innegable.

El tren llegó con un rugido y no demoró en partir. Me dirigí al último vagón, que estaba casi vacío, salvo por una pareja de ancianos que se tomaban de las manos, distraídos en sus mundos. Apoyé mis codos sobre mis rodillas y me froté las sienes. ¿Qué ha sido de mi vida últimamente? No es que me sorprenda estar donde estoy. Creo que nunca en mi vida me he esforzado genuinamente por nada; solo doy lo suficiente para seguir adelante, una vida repleta de evasiones y excusas. No podría nombrar ninguna razón para mi infelicidad; tengo empleo, un techo y amigos. Pero... ¿no es eso vacío? ¿Allí es donde terminan todas mis aspiraciones? Todo lo que debería garantizar una vida cómoda me hace sentir terriblemente inútil; me desgasta no tener nada que perseguir y ninguna razón que le dé propósito a mi existencia. Me siento como uno más entre miles, alguien mediocre y prescindible.

Eran las diez con cincuenta y cinco, quedaban solo cinco minutos para que cerrara el metro. Yo me alejaba cada vez más de casa. "*Próxima estación, estación terminal, todos deben descender*", anunció la voz metálica del parlante.

Las pocas personas que quedaban comenzaron a levantarse y a caminar hacia la salida con pasos cansados. Me imaginé la rutina que

les esperaba: llegar a casa agotados, tomar algo de comer, encender la televisión, pestañear hasta que se les acaba el día y darse cuenta de que deben volver a comenzar.

No quise levantarme. Preferí esperar allí hasta que un trabajador me ordenara descender.

Cerré los ojos un momento y la alerta del cierre de puertas me hizo levantarme. ¿Qué seguía luego de la última estación? Avanzaba mucho más rápido de lo normal y la frenada brusca me hizo perder el equilibrio y caer de rodillas. Las luces parpadearon y, por un segundo, todo fue oscuridad. Cuando se volvió a iluminar, me levanté y me acerqué a una de las puertas. La oscuridad del exterior revelaba únicamente mi reflejo. No se veía nada, ni un solo indicio de dónde estaba.

Repentinamente, la imagen ante mí comenzó a cambiar. Ya no veía mi silueta dentro del vagón; en su lugar, se desplegó una serie de escenas, como una película en cámara rápida. Allí estaba yo, con mi chaqueta de mezclilla y una sonrisa de idiota, caminando de la mano con una mujer por completo desconocida.

Confundido, me alejé tres pasos y me percaté de que cada puerta tenía un brillo sutil, como si me invitara a explorar una realidad alternativa. Me fui acercando y vi diferentes versiones de mí mismo, ninguna era igual a la anterior, pero en todas y cada una de ellas alcanzaba la felicidad. Cada instante parecía capturar un fragmento de una vida ajena y, sin embargo, parecía cercana. Cada "yo" parecía haber encontrado algo que en algún momento de mi vida había perdido. Un timbre sonó y las puertas comenzaron a abrirse lentamente.

Pude avanzar, cruzar el umbral y atreverme a vivir, pero ¿era mía esa felicidad? Incliné la cabeza y entrecerré los ojos, tratando de analizar a

cada sujeto con más claridad. No, claro que no, ninguno de ellos era yo. En esta vida, no me corresponde ser feliz.

El vagón estaba envuelto en un silencio denso, interrumpido solo por el zumbido lejano de la maquinaria del tren. En un abrir y cerrar de ojos todo había vuelto a la normalidad; la estación se veía desolada a través de las ventanas empañadas. Sentí una presión creciente en el pecho, como si todo lo que había evitado, todo lo que había querido negar, se estuviera precipitando hacia mí con una fuerza inexcusable.

La lluvia había cesado, pero el aire seguía cargado de una humedad opresiva. El silencio de la estación era abrumador, y cada gota que caía del techo parecía acentuar la soledad de mi decisión. Miré la puerta del vagón, que se había cerrado de nuevo, y comprendí que la infelicidad era mi decisión.

El asco hacia mí

Por: Rafael Baeza

Con esta van ocho estadías en la temporada, y la temporada recién comienza. Estoy harto de tener que buscar nuevo hogar. Prácticamente no tengo que mover nada excepto a mí mismo al mudarme, así que me es fácil en ese sentido, pero la verdad es que tener que conocer gente nueva me aterra. Cada vez que me cambio de residencia siento que pongo la vida en juego, que cada persona que conozco podría ser la última. Lo veo en sus ojos cuando me miran, como si al verme vieran algo asqueroso y quisieran deshacerse de mí, o en la manera en que me gritan, donde cada palabra rasga las heridas que previamente me hizo algún otro compañero de hogar. No entiendo qué es lo que hago para merecer esto; solo espero que esta vez pueda al menos vivir un par de semanas aquí antes de que todo nuevamente sea horrible.

Estoy afuera de la casa y lo primero que noto es el amplio jardín, descuidado desde hace tiempo, con un pasto quemado por un sol que no perdona la falta de riego y malezas que actúan como la parte más viva del lugar. Espero unos segundos para contemplar que no solo es el jardín, sino toda la casa la que aparenta abandono: vidrios rotos, una pintura verde que se cae trizada —o al menos más verde que el jardín, puesto que el color de la pintura estaba desgastado—, el techo con varios arreglos que pasaron de ser temporales a permanentes. La casa era claramente un punto olvidado por sus dueños y por los vecinos, quienes ya deben haber aceptado ese sitio como una parte imborrable del barrio. Ante mí se encontraba la mejor estancia que he logrado encontrar hasta ahora, y después de haber observado los alrededores, me decidí a entrar.

Adentro, la estética de abandono continuaba, considerando que la mayoría de los muebles se encontraban directamente tirados unos encima de otros, y el lugar creaba una profunda oscuridad entre las

habitaciones. No sé cuántas habitaciones hay; sin embargo, puedo decir que parece un laberinto. Tomará tiempo adaptarme.

No tengo idea de cuántos inquilinos hay, no veo a nadie, y es mejor que así sea. Quizá si no me ven, no me tendrán que mirar como algo repugnante, y sinceramente creo que preferiría mantenerme oculto. Comienzo a buscar alguna habitación lo suficientemente perdida en este lugar para no tener que interactuar con nadie. Doy vueltas entre los pasillos, unos pasillos largos pero angostos que recorren todo el hogar, hasta que entro en una pieza palpablemente más oscura. No di ni ocho pasos cuando escuché unos ronquidos profundos y rasposos. Entré en pánico; no quiero esto de nuevo, me niego a volver a mirar a otro y ver en sus ojos ese odio denso con intenciones asesinas. Escapé de la habitación y me moví lo más rápido que pude sin llamar la atención entre las sombras.

Entro en un segundo cuarto y no hallo a nadie; suspiro, quiero llorar, quiero dejarme dormir en una esquina y que nadie me encuentre hasta que mi cuerpo sea solo un recuerdo de lo que alguien fue. Hay un colchón —o debería decir la mitad de uno— en el piso; sin embargo, prefiero la esquina del cuarto, donde no necesito ojos en la espalda, y ahí hago lo que siempre he hecho al llegar a un nuevo sitio: me pongo a tejer. Tejo una red, como un atrapasueños para tal vez escabullirme mientras duermo a una realidad donde nada pasa, y esté solo, sin pensar en si alguien entrará en mi habitación para romper mi red y quitarme la vida. Me apresuro. Tejo. Tejo. Comienzo a ver la obra final. Lo termino. Tengo la red, tengo paz; me quedo dormido.

No tardé mucho en despertarme; sentí pasos por los pasillos. Se despertó la persona del otro cuarto; no quiero ni pensar en eso. Al menos los pasos no están cerca. No obstante, ya puedo sentir un problema mayor: hambre. Me duele el estómago; he pasado tanto pánico que ya había olvidado la última vez que comí. Creo que han pasado días desde mi

última comida, aun así, tengo mucho miedo de salir de la habitación y toparme con alguien. Esperé unos minutos; no volví a escuchar pasos por un largo periodo de tiempo, y corrí en busca de algo que calmara mi hambre. Descubrí que la casa no era realmente un laberinto sino más bien una trampa, porque los pasillos y habitaciones están formados para que, mientras más adentro estés, menos luz encuentres y menos salidas puedas hallar. En mi búsqueda por sobrevivir no encontraba nada. Caí en más desespero al darme cuenta de que en cualquier momento alguien me podría encontrar, así que opté por volver a mi pieza y esperar a que oscurezca para salir a buscar comida.

Llego a la puerta de mi pieza y asomo la vista hacia adentro; no veo mi red en la esquina. Un escalofrío atravesó todo mi cuerpo; alguien había entrado y roto la red. ¿Por qué alguien haría algo tan cruel? No lo soporto más, quiero llorar, pero no soy capaz; quiero correr, pero no sé a dónde. Entonces, sin pensar más, entro al cuarto. Quizá puedan quedar los restos de la red. Miro de cerca donde tejí, y ahí había un par de hilos sueltos que notoriamente fueron arrancados de la obra que formaron parte.

Mis piernas se derrumbaron; no quiero continuar este rito de buscar algún lugar donde poder quedarme. Escucho pasos acercarse, solo que esta vez mis piernas no me responden para la huida. Mi cuerpo está agotado de correr entre casas, mi estómago está vacío porque he estado huyendo en vez de buscar algo que comer. Al darme vuelta, lo veo: un hombre, y sus ojos no me miraban con odio; con suerte se dignaba a mirarme. Con calma se me acercó y, cuando estuvo a mi lado, me miraba hacia abajo. Levantó un pie y, antes de pisarme, exclamó: "*Qué asco*".

El chincol

Por: : Recusatio

Cuando salí de mi casa, los edificios alrededor no paraban de observarme; como gigantes de concreto, me perseguían por las tres cuadras que me toma llegar al metro. Una vez bajo tierra, la esperanza siempre vuelve con una promesa vacía.

El tiempo subterráneo siempre es difícil de llevar, un lugar sin encanto, como un festival de música, pero cada persona tiene un diferente artista y nadie baila. Salgo de la estación y respiro tres veces profundamente antes de ponerme en marcha. Cuando estoy caminando alrededor, siempre busco al chincol, que se comporta como un fantasma; nos vigila desde lo lejano, dando saltos como encadenado y abrigado con una bufanda naranja. Busco su casa en los árboles del campus, no sé si es por el castaño. "*Seguro tiene que ser ahí*", me repito a mí mismo, cuando paso debajo de ese paraguas que es fortaleza.

El chincol suele tener todo lo que necesita; buscarlo siempre es en vano, se muestra solo al que no lo busca, pero siempre premia a la vista cuando baja a poner sus patitas sobre el pasto húmedo y deleita con sus cantos a los estudiantes que tienen la dicha de encontrarlo. Sus hábitos son poco erráticos, suele ser muy activo en las mañanas, dando la bienvenida a los estudiantes; nunca se le encuentra durante las tardes, sino cuando ya toca el ocaso, pero siempre está rondando entre los edificios alfabéticos.

En los periodos de lluvia, cuando los vientos parecen que se quieren llevar tu alma y sientes los zapatos hinchados de agua, el chincol resiste, dando ánimos a su guardián, el castaño, que aguanta estoico. Yo me pregunto

cómo es posible que algo tan pequeño no se lo lleve el viento. El chincol, al igual que todos los pájaros, tiene huesos livianos, llenos de poros; algo tan frágil puede volar, resistir con todas sus fuerzas, y en la mañana, cuando sale el sol, cantar victorioso, inspirando a quien lo escuche. ¿Y cómo no sentirse así cuando el chincol muestra esa valentía que nos hace falta en algunas partes de la vida?

El chincol conoce bien sus capacidades, y lo hace con humildad; muestra gala de su patrón moteado y de sus colores, bailando en saltos, ambas patas siempre coordinadas, como si fueran un reloj suizo, ambas perfectamente sincronizadas, como si existiera una cuerda invisible que los mantiene a la par. Es la dedicación de ir siempre al mismo tiempo, encadenado en la tierra, pero libre en el cielo. Yo me siento un poco como el chincol; me gustaría volar como él y me siento encadenado cuando estoy en la tierra, saltando sistemáticamente sin la capacidad de correr, pero no creo que sea algo malo.

El chincol se toma su tiempo, sabe que puede volar y prefiere saltar; no tiene el apuro que lo amarra a la tierra porque, cuando toca el suelo, disfruta de la gravedad y lo que nos amarra a la tierra, y cuando ya está satisfecho con el juego, emprende el vuelo y se siente parte del cielo.

El dicho

Por: Ignacio Morales y Octavia Jara

“No hay mal que por bien no venga”

Fue la frase que me cambiaría la vida. Un dicho que abriría las puertas de una herida insanable para comenzar a llenar el vacío que deja la ausencia de una madre.

Un simple día de julio me encaminaba a la universidad, como lo hacía siempre, tratando de convencer a mi cuerpo de que nuestro cansancio es inferior a la pasión por Ingeniería Civil Informática en la Universidad Santa María. El viento cálido anunciaba la llegada de una fuerte lluvia; prontamente llegó la noticia dándole la razón a mi intuición: las clases fueron canceladas debido al pronóstico. Bajé de la micro para volver a casa. Como el próximo bus pasaba en cuarenta minutos, empecé a buscar un refugio que me resguardara de la tormenta que se avecinaba. Fue en ese momento que vi un pequeño negocio que despertó mi intriga.

Parecía ser un simple salón más que un negocio; su luz tenue extendía amablemente su invitación. Al acercarme a la puerta no pude evitar reconocer el aroma característico de los libros, acompañado del olor a tabaco, una combinación que me transportaba a la casa de mis abuelos. Mi abuelo, un romántico desesperado, coleccionaba en su sótano los libros que fueron prohibidos por la dictadura. Ahí, fumaba puros y admiraba su colección clandestina. Nunca lo vi leyendo uno de sus libros.

Entro al negocio, un mundo donde los libros dominan la vista; cuatro paredes ocultas completamente por repisas llenas. El suelo no es excepción, donde las montañas se acumulan. Aquel jardín de letras rodeaba a un viejo con boina y poncho. La escena me recordó a mi abuelo. Me mira pensativo y comparte su reflexión: “Pienso que la historia

de un libro vale más que su relato". Mientras desempolvo un libro, propongo: "*Quizás la historia de un libro es parte de su relato*".
Se da la vuelta a acariciar su gato, plácidamente dormido sobre clásicos de poesía chilena. Al rato, se aproxima la hora de retomar mi camino. Decidí comprar Luz Adjunta de Braulio Arenas, uno de los libros que tenía mi abuelo. "Son seis mil, chica–" el viejo abre un cajón "–llévese esta libreta, me recuerda a la joven que la dejó aquí." Me sonríe. Algo extrañada, le agradezco su regalo y emprendo camino a casa. A pesar del mal tiempo, me quedé contenta, ya que siempre quise leer aquel libro. No hay mal que por bien no venga, diría mi abuela.

La libreta resultó ser un diario de vida de una mujer. No especifica su edad, pero está casada con un tal Víctor. Más allá de la casualidad de que mi padre se llamaba Víctor, no me cautivó la lectura.

Ya en la comodidad de mi hogar, con el estruendo de la tormenta afuera, decidí darle una segunda oportunidad al diario. Ella relata su vida con Víctor, un hombre serio, tranquilo y plenamente enamorado de su mujer. Me llamó la atención una entrada de noviembre; cuenta cómo celebraron un cumpleaños donde su mamá. La reunión de una familia chilena en un clásico asado, gozando y reviviendo vivencias pasadas. Percibí un ambiente de profundo cariño, dulce y acogedor. Me provocó una extraña sensación de nostalgia y pertenencia.

No pude evitar pensar en mi madre; efímeros son los recuerdos que tengo con ella. Falleció en un accidente a mis nueve años. Mi padre fue poseído por una depresión profunda y quedé bajo el cuidado de mi abuela. Estaré eternamente agradecida por el apoyo de mi familia, pero desde ese día los asados siempre han tenido gusto a duelo.
Continué leyendo el diario, capturada por la cotidianidad. La mujer compartía ciertos miedos, inseguridades, incluso pequeñas alegrías que encontraba en su día a día. Comenzando enero, hablaba de una noche de insomnio:

Con una manta tejida por mi madre me recuesto en el borde de la ventana del cuarto, pero no miro hacia afuera como suelo hacerlo. Admiro el interior. Mi cuarto, mis cuadros, Víctor dormido a pata suelta. No sabría explicarlo, pero siento que la carreta de mi vida se cambiará de carril para seguir su camino.

Fui escéptica del presentimiento, pero retoma seis días más tarde anunciando su embarazo. Es impresionante cómo lo supo sin saberlo; su cuerpo sabía. En las páginas que siguen viajamos por la montaña rusa de su embarazo, siempre con Víctor a su lado. Un martes por la tarde reflexiona:

Me han dicho que la fecha estimada de parto será a principios de septiembre. Es una lástima, porque justo en esa fecha la doctora que ha seguido mi embarazo estará de vacaciones. No puedo evitar sentirme nerviosa al pensar que alguien más estará a cargo en un momento tan crucial.

Es curioso pensar que, si todo sale bien, mi hija estará saliendo del colegio en el año 2021. ¡Por cierto, es mujer!

Sus palabras me impactaron, ya que la hija de esta desconocida tendría mi edad. Nací en agosto del 2003. Pasa el tiempo y se aproximan las últimas semanas de embarazo:

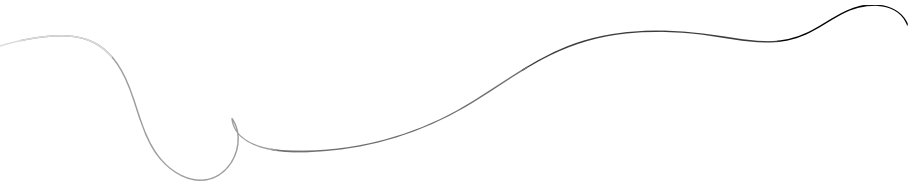
Parece que el destino tenía su propia agenda. Hoy, comenzaron las contracciones. Llegaron con dos semanas de antelación. No puedo evitar sentirme asustada, pero a la vez algo dentro de mí me dice que todo estará bien.

Con el corazón acelerado, descubrí que después de un largo y doloroso parto la mujer tuvo a su guagua, sana y salva. Describe una sensación de amor y alegría que pienso que solo puede sentirse al conocer por

primera vez a un hijo. Sentía con cada palabra brotar un mar de lágrimas. Leo sus últimas palabras de la noche anterior:

Como rayos de sol en días grises, destacan mis ansias de conocer lo que nuestra hija traerá a nuestras vidas. Olvidé mencionar que, finalmente, mi doctora principal sí pudo estar. Aquello me brindó la seguridad que necesitaba para enfrentar las dificultades de un parto adelantado.

No hay mal que por bien no venga, diría mi mamá.



El eco de un sueño

Por: MTT

Escuché llamar mi nombre por altavoz y supe que finalmente lo conseguí: el cartón que tanto deseé obtener desde que me inscribí en esta institución al fin lo tengo en mis manos. Luego de seis largos años de desvelos, llantos, pérdidas, aprendizaje y sacrificio. Yo sabía que llegaría el día en que recorrería los pasillos de este hermoso castillo, en Valparaíso, la famosa y prestigiosa Casa Central; yo sabía que lo lograría.

Es un sueño hecho realidad.
Están todos aquí, veo a toda mi familia sentada, y mi mamá llora de la emoción. Veo de cerca a mi papá con su cámara, intentando conservar todos los momentos, como siempre lo hizo desde que tengo uso de razón y memoria. Todos ellos fueron mi mayor pilar para lograr cumplir todas mis metas y nunca rendirme, aunque me vieron llorando, destrozada por reprobar mi primer ramo, llorando de la frustración por no entender la materia, enojándome por salir de un certamen y haberme bloqueado, o cuando salía mal de un certamen para el que había estudiado. Ellos vivieron mi proceso y siempre confiaron en mí. Siempre reconocieron todo mi sacrificio y lo lejos que he llegado, incluso cuando bajaba los brazos y quería tirar la toalla. Estoy agradecida de corazón con mi familia; los amo.

Mientras veo que la multitud aplaude, logro observar esas cuatro patitas y ese pelito dorado en la entrada del teatro Aula Magna. Ella fue mi acompañante desde que iba en el colegio; a ella le susurraba mis planes para que me ayudara a cumplirlos, ella me lamía mis lágrimas para sacarme sonrisas. En pandemia le leía mis novelas, en mis primeros años de universidad batallamos con las matemáticas y las físicas; luego nos

desvelamos para estudiar mis ramos de carrera. Ella sabe tanto como yo porque estoy segura de que entendía lo que le explicaba. Hasta ella vino a verme. Después de verla tanto en mis sueños logré sentirla una vez más. Mi yo de chiquitita estaría orgullosa de mí; ahora mismo le estoy demostrando que lo logré y puedo con lo que sea.

Después de mi ceremonia y luego de pasar por esa sesión fotográfica y llena de llantos de felicidad, mis compañeros y yo nos dirigimos a otro apreciado momento. Los rumores eran ciertos: había una piscina gigantesca. Miré la hora que parecía muerta en el tiempo y aún no asimilaba que había llegado la hora de mi piscinazo. Mi hermana y tres de mis amigos me agarraron de sorpresa y me acercaron al borde de la piscina. No paraba de reír de la felicidad. Contaron hasta tres y me soltaron en el aire. No pude evitar mirar alrededor y apreciar todo en cámara lenta; por fin estaba viviendo lo que siempre quise, al fin estaba por tocar esa agua...

Hasta que desperté por el sonido de mi alarma. Al momento de abrir los ojos, vi todos mis cuadernos junto a las hojas desordenadas en mi cama. Ya estoy preparada para mi certamen.

El hombre en el balcón

Por: Samuel Raúl Mórales

El hombre se encontraba sentado en una silla de pícnic junto a una mesa pequeña en la cual solo había un cenicero. Estaba en un balcón, unos diez pisos sobre el suelo, en medio de la noche. A pesar de las brisas frescas de los inicios de invierno, llevaba puesto solo una polera manga corta junto a unos shorts y sandalias. La luz del apartamento detrás de él estaba prendida, mostrando una pieza modesta pero acogedora. La única otra fuente de iluminación era un cigarro, del cual de vez en cuando el hombre traía a su boca y, después de un buen rato, alejaba al lado de un pilar de humo grisáceo que parecía más de chimenea que de cigarro.

Desde su balcón, el hombre silencioso observaba las calles y el paisaje urbano nocturno; el grito de jóvenes adultos saliendo de un bar contrastaba con el silencioso caminar de los vagabundos, tan solo un par de calles de distancia. Al contrario de lo que uno esperaría de un lugar tan alto, los sonidos viajaban la distancia con facilidad, y el callado hombre no encontraba dificultad en espiar las conversaciones pasajeras al pie del edificio.

“Oye, ¿te podríamos hablar un poquito?”, empezó una voz masculina, su edad escondida entre el humo de tanto cigarro.

“Sí, tenemos que hacerte unas preguntas”, siguió otra, también perteneciente a un hombre adulto.

“Lo siento, pero vine a visitar a un compañero de trabajo, así que permiso

que no quiero llegar tarde". Fue la respuesta dada. Una voz masculina que sonaba a no tener más de veintitantos años.

"Mira, no tardaremos más de un par de minutos, así que mejor ven con nosotros y no pasa na-" Y es mientras la voz quebrada por el humo está terminando de dar la amenaza que el ruido de un par de zapatillas golpeando contra el cemento suena, pronto seguida por dos pares más. Durante todo esto, el hombre sigue callado, fumando desde su balcón, un espectador de los acontecimientos ocurriendo bajo él; otra vez da una calada de su cigarro.

La persecución es una cosa ruidosa; el joven, aun con la ventaja de haber empezado antes, no puede perder al par de perseguidores. Entonces intenta recurrir a la ayuda de algún local o transeúnte, grita por auxilio. Nadie parece escucharlo, y si alguien lo hizo, lo ha ignorado.

El hombre del balcón tiene una buena vista de todo lo ocurrente; la falta de familiaridad del joven con las calles es notable mientras es guiado por los dos malhechores por pasillos vacíos hacia una calle sin salida. Además, el correr y gritar por auxilio ha dejado sin pelea al joven.
"Por favor, no me hagan daño, les doy todo, pero no-" El ruego del joven es detenido por un fuerte golpe; el hombre del balcón escucha el cuerpo de este rebotar contra el suelo.

"Tranquilo", empieza la persona con la voz no destruida por tabaco. "Ya nos diste todo lo que necesitamos, viniendo a un lugar así."

"Se lo pido, no he hecho nada contra usted, por fa-" Otro golpe para al joven, sus palabras casi incomprensibles entre lágrimas y sollozos.
"No te hagas el santo, tú ya sabes por qué estamos aquí". El fumador responde a los llantos del joven, cada vez más silencioso.

El hombre del balcón, con cigarro en la boca, observa cómo a este no le queda nada. Así que, con movimientos lentos, lo toma y lo apaga en el cenicero.

Un segundo después, el celular en su bolsillo recibe una notificación de mensaje.

El jardín del olvido

Por: Dora Grove

En el corazón de Viña del Mar, había un jardín olvidado. Nadie sabía hace cuánto tiempo estaba ni en qué momento fue abandonado, pero las malas lenguas del sector decían que era un lugar donde el tiempo se detenía y el olvido se arrastraba en cada hoja caída. Nadie se aventuraba a entrar, excepto Don Luis, un abuelito de la zona.

Don Luis, un hombre de unos setenta años, sencillo y humilde, se dedicaba a observar el mundo con una curiosidad inusual. Cada mañana, antes de que el sol se asomara, caminaba jovialmente hacia el jardín del olvido y se sentaba en una letrina desgastada por los años. Su pasatiempo era mirar el jardín; hacía dibujos de lo que veía, a pesar de que, para la mayoría, era un lugar poco digno de admirar. Sin embargo, Don Luis encontraba belleza en lo inusual.

Una tarde de otoño, mientras las hojas caían como un manto dorado sobre el suelo, Don Luis se percató de algo. Entre el grueso follaje emergía de la tierra un pequeño brote de flores que había comenzado a crecer. Era tan pequeña y frágil que parecía una nube esfumándose entre el cielo. Don Luis la observaba cada día, maravillado por su tenacidad. Era un contraste vibrante en un jardín lleno de decadencia.

Los días pasaron y el pequeño brote se convirtió en una hermosa flor amarilla. Don Luis la observaba con admiración y esperanza, mientras la vida seguía su curso en la ciudad, ignorando el milagro que ocurría en el jardín olvidado.

Un día, Don Luis notó que la flor parecía tener vida propia. Los colores vibrantes de sus hojas y el perfume de sus pétalos evocaban la imagen

de alguna mujer. Intrigado, Don Luis comenzó a preguntarse si quizás la flor estaba conectada con algún personaje de su pasado o si tal vez reflejaba sus propios deseos y anhelos de juventud. La visión de la flor lo inspiró a contemplar la relación entre el presente y el pasado.

Al caer la tarde, mientras se asomaban los últimos rayos de sol, Don Luis se encontraba sentado en su lugar de siempre, la vieja letrina. Las brisas del viento y la caída de hojas a su alrededor hicieron que su atención se desviara a la flor, que parecía brillar con una luz propia. El anciano comprendió algo profundo y significativo: a pesar de la soledad en que se encontraba la flor en aquel jardín, había vivido con toda su intensidad. No había esperado que alguien viniera a apreciarla; simplemente floreció y vivió al máximo.

Esa fue la última vez que se vio a Don Luis en el jardín del olvido. Algunos dicen que se fue a Santiago en busca de un antiguo amor; otros aseguran que durante la madrugada transita por el jardín. Incluso he oído rumores de que él mismo se convirtió en parte del jardín. Lo que es claro es el verdadero legado que dejó: un recordatorio de que el verdadero regalo no es la flor, sino la capacidad de vivir plenamente, sin esperar reconocimiento. Así, el jardín continuó floreciendo, transformándose en un lugar lleno de posibilidades y sueños, mientras la esencia de Don Luis permaneció en cada rincón, invitando a todos a encontrar su propia belleza en la vida.

El libro

Por: Escribiente oculto

Me gusta el verano; desde que era un niño era mi época favorita. Eso se debía a que era la época de las vacaciones y, en mi caso, las ocupaba completamente de principio a fin. Siempre me gustó la playa, el mar, las olas, la arena. Fue parte de mi niñez y también de mi adolescencia; junto a mis amigos y primos salíamos al campo, bajando por la orilla del río y luego subiendo cerros. Eran nuestras actividades favoritas.

De esa época ya han pasado varios años; el tiempo ha borrado muchos de esos recuerdos, pero el sentimiento ha quedado como una época hermosa y feliz. Ahora viajo al campo y a la playa en distintas épocas del año. Es por mi profesión que me toca buscar lugares hermosos e inspiradores. Trabajo como fotógrafo para una agencia de diseño y publicidad; muchos de sus proyectos se inspiran en las fotos que saco.

He sido un afortunado en tener una profesión que me llena tanto, quizás porque de alguna manera me transporta a esa niñez tan querida.
En uno de mis viajes, y de manera sorpresiva, mi vida sufriría un remezón, un hecho imprevisto que me haría cambiar la opinión que tenía de las personas. Fue hace un año en una de mis salidas a la zona central del país, camino a Pichidangui, una zona con muchos matorrales y un sector boscoso que colinda al mar. Al llegar al lugar procedí a internarme en el bosque con mi cámara, buscando esa postal, ese lugar hermoso e inspirador que pudiera inmortalizar en una foto. Mientras me internaba en el bosque, pude percibir un bulto debajo de mi pie. Un poco tambaleante, me afirmé en un tronco y, luego de un instante, recogí el bulto. Era un libro más bien pequeño, pero abultado de bastantes hojas. Me senté en una piedra cercana y desde ahí comencé a escudriñarlo.

Era un libro de citas; la mayoría de estas eran de origen desconocido, más de 200 citas. El libro era bastante completo; sin embargo, habían tachado el nombre del autor, y el final de este libro tenía una leyenda, una advertencia: "Quien lea este libro cuídese de no embriagarse con su sabiduría y sea atrapado por su conocimiento". Me pareció curiosa la advertencia, lo que aumentó mi deseo de comenzar a leerlo.

Desde el comienzo el libro era interesante; tenía una introducción que buscaba preparar al lector en el mundo de las citas. Comencé a leer las primeras y, pasado un tiempo, empecé a observar un patrón, como un encadenamiento entre las citas: una cita y su reflexión llevaban a la siguiente y así una tras otra. Me quedé impresionado del excelente trabajo realizado por este desconocido autor.

A medida que avanzaba en la lectura, vi el surgimiento de un personaje, uno que de vez en cuando le hablaba al lector, dándole consejos y reflexiones. El hecho de que surgiera este personaje y que le hablara al lector me intrigó mucho más. Sentía un deseo irrefrenable de leer y leer hasta terminarlo. Pasada ya la mitad del libro, noté que el lenguaje del personaje comenzaba a cambiar paulatinamente; en la medida que avanzaba en su lectura, el lenguaje del personaje se hacía más dominante y amenazante, como si este personaje quisiera ejercer dominio sobre mí.

Mientras me acercaba al final del libro, el tono amenazante y dominante del personaje aumentaba. Era algo insólito; ¿por qué me tendría que preocupar de lo que dice un personaje de un libro encontrado en un bosque? Pero a pesar de todo, mi curiosidad pudo más.
Por fin entré a la recta final; eran las últimas páginas de este misterioso libro. A esta altura, el personaje del libro me ordenaba que me quedara en ese lugar, que si no obedecía sería maldecido, y mencionaba un conjuro para el que no obedecía. Mi tensión aumentó grandemente; a mi mente llegaban pensamientos de sorpresa, incredulidad y, debo

reconocer, miedo. Pensé en dejar de leer el libro, pero ya me quedaban las últimas páginas, no podía parar ahora.
Mi tensión era máxima; estaba tan absorto en su lectura, era como si un personaje real me hablara. Y lo peor: no podía dejar de leer, no podía librarme de este deseo tan fuerte de terminar este libro, y para colmo el personaje lo sabía. Sus palabras y reflexiones me habían llevado hasta ese momento.

Llegué a la última página. El personaje me ordena que me autoflagele, que solo eso puede eliminar la maldición sobre mí. Me repite varias veces que me autoflagele y, como si supiera mi reacción, me grita: ¡Por qué no obedeces!, ¡Por qué no obedeces! Yo sé que tú puedes lograrlo; obedéceme y serás libre.

El último párrafo lo leí con mano temblorosa y una tensión máxima. Con la vista un poco nublada por el nerviosismo, pude leer: "Tienes que destruirte, no vales nada, tu vida no vale nada, te ordeno que te destruyas y así te liberes; libérate, te lo ordeno, debes obedecer. ¡Mátate! ¡Mátate! ¡Mátate!" En ese momento solté el libro y como pude salí del bosque. Sus palabras retumbaban en mi mente y se mantuvieron en ella un buen tiempo como recuerdo de esta extraña y angustiante experiencia.

Ha pasado un año de esta experiencia, y me doy cuenta de que no todos buscan el bien y lo hermoso en esta vida. Algunos plasman sus odios y sus maldades en sus acciones, incluso en las cosas que escriben. Seguiré con mi trabajo, buscando la belleza, la hermosura de la naturaleza y retratándola en una foto, un momento mágico y eterno, que mis pies me guíen hacia esa hermosa creación y yo pueda retratarla. Que la oscuridad y el odio se queden en medio de un bosque perdido y que sus hojas se las lleve el viento del olvido...

El niño y el mar

Por: Cristián Alejandro

Cuando me preguntó, le comenté que cada vez que iba a la playa veía el clima del día y aquella temperatura máxima registrada por la aplicación del celular me entregaba el número de argumentos para escribir, por ejemplo, 24 razones para ir al mar. Al comienzo, escribía sobre lo atractiva que era la costa y miraba lo afortunados que eran los buques de carga que tenían la posibilidad de llegar allí: al final. Ese final donde descansa la corona del sol; ese final donde se pierde la luna a medianoche; ese final donde las gaviotas no se vuelven a ver. Mis razones eran dedicadas a mi madre que, desde pequeña, según nos cuenta, le tuvo resentimiento al mar y el frío era su mejor excusa para mantenerse a varios metros de distancia.

— ¡Este año no está tan helada! — a veces le decía, aunque cada molécula de agua apuñalaba mis pies y la arena vidriosa se astillaba en la piel —. ¡Ven! — y no era porque quería hacerla sufrir, sino porque de alguna forma sentía que, si la experiencia de valentía se comparte entre dos cuerpos, entonces uno deja de preocuparse de lo malo y queda en el recuerdo tan solo lo bueno.

Un día estuvimos quizás a unos 10 minutos de llegar. Ya se lograba ver el azul del mar como un reflejo del cielo, como un bizcocho que saboreas con mazapán, olvidando lo rancia que es la sensación de lamer tus labios luego de hundirte en esa sal. Comencé a buscar dentro de mi mochila de mi eterna época escolar el vuelto que alguna vez me habían dado con la motivación de escribir mi próxima razón: las palmeritas, los barquillos, todo lo que se te acerca a ti estando clavado en la arena como una sombrilla y pensando que el servicio, por muy sencillo que sea, te hace

sentir en un resort. Antes bromeaba con esas personas diciéndoles: — ¿Y me agrega una caipirinha a la cuenta? — y se reían hasta que un día me respondieron —. El chico pasó hace un rato, ya le digo que se dé la vuelta —. La poca vergüenza y la astucia también es algo que me gusta de venir a la playa.

Al momento de llegar sentí el fuego en la planta de mis pies, y fue suficiente motivación para correr y lanzarme directo al agua. No me importaba nada. Había olvidado aquello llamado preocupación y solo me ocupé de sumergirme hasta sentir el hielo transformarse en vapor, sentir esas corrientes tibias por las piernas y también las algas que quedan enredadas en los brazos. Quería sentirme parte del océano y hacerle ver también que, ese día, tenía 24 razones para no querer nada más. Nadé hasta cansar mis brazos. Reposé mi espalda sobre la espuma y dejé que la sal me mantuviese a flote. Miré el cielo y sentí como si el viento me aconsejara cerrar los ojos. Así lo hice, y ya no era la sal que me tenía flotando, sino el horizonte. Formaba parte de la tripulación pacífica camino a nuevos vientos en grandes islas. Era el capitán y también el motor de mi propio cuerpo.

— Mis brazos son las velas y mis ojos el timón. Mi voz es la sirena que me hace falta hoy —. Repetía ese verso como mantra y sentía cómo de a poco me daba calor. Las olas me levantaban y en su amplitud lograba saborear lo dulce de las nubes. De pronto me volcó una —. ¡Hombre al agua! — y en ese buceo me uní a la danza de los peces en torno a los brillantes corales, formando círculos entre rubíes. Era un fucsia que se tornaba a lila en compás de la marea. Era un verde y también no lo era. Había burbujas. Quizás de ahí salía la espuma, pensé. Tomé gentilmente una con la mano y la llevé a mi boca. Mis pulmones se expandieron y mi corazón bombeó. No pude distinguir el suelo del techo y escuché la voz de mi madre, no sé cómo, pero sentí su temblor. Sus palabras eran repetitivas y aceleradas como unas hélices. Mi corazón bombeó. Quise encontrar su voz, subir a la superficie, lanzar la bengala, controlar el

temor. Sin embargo, nadaba y no llegaba. El paisaje se oscureció y no distinguía absolutamente nada.

— No sé cómo volver — pensé. Mi respiración se alineó con la marea y la cosa más extraña sucedió —. Puedo respirar... puedo respirar bajo el agua —. Mi corazón bombeó. En ese momento el calor me había dejado por completo. Tenía frío... sentía lo frío del Pacífico. Ya no había colores. Ya no había vida alrededor. De a poco se fue acortando mi respiración, de a poco recogí las velas y solté el timón. De a poco ya no estaba. No supe cuándo dejé de estar. Sentí que mi mano apretaba, sentí las lágrimas de sal. La piel del mar me arropó en su ausencia aun cuando en mis manos quedaba un poco de arena. Y fue ahí, en aquel instante, donde no hubo tiempo ni voz que contuviese la marea; fue en ese momento en que supe que la vida es pasajera. Un resfrío, una cena, una risa y una cerveza...

Terminé mi discurso esperando la próxima instrucción.

— Aún te atormenta el incidente — dijo mi doctora.

Asentí con la cabeza y llevé una última burbuja a mi boca.

El Testamento de un nuevo comienzo

Por: Bidr Virtus

Despierto, un poco desorientado, en el medio del silencioso frío de la madrugada. Miro hacia abajo y veo mi cuaderno abierto sobre la mesa, lleno de apuntes que me recuerdan cada sacrificio que hago por pasar este ramo. Las noches de desvelo y las ojeras tallan en mi rostro el inmanente deseo de conseguir mi objetivo: obtener ese preciado título universitario, símbolo de mi esfuerzo y perseverancia, el cual me hará sentir que cada sacrificio valió la pena.

Desperté de un sueño profundo, un sueño que solo duró un par de minutos, pero en mi subconsciente fueron horas. En ese sueño, finalmente experimentaba el alivio de la carga académica que he llevado durante todos estos años, así como la gran mochila que porto, la cual tiene un profundo significado: la admiración de mi familia y la inspiración a mis futuras generaciones.

Desperté de ese sueño tan profundo, donde veía el umbral de la luz tras la oscuridad, en el que finalmente me encontraba leyendo el testamento que escribió, con sudor en mano, nuestro fundador. Veía cómo la luz de la madrugada iluminaba cada palabra escrita en piedra, mientras la incerteza del futuro y el azar del destino me nublaban la mente.

Desperté de ese futuro deseo, mientras miro mi cuaderno lleno de apuntes y resúmenes del ramo. Al leerlos, solo me susurra el eco de las batallas interminables contra mí mismo, contra mis metas y deseos. Estas luchas han dejado marcas más allá de las físicas, marcas con una profunda cicatriz emocional, mientras me inunda una culpa por no aprovechar los bellos momentos de mi vida, ahogado en mi constante búsqueda de lograr ese objetivo. Cada palabra que leo me

hace reflexionar sobre mí mismo, en las sonrisas que no compartí, las conversaciones que quedaron a medias, las festividades que no celebré, los paseos que me perdí y los atardeceres que dejé pasar. Sin embargo, reflexiono sobre la sacrificada vida de mis padres para darme estudios, y veo que cada uno de esos momentos no vividos pesan, recordándome el costo de mi búsqueda hacia el éxito.

Despierto de mi zona pensativa, de mi trance emocional y vacío existencial. Sé que debo seguir estudiando. Tan solo quedan un par de horas para la prueba. Miro el reloj; dicta las 4 a. m. Recuerdo a mis padres, quienes me dirían lo mucho que me esfuerzo; no quiero decepcionarlos. Debo terminar mis últimas ideas y acostarme; en unas pocas horas debo estar en la universidad. Pero solo veo ese pequeño cúmulo de mi baba sobre el cuaderno, el cual me recalca la carga académica en la que me encuentro. No me encontraría en esta situación si hubiera estudiado antes, pero tenía otros asuntos académicos, amorosos y familiares. No me arrepiento de nada, pero me gustaría tener un poco más de tiempo. Quiero despertar, pero esa baba borró la fórmula que aún no me aprendo, esa fórmula esencial. Sé que debo actuar, mientras empiezo a notar los primeros signos de vida en la ciudad al surgir el amanecer. Recuerdo que el tiempo es imparable, pero sigo sin poder despertar.

Estación de tren

Por: Noelle Adamczyk

Mi historia terminó. Pero, aun así, mientras nieva en San Petersburgo, espero el tren, con mis mejillas heladas y las manos en los bolsillos, en búsqueda de algo que no sé nombrar. He tomado muchas veces el tren; no es algo ajeno a mí. Pero hoy no se siente igual.
Cuando una historia está por terminar, uno suele recordar cómo empezó. Entonces, no puedo evitar pensar en el día de nuestro encuentro.

Y nuestra despedida. Ese día, mi historia terminó.
Aquel día, en el cual te fuiste, desapareciste y fuiste olvidado por el mundo, al igual que los pétalos en el viento. Ese día te fuiste de mi lado, y mi historia terminó. Pues ya no tendría nada más que contar. Sin ti a mi lado, soy incapaz de plasmar y escribir las oraciones que conformarán el resto de mi vida, en un mundo que todos los días me apuñala fuertemente el corazón. Por esta misma razón es que siento que ya ni siquiera tengo la capacidad de sentir. Pero da lo mismo; antes tampoco la tenía o, en realidad, no servía de nada.

En ese entonces, me odiaba tanto a mí misma que solo era capaz de odiar también a los demás. Sentada en el tren, mientras nevaba, las personas eran solo imágenes en retrospectiva. El mundo me era ajeno, cruel, humillante y desconocido. Para mí, las flores rojas y la nieve blanca tenían el mismo color: ambas debían ser manchadas grotescamente con sangre, para así poder tener cierta satisfacción en la vida.
Con semejante pensamiento, me odiaba a mí misma. Me sentía despreciable e indigna de cualquier tipo de felicidad y complacencia.

Pero llegaste y, sin siquiera saberlo, me salvaste. Yo era una pequeñez en tu vida; mas para mí, tú lo eras todo. Aquel que me hacía sentir

comprendida, amada y querida. No obstante, aquel era un amor particular; un tipo de amor que no se puede expresar con palabras, un cariño que trasciende a lo físico y a lo mental... aquel amor... no. Ese sentimiento que me desgarraba las entrañas se llama admiración. Lo que sentía era admiración. Un encandilamiento enorme hacia una persona que era capaz de ser feliz. Y quería que yo lo fuese también.
Pero yo me negaba rotundamente a semejante idea.
Me resignaba a ser feliz.

De nuevo en aquella ciudad fría y grisácea, en la Mayakovskaya, miraba las expresiones grotescas de la gente; observaba cómo esperaban el tren y pensaba que había gente que sufría mucho más de lo que yo lo hacía. Por tanto, no tenía el derecho a sufrir, pero tampoco a ser feliz. Sí, es cierto: experimentaba cierta satisfacción en el hecho de "no ser feliz"; disfrutaba de la sensación de desapego que sentía con el mundo, al ver mi sombra sobre el suelo y sentir que realmente no estaba allí y que podría desaparecer cuando quisiera; sentía placer al palpar la sangre que brotaba de mi corazón, porque me sentía menos miserable; porque yo era y sigo siendo ridículamente egoísta. No obstante, en aquel capítulo de mi historia, lo único que me importaba era estar a tu lado, sentir que lo estaba haciendo bien, sentir que había alguien que notaba mis acciones y reconocía mi valor. Por esa razón es que soy egoísta. Pero, ¿por qué es tan horrorosa y dolorosa la certeza de que eres egoísta?

Y ahora, en este instante, de nuevo en el tren, junto a la ventana, no soy ni seré capaz de ser feliz nunca. En este preciso instante, para mí, la felicidad y la tristeza son exactamente lo mismo. El placer y el sufrimiento, el llanto y la risa, el dolor y.... la admiración, son precisamente la misma cosa. Cuando estamos cegados por el egoísmo, no somos capaces de ver las cosas que se nos presentan. Y en ese entonces, cuando te presentaste frente a mí, caí en la obsesión de una persona que nunca ha sido amada.

Hace frío. Pienso si será posible que este tren me lleve a través del tiempo y, quizás así, ser capaz de empezar de nuevo, corregir mis errores del pasado y aprovechar aquellas oportunidades; vivir nuevamente los escenarios contigo, observar la nieve, tomar una taza de café y leer un libro, experimentar un sentimiento genuino, llorar de la felicidad, amar y ser amada y, finalmente... poder ser feliz.

Suspiro. La estación en la que solíamos bajarnos está cerca.

Estas calles

Por: Felipe Rojas

En un silencio familiar, Pepito se sorprendió otro miércoles mirando el mar frente a su ventana favorita, esa gran ventana que llenaba de luz el aula vacía, sentado en compañía de sus pensamientos. Con la mirada perdida, trataba de recordar viejos momentos, pero su mente, ya debilitada y con problemas de memoria, le impedía tener claridad y seguridad en sus recuerdos. Recuerdos cruzados quizás con vivencias ajenas, fantasías leídas o vistas en películas.

Su sueño siempre fue ser pintor, pero sus limitaciones biológicas, las cuales no le permitían navegar por la fantasía, entorpecían su creatividad. Los limitados colores que conocían y percibían sus ojos hacían que su obra fuese plana y aburrida, incluso para él. Ese mismo pensamiento lo acompañó siempre y lo paralizó en más de una ocasión al enfrentarse al lienzo en blanco. Ya después de un tiempo, no encontraba razones para esforzarse por hacerlo, y la mínima excusa lo separaba de su sueño.

A pesar de que siempre estuvo ligado a la academia, nunca había escrito nada. Y con 50 años de pedagogía en el cuerpo, enseñando a jóvenes con incluso menos talento artístico que él a sumar y restar, no tenía razones para hacerlo. Ese día, frente a la ventana y al mar que se imponía frente a él, motivado por sus recuerdos confusos, de cronología difusa e incapaz de darle un rostro a sus amigos de la adolescencia, se propuso comenzar a escribir una novela para ayudarse a no olvidar lo poco que quedaba en su cabeza. Lo único que había escrito en su vida era un par de canciones en su juventud, canciones que intentaban cifrar un mensaje que, hasta para el menos perspicaz, parecería evidente. De todas formas, se decidió por escribir en signos y símbolos la novela que hablaría de él, por el pudor de que alguien leyera sus escritos, sabiendo que hablaban de sí mismo; esto le parecía una idea aterradora. Además,

sentía que leer esta especie de autobiografía sería aburrido para cualquiera que no fuese su familia o alumnos.

Cuando se puso en la tarea de escribir, fue incapaz de recordar nada más que un día de su vida, más bien una parte de él, un día sin importancia. No fue un momento feliz, ni tampoco una de las tragedias que lo fueron acompañando en su camino; era un simple día. Se recordaba vagamente tomando un café de dudosa calidad, sin azúcar, en el terminal de buses de la capital, un lugar que visitó en más de una ocasión. No recordaba si llovía o no, si era martes o un fin de semana largo luego de visitar a sus padres; solo se recordaba en solitario, rodeado de gente, tomando café. A pesar de sus esfuerzos de adornar al menos esa breve imagen, no fue capaz de agregar una sola palabra a la descripción de ese momento que hizo sobre una hoja cuadriculada de cuaderno que encontró por ahí. Finalmente, lo que en un inicio sería una novela se convirtió en un pequeño poema. Lo leyó una vez en voz alta y lo repitió una y otra vez en su mente de camino a su casa, como quien repite una canción que estaba buscando hace tiempo sin saber que la buscaba, sin nombres ni referencias. Luchando por no olvidar lo que había escrito y con el desafío autoimpuesto de no mirar el papel donde tenía apuntado el poema, decidió caminar una ruta distinta a la que hacía todos los días para llegar a casa. Se sentó en la banca de una plaza que probablemente estuvo ahí desde siempre, pero que nunca había notado, encendió un cigarro pensando en las veces que sin éxito había tratado de dejarlo y en el nombre que debería llevar su poema. Sin dar con el título de su obra, llegó a su casa, congelada por el frío de julio, y frente a su computador, antiguo incluso para él, escupió en un correo electrónico el poema que tanto esfuerzo le costó escribir y se lo envió a la que había sido su profesora de lengua castellana en el liceo, con una dirección de correo por supuesto inventada, destinado a una persona que, por su edad, probablemente ya no estaba entre los vivos. Inmediatamente después de hacer clic en enviar, pensó en que su intención nunca fue impresionar a nadie más que a él mismo, y se

cuestionó lo que había hecho. Rato más tarde, en su habitación repleta de libros sin leer, se recostó sobre la cama y en la duermevela empezó a soñar con un poco más de detalle de lo habitual. Un sueño que para cualquiera sería de lo más normal, para él fue un evento complejo y lleno de estímulos para su mente gris; rozaba el milagro. Cuando se dio cuenta de que estaba en un sueño, trató de tomar control de lo que al parecer era un recuerdo de su infancia, pero en ese momento su cuerpo saltó un par de milímetros sobre la cama, y de nuevo estaba en su habitación húmeda y oscura. Caminó hacia su escritorio de roble en un rincón del cuarto, sacó de su bolsillo el poema y agregó rápidamente un verso final, un título, y se volvió a dormir, esta vez sin sueño, sin salto y sin pensamientos.

Esto es un Cuento ilustrado

Por: DaVile Jáuregui

El siguiente texto fue recuperado de la casa de Kein Bara, el ilustrador egoísta, en el momento de su captura; en este, relata su último día de libertad y sirvió de prueba en su juicio. Escritor e ilustrador, como dice su epíteto, nacido en una familia acomodada, creció junto a Petra la Justa. Por un tiempo, incluso fue merecedor de su confianza hasta antes de poner en peligro a la ciudad y descubrir su deslealtad.

Tiempo después de que se efectuase la condena, Petra leyó el texto y ordenó la distribución de este luego de leerlo, manteniendo el título y las palabras exactas escritas por Kein. Se recomienda discreción al leerlo y estudiarse en instituciones educativas.

Bienvenidos, bienvenidos, soy Don Bara, su guía.

Hoy les presentaré la gran Santa Éter, la ciudad más feliz del mundo, ¿no les parece hermosa?

¡Oh!, es cierto, no está la imagen; normalmente ya estarían viendo al menos un garabato hecho por un niño, pero como ya saben, un grupo de tiran–digo, nuestros "grandes líderes", en toda su "sabiduría", me prohibieron usar imágenes en los cuentos. Claramente son algo peligroso.

Supongo que les tendré que narrar el cuento un poco diferente a como lo hacía. Ustedes intenten imaginarlo. Terminemos rápido con esto. Aunque preferiría mil veces irme a escribir a la fuerza un cuento que alabe el estado actual de la ciudad, que oculte todo su mugrerío, y, para colmo,

se me prohíba usar ilustraciones.

"¡Oh, por Dios!, ¡qué hermoso!" podría poner solo eso y la imagen o un dibujo de la ciudad, pero ahora sería como si me burlara de ustedes, que no conocen ni han visto lo maravillosa que fue. Lo lamento mucho... debería dejar de hablar de las imágenes y quejarme de mi situación, pero es que siempre narré cuentos ilustrados; la verdad es que no tengo tal labia para guiar su imaginación. En verdad me encantaría poder mostrarles cómo veo la ciudad ahora mismo simplemente usando palabras, pero nunca pude hacerlo, no tengo tal habilidad, es por eso que... Un momento, ¿qué es eso?

Cielo Cielo Cielo Cielo Sol Sol
Cielo Cielo Luz Luz Cielo Sol Sol
Cielo Luz Castillo Moderno Luz Cielo
Cielo
Luz Casas Casas Casas Casas Río
Luz Bosque
Pradera Río Casas Río Río Pradera
Bosque
Espía Río Río Rio Pradera Bosque

¡¿Un grupo de palabras?! Se supone que estén fuera de la ciudad; no quiero ni imaginar lo que les espera... o a mí, si ven que me vinculé con ellas. Mejor salgo de aquí antes de que destruyan todo. Aunque solo están escribiendo el paisaje que veo, supongo que es una manera de mostrarlo, pero ¿qué se supone que imagine el lector con "castillo moderno"? Solo alguien que ha visto Santa Éter sabría interpretarlo, pero los lectores imaginarán cosas muy diferentes con eso...

¡¿ESPÍA?! Vendrán por mí.

Debo irme de aquí inmediatamente.

Me tendré que ir, realmente.

Tantas veces amenacé a Petra con irme si no se retractaba con su falsa salvación a Santa Éter, y ahora realmente me debo ir. Antes de ser aquella diosa enaltecida a la que ahora alaban con miedo y fe, fue mi mejor amiga, en quien más confiaba. Se atrevió a decirme que fuera "resiliente". Se atrevió a pedirme que solo acepte tal situación y espere, que me doble ante su sistema tan retorcido, y no exija cambio alguno. Y las ratas de los diarios se atreven a hacer eco de su mentira. Todas aquellas personas que ahora se llaman "resilientes" no son más que un grupo de débiles. Creen que se adaptan, pero en realidad son tan cobardes que prefieren doblarse y creer que todo esto es algo inmutable antes de siquiera pensar en romperse peleando por cambiar un sistema tan corrupto.

No caeré en la misma mentira que el resto, ni tampoco me doblaré ni vomitaré palabras falsas en tinta sobre mi cuaderno...

Esto no es un es un cuento literario

Por: Míster Rodríguez

Fue gracias a una notificación de mi teléfono. Pospuse mi maratón de deslumbrantes capítulos de historias animadas y coloridas (estaba viendo anime) para leer el correspondiente correo que me había llegado. "Detente, observa y escribe" (otro correo de spam ha de ser). Así que la biblioteca de mi universidad está organizando un concurso de creación de cuentos. A ver los detalles: mmm, algo sobre estimular creación literaria, plazo de entrega extendido (qué bueno, porque me di cuenta tarde sobre el concurso), gift cards como premios... Todo muy en orden, nada fuera de lo ordinario.

Acá dice algo importante: "creación literaria auténtica en el ámbito universitario". Ámbito universitario... Eh, acabo de encontrar un inconveniente. "Ideas, experiencias, sentimientos y mundos personales". Me están pidiendo interiorizarme y hablar de mi experiencia universitaria. Siento que acabo de chocar con un muro. ¿Alguna vez me detuve a contemplar mi "vida universitaria"? Claro, he tenido buenos momentos de ocio con los amigos que formé en primer año, pero en mi caso son momentos que puedo contar con los dedos, nomás. No carreteo, no salgo todos los fines de semana (una vez al mes, para ser exactos), no siento que me note toda la gente que tenga a mi alrededor... Llevo una vida "piola".

Mentiría si dijese que no he querido cambiar un poco mi situación. Porque, la verdad, sí desearía una vida más "extrovertida". Veo pasar a compañeros con los que he compartido ramos anteriores y tuve la oportunidad de interactuar, pero me "hecho para atrás" y no hablo con ellos, ni siquiera un saludo (la base de toda buena amistad, honestamente). Tengo esa incapacidad de acercarme a los demás,

incluso cuando se trata de gente que me estima. Voy con el sentimiento constante de que no encajo ahí, con el grupo, que no tengo el permiso de llegar libremente y dirigirles la palabra. No porque vaya yo a decir algo malo, no porque me vayan a rechazar; es que... Bah, me volví a quedar sin palabras.

Nunca consigo terminar la frase anterior. Por más que me lo haya planteado y reformulado, siempre termino en lo mismo. El último obstáculo para disfrutar de una juventud plena. Supongo que es miedo. Miedo a los demás, que siempre podrían reaccionar de manera inadvertida. Miedo de mí mismo, de la forma en la que pienso y converso, que pocas veces va de acorde con el resto. En mi casa me dicen que soy fanático de "llevar la contraria". No me gustaría que mi personalidad afectase a los demás. Pienso que mi presencia evita que mis compañeros puedan ser "ellos mismos", como si se adaptaran al verme llegar para que la conversación sea en torno a mí y yo me sienta "a gusto". Me es difícil aceptar que, en el fondo, mis miedos no son realidad. Tengo amigos, tengo compañeros que me dirigen la palabra, me sonríen, me saludan, comparten ideas conmigo, comparto ideas con ellos, están interesados en conocerme y yo a ellos, me hacen reír y yo a ellos, se acuerdan de cuando hablamos de X cosa o de Y cosa (sonó muy matemático eso), y son abiertos conmigo (y yo con ellos, para terminar). Las ocasiones en que estas conversaciones han ocurrido no son ni pocas ni muchas, pero me reconfortan la idea de que sí soy amigo de todos ellos. Entonces, ¿cuál era mi preocupación al final? Puede que yo no me vea a mí mismo como una persona merecedora de recibir cosas buenas. Siempre antepongo mi autismo en cada situación. Me convenzo a mí mismo de que no encajo con los demás. Busco siempre la excusa para no "dar el salto" (aunque ya lo he estado haciendo en muchas ocasiones pasadas, solo que sin darme cuenta).

Me queda aún mucho por cambiar (pero de eso se trata la vida al final), y ya estoy a medio camino de conseguir nuevas metas personales. Desde lo básico, como saludar siempre que vea a un compañero y preguntarle cómo ha estado (porque me lo preguntan mucho a mí, me di cuenta), y participar

de todo lo que pueda, porque sé que tengo muchas capacidades (como para los ramos, por ejemplo, y estoy postulando a ayudantía este semestre por primera vez). Quizás debería probarme en actividades que no conozco, o que nunca pensé que me vería interesado en, como lo sería un concurso de creación literaria.

Algunos probablemente le pidan a ChatGPT que les redacte el cuento; por mi parte quiero sentir el orgullo de redactar algo que otras personas probablemente lean y comenten. Y entonces redacté mi primera frase: Fue gracias a una notificación de mi teléfono.

Estoy bien

Por: G1X

"¿Quieres jugar a la pinta?", preguntó Alba, a lo que Diego responde asintiendo con la cabeza. Alba se muestra curiosa y le pregunta de forma irónica: "¿Acaso eres mudo?", para soltar una tierna carcajada. Diego entra en más confianza y le responde: "Solo cuando me conviene", sonriéndole de forma inmediata. Ambos juegan a la pinta un buen rato en el recreo, invitando a otros compañeros a jugar con ellos también. Al final de la última clase, Alba se acerca al puesto de Diego y le dice: "¿Te parece que mañana juguemos de nuevo a la pinta?", pero Diego le dice que debe ir al médico y hacer unos trámites con sus papás. Alba se puso triste, pero dijo: "Igual podemos jugar el jueves, te puedo esperar". Llegado ese día tan ansiado por la niña, se reencuentra con Diego y, como acordaron, juegan una vez más en el segundo recreo, corriendo felices y despreocupados a la siga de sus compañeros, quienes quisieron unirse al entretenido juego. Diego, en mitad de aquella actividad, le pregunta qué materia pasaron el día que faltó. Ella le responde: "En lenguaje no me acuerdo, porque me quedé dormida; en matemáticas... avanzamos en la unidad dos del libro; en música tenemos que practicar 'Mira niñita' en la casa".

Los días avanzaban y avanzaban, muy rápido, así como la amistad de ambos. Séptimo básico pasó a ser tercero medio en un pestañeo. Los fines de semana pasaron de ser aburridos a ser asados en la casa de Diego, a los que asistía Alba con sus padres. Ambos amigos recibían constantes sermones sobre mejorar sus notas, pues todos los adultos les dijeron que era importante para el futuro. Sin embargo, no lograban entender bien en qué les iba a ayudar, pero de todos modos les hacen caso, debido a que desean ser grandes profesionales. Alba desea convertirse en astrofísica y Diego en bioquímico.

Gracias a estas motivaciones, logran iniciar de buena forma el tercero medio, interesándose genuinamente en aprender.

Tiempo después, a finales de junio, Diego tiene que contarle una triste noticia: se va a tener que cambiar de casa, aunque va a seguir asistiendo al mismo colegio, pero ya no se podrán ver tan seguido como antes, pues la nueva casa queda lejos. Alba, al instante, se puso triste y dijo: "Tranqui, si igual nos vamos a seguir viendo en el colegio. Me va a costar acostumbrarme a no irnos caminando juntos después del colegio, pero no es algo imposible tampoco". Al cabo de un mes, Alba logra superar a medias la situación y la sobrelleva de buena forma, Diego también, solo que a veces llega atrasado porque debe tomar dos micros y un metro para llegar. Como Alba sigue viendo que Diego está triste por el cambio de casa, decide hacerle una invitación: "¿Te parece que vayamos a una fiesta para Halloween? Para ir a pasarla bien, además, mi papá nos puede ir a buscar y te puede acercar a tu casa"

.

Ya en octubre, llegó la fecha de la fiesta de Halloween, a la que asistieron todos los compañeros de curso, incluso los de cuarto medio. Diego la pasó muy bien, ya que conoció a gente nueva e hizo amigos jugando al cuarto rey, bailando y cantando junto a Alba. Esa noche fue inolvidable para todos. Las semanas venideras fueron normales, no hubo sucesos muy interesantes la verdad, pero todos seguían comentando la fiesta de Halloween. Querían repetir la experiencia en otra instancia, así que algunos compañeros se pusieron a organizar algo, pero siempre quedaba en nada.

Ya en septiembre, Alba nota que Diego estaba raro últimamente, porque siempre lo veía bajo de ánimos. "Mi papá murió en un choque dos semanas después de cambiarnos de casa. Fue una sensación horrible cuando nos contactaron para avisar de su muerte. Los paramédicos no lograron hacer nada, pues ya no tenía signos vitales... No te quise decir antes para no preocuparte". Alba se conmovió ante esta situación

y abrazó fuertemente a Diego, diciéndole: “El tío fue una gran persona, se notaba que te quería harto, me hizo reír mucho en su momento y siempre estaré agradecida con él, con tu mamá y contigo por toda la buena onda que me entregaron. Ahora llora todo lo que necesites, suelta toda esa pena que yo estoy aquí para consolarte”.

Después de este suceso, Diego comenzó a faltar algunos días, pero mostrándose más sereno que antes. Así, hasta llegar el penúltimo día de clases, donde conversaron mucho rato él y Alba. Ella le preguntó a Diego: “¿Vienes mañana? Porque la verdad yo no sé si venir”, riéndose. Él responde: “Sí, quiero despedirme de las profes, porque el próximo año no nos van a dar clases ellas”. A lo que Alba le dijo: “Entonces voy a venir mañana”.

Ella lo esperó bastante, hasta que finalmente llegó y lo saludó. Diego confesó no estar muy bien. Alba se preocupó y quiso saber el motivo. Diego contó que ha llorado todas las noches, sintiéndose vacío luego de presenciar la muerte de su padre, sintiendo que la vida no tenía ningún sentido y pensando en desaparecer de este mundo pronto.

Alba rompió en llanto ante estas declaraciones, sintiéndose horrible y, entre lágrimas, preguntando: “¿Por qué no me dijiste de esto?, ¿por qué no me pediste ayuda?, ¿por qué no confiaste en mí si yo estaba dispuesta a conversar? No me hubiese importado hablar por teléfono a la hora que fuese, yo siempre te pude hacer un espacio para que me contaras tus inquietudes...”. Diego, petrificado, le susurra al oído: “El carro del metro iba muy rápido y no pude detenerlo, lo siento”.

La mamá de Diego, con el alma rota, le dice a Alba: “Ya es momento de bajar el cajón, hay que dejarlo descansar en su sueño eterno, debes dejarlo ir por tu propio bienestar”. Alba, infinitamente triste y con un nudo en la garganta, le responde: “Él siempre supo cómo sobrellevar las situaciones difíciles... él siempre supo cómo estar bien...”.

Hoy recién es lunes

Por: Ignacio Maltrain

Vislumbrar las escaleras y los torniquetes por donde debo entrar en la estación San Joaquín es sinónimo de pereza, pero no de una injustificada, sino de aquella que sabe que se avecina un viaje que no deseo, plagado de los sucesos más santiaguinos que puede haber. Aquí voy, fijar mi mirada en el guardia de la estación es algo rutinario; con expectativa busco algo que sé que no encontraré. Lo noto con una actitud alarmada y vigilante, esperando a aquel sujeto capaz de desafiarlo y evadir el torniquete.

Normalmente sería yo en mi búsqueda de aligerar mi bolsillo; sin embargo, no tengo las energías necesarias para ser aquel, así que pago mi pasaje con mi tarjeta, a lo que él solo responde con una sonrisa fingida, de esas a las que ya me acostumbré. A la vez, emplea una conversación coqueta con su compañera de trabajo; si me preguntan, existe un claro romance entre ellos por la forma fija en que se miraban, frenado quizás por alguna relación o miedo al amor en el ámbito laboral, pero quién soy yo para criticar el amor no correspondido de otros.

Subiendo las escaleras, siento olor a caucho quemado, tan característico de la línea 5. Ya en el vagón, mi pensamiento es automático; es como si todos fuéramos parecidos, y es que algo tenemos en común: todos carecemos de vida, o quizás es este medio de transporte subterráneo quien nos la quita. Aun así, aquí vamos, miles a las cinco de la tarde, buscando ese pragmatismo que la ciudad exige.

Pasando las estaciones, comprendo que encontrar una sonrisa es un trabajo arduo; devolverla aún más, reflejo de una sociedad carente

de ellas. Pero al observar bien, me doy cuenta de que existen aquellos resistentes: niños con sus jugarretas y uno que otro adolescente de uniforme tonteando con sus pares, bajo la mirada flagelante de los adultos, a los cuales pareciera molestarles sus jugarretas, pero que a mí me causan gracia y traen recuerdos de mi época escolar. Solo al pasar los minutos, pienso en la forma en que las demás personas deben verme, cuál será ese "caracho" que los demás ven en mí. Pienso en esos personajes de anime cruzados por rayos y asediados por una nube gris desagradable que lleva consigo una lluvia torrencial, pero cómo no tener estos pensamientos depresivos en este lugar. Y entonces, al cabo de segundos, algo mejora, porque la línea cinco ofrece una postal de otoño única en este transporte llamado metro, aquella que se deja ver luego de Laguna Sur, entregada por una imponente cordillera nevada eclipsada por un cielo en el ocaso, plagado de nubes con las más variadas formas. Es en este trazo donde llevo mis ojos hacia las ventanas y nada más, pero no todo es eterno, y todo lo que sube debe bajar. Solo quedan tres estaciones y mis ansias de bajar aumentan; entonces suena aquella oración diaria indicativa del fin: "Estimados pasajeros, hemos llegado a la estación Metro Plaza de Maipú. Todos deben descender." Qué algarabía mental me causa escuchar eso; es momento de bajarse.

Por alguna razón, aquellos días en que mi paciencia es casi nula debido a mi vida universitaria en conjunto a mi labor como trabajador, están ellos apostados con su parlante a las afueras del metro, gritando sus alabanzas al compás de una música cristiana, tratando quizás de encontrar aquel receptor que quiera entregar su cuerpo y alma a Dios.

Creo que nunca entenderé a los evangélicos, ¿realmente pensarán que esa estrategia servirá? Si yo estuviera allí, la cambiaría. En fin, trato de ignorarlos porque sé que aún debo tomar una micro y mi barriga truena del hambre. Ya en ella, asimilo mi viaje; quizás fue físico, porque me moví más de veinte kilómetros en dos diferentes transportes, o tal vez fue algo más que aquello caracterizado por el análisis a esta ciudad cada vez

más enferma y carente de amor. Si fuera cualquiera de las dos, me sería indiferente, no porque no me afecte sino porque ya en mi casa sé que este viaje lo debo realizar nuevamente el día de mañana, ya que hoy recién estamos a lunes.

La casa atrapada en el tiempo

Por: Emilio González Aravena

Era un hombre de 89 años, había acumulado casi un siglo de experiencias; sin embargo, las vivencias lo habían malogrado. No obstante, era un hombre grande y de un carácter firme que el paso de los años fue ablandando. Pasaba todas las tardes largas horas en la silla de la esquina del comedor, jugando ajedrez y leyendo su libro de inglés hasta que se ponía el sol; al otro día volvía a repetir la rutina de la misma manera, casi como si fuera un bucle. Cabe recalcar que aquella vieja casa en Maipú siempre tuvo esa cualidad tan particular de la que estoy hablando; siempre fue como si estuviera encapsulada en el tiempo, indiferente de los hechos y el paso de los años en el exterior. La vida cotidiana entre esas paredes parecía haber entrado en un lapso repetitivo desde ya hace mucho, aun cuando la alejada comuna de Maipú empezó a urbanizarse de manera tan rápida, cuando todos esos caminos de tierra y campo empezaron a transmutarse en un tipo de selva urbana, la esencia y el aura de ese hogar jamás se vieron perturbados.

En cuanto a la dinámica de la convivencia, tengo primero que contarles un poco sobre mi abuela. A pesar de su edad, ella nunca dejó de ser una persona activa y, por, sobre todo, neurótica; la primera en estar de pie por las mañanas y no paraba de ocuparse hasta que llegaba la hora de ir a la cama. Cuando llovía se ponía realmente mal al no encontrar nada que hacer encerrada en la casa, cosa que terminaba inventando un problema de cualquier cosa para arreglárselas. Por el contrario, mi abuelo era un hombre cansado y de pocas palabras; tenía que ser impulsado para hacer cualquier cosa, y al chocar tanto con el carácter

de mi abuela, terminaba fastidiándose por asuntos mínimos.

Por otra parte, vivían también dos mascotas. La primera en llegar de estas fue una raza Golden retriever que trajo mi tío, pero del que, sin embargo, apenas tengo recuerdos del momento en que llegó. Lo que sí puedo decir con certeza es que ya llegó siendo un perro enorme y, en un principio, bastante juguetón, pero que el tiempo en esa casa eterna no tardó en adaptarlo a un gigantón peludo que pasaba acostado. Su nombre era Inti y desde que tengo memoria habitaba la casa, siendo el perro regalón de mi abuelo. El otro era un Yorkshire llamado Tobi que trajo mi prima años después; este perro era hiperkinético y no podía quedarse quieto en ningún momento. Desde ese momento, la práctica familiar del día a día quedó sentenciada para siempre; el perro chico fue inmediatamente un incentivo para el otro grandulón. Mientras este último pasaba echado en el sofá, el otro no tardaba en venir a juguetear con él; otras veces el grande se fastidiaba y terminaban peleando, pero no se separaban nunca; fueron como el pan y la mantequilla. Por otra parte, el dinamismo entre mis abuelos no era muy distinto: tomaban desayuno juntos en la mañana e inmediatamente empezaban a preocuparse del almuerzo. Mi abuela mandaba a mi abuelo a preparar la ensalada, y en esta parte del día, por lo usual, se generaba alguna discusión por cualquier cosa. Después del almuerzo tomaban la siesta, y al despertar, mi abuelo se dedicaba al ajedrez y al estudio del inglés, que, a pesar de todo, terminaba repasando las mismas palabras del día anterior. Su gran interés por el inglés nunca dio muchos resultados; sin embargo, él siempre se caracterizó por tener ese ímpetu de mantener la mente trabajando. Cuando llegaba la hora de la cena, se volvía a producir algún tipo de discusión, por lo general porque mi abuelo siempre quería repetirse el plato y mi abuela no lo dejaba debido a su obesidad, y así lo terminaba por regañar. A mí esto siempre me dio lástima, ya que siempre he pensado que comer es de los mejores placeres de la vida que aún se pueden seguir disfrutando de igual manera a esa edad; es por eso que hubo ocasiones especiales en donde le compartía de mi plato o

comíamos porquería escondidos de mi abuela. Al oscurecer, antes de acostarse, mi abuela mandaba al hombre a hacer fuego para la noche, lo cual mi abuelo hacía fastidiado para luego ver la televisión como su método de entretención ortodoxo y dormirse, así al otro día volver a replicar la rutina de manera exacta.

A pesar de la peculiaridad de esa casa, que parecía un templo del tiempo, fui testigo con mis propios ojos de que nada ni nadie está a salvo del orden universal y el ciclo de la vida. Los problemas que alguna vez parecieron cotidianos y mínimos de pronto empezaron a contornearse; las enfermedades y la soledad han sido siempre los males que corrompen a las personas como nosotros, así mismo como dicen el tiempo que no perdona a nadie, ni siquiera a esa pareja eterna en aquel hogar con complejo de santuario. Nunca nadie pensó que aquella casa se apagaría un día, que el ciclo interminable de las discusiones y la rutina se acabaría, y que lo que fue un hogar por el que pasaron generaciones de la familia pasaría a ser un museo de un aura mística que todavía se siente en el aire, porque los que conocimos la casa atrapada en el tiempo todavía podemos ver a ese hombre jugando ajedrez en la mesa del comedor y a esa tierna señora paseándose de un lado para otro puliendo detalles.

La geometría no euclidiana del amor

Por: Eira

1. Por dos puntos distintos pasa una recta
Sólo algunos rayos de sol atravesaron esa mañana cualquiera los ventanales del gran salón. En ese punto de inflexión estaba la que sería yo, pero en otro punto distinto y distante veinte años atrás o más comenzaba esta historia, aunque aún no aparecía claramente la línea recta que uniría estos dos puntos de mi vida.

0. Un segmento rectilíneo puede prolongarse continuamente en una recta
La enfermera con mención en herbolaria, la Sra. Cardelina Flores, extendió su mano transparente para darme la medicación de la mañana. –Lúcida Tres Pasos, ingiera estas piezas de museo, ya es su hora de volver al present time –. Mientras en el piano del ausente, sonaba Chopin Nocturno No 9 in B Major Op. 32 No 1, mi mente me vaciaba dentro de un prisma amniótico. Iba viajando en caída libre, montada en segmento rectilíneo, arrastrado por un dromedario que se prolongaba continuamente como una recta. Luego hablé algunas incoherencias sobre el gramófono que iluminaba todos los espejos del salón y de pronto me vi sentada a la edad de diez años, en la primera fila de la clase de geometría de la escuela pública, en el pupitre de madera esperando con mi corazón florido a mi amor platónico, mi querido compañero Edipino Angelis. Al bajar la mirada al piso, perdí el equilibrio y me golpeé la cabeza en un libro de tapas duras y gruesas, que resultó ser la biografía de Euclides; según me contaron después mis compañeros de clase. Más tarde, Epifionte Salas gran médico y ventrílocuo de la logia, me diagnosticó una enfermedad inusual. Un síndrome euclidiano compulsivo, que contaba con una prevalencia de una niña de un total de diez en todo el planeta.

Dicho de otra forma, apareció a la luz la raíz del segmento rectilíneo que se prolongaría continuamente en la recta de mi vida. Mi mamá no entendió bien el diagnóstico y de eso ya han pasado veinte años y algunas asimetrías ya se han manifestado, desde entonces

0. Hay una única circunferencia para cada centro y diámetro
En el centro de mi corazón, estaba el amor de Edipino Angelis, ya sea que me encontrara viajando alrededor de Alejandría, Beijing o Shanghái. Era el mismo amor en un plan de vuelo distinto y tal vez él siempre supo que lo había amado, pero no sé si el que sería amado, me aceptaría con este síndrome euclidiano. La mujer geométrica que fui, soy y seré, disponía de un eco de reverberaciones con el amor que fue, es y será sólo de Edipino Angelis. Cada circunferencia tiene en el centro de su corazón un radio de acción equivalente a la luz que irradia otro corazón, en un diámetro luminoso eterno. —¿Qué será de Edipino Angelis, aún tendrá sus alas intactas para volar? —.

0. Todos los ángulos rectos son iguales entre sí
Euclides caminaba con su pie izquierdo dando un salto al vacío y luego sumaba uno cuando saltaba con su pie derecho. Así iba añadiendo vigas bien cepilladas a sus polítopos. "¿Quién puede tratarme de mentirosa aquí?" El que esté libre de pecado que lance su primer hiperplano. Yo sé que cada cual tiene sus propios ángulos rectos iguales entre sí, aunque los hay especialmente construidos en Egipto, con bronces incrustados en piedras preciosas, alegres y distantes, con la mirada perdida en el pasado, como ángulos rectos de Sumeria y Atenas.

La mujer geométrica que sería tiempo después viajaba en el aerostato de otros tiempos. Cada cual lleva un ángulo recto bajo el brazo; lucen sanos, relucientes, vibrando sus catetos al viento. La hipotenusa de estos tiempos viaja de la mano con ellos, arrullándolos con cantos de madres ausentes, que los arropan en sus andamiajes majestuosos.

La Sra. Cardelina Flores extendió su mano transparente para darme la medicación del mediodía. "Lúcida Tres Pasos, ingiera estos diminutos ángulos rectos luminosos que el Sr. Euclides le ha medicado. Ya es su hora de volver al present time." Mientras tanto, en el piano del ausente, sonaba otra vez Chopin Nocturno No 9 in B Major Op. 32 No 1.

0. Dos líneas rectas que no son paralelas
"¿Qué hago aquí?", me repetía una y otra vez. De pronto, Mr. Park me dirige la palabra y me dice: "¡Lúcida Tres Pasos, despierte! Es su turno de exponer." "Lo siento, Sr. Juez, debo decir que la mujer geométrica que llegué a ser en esta historia se debió en parte al mal diagnóstico del Sr. Epifionte Salas, un falso médico y ventrílocuo de la logia."

La verdad es que el horizonte de comprensión de mi vida va mucho más allá de la geometría; me refiero incluso más allá de la geometría no euclidiana. Yo amaba locamente a Edipino Angelis, en todas las dimensiones posibles, y eso me hacía sentir más feliz que nunca.

Mr. Park me sonrió, me dio unas palmaditas en la espalda y se marchó volando con sus nuevos polítopos, mientras Edipino Angelis lanzaba dos flechas rectas definitivas y no paralelas en mi corazón, el que llegaría a ser su propio corazón.

La liberación de Mateo: Un viaje desde la pantalla encantada hacia la realidad

Por: JuanitaZ

En un pequeño pueblo rodeado de colinas verdes y bosques frondosos, vivía un niño llamado Mateo. Curioso y lleno de energía, solía explorar el mundo que lo rodeaba, pero algo había cambiado recientemente. En lugar de jugar con sus amigos, pasaba horas absorto frente a una pantalla brillante.

El cambio comenzó cuando sus padres le regalaron un teléfono inteligente. Al principio, Mateo estaba emocionado, pero pronto el teléfono se convirtió en algo más que un simple regalo; se convirtió en una obsesión.

Desde el despertar hasta la hora de dormir, Mateo estaba pegado a su teléfono. Ya no prestaba atención en clase, sus notas bajaron y sus amigos se alejaron. Su mundo se redujo a la pantalla, perdiendo interés en todo lo demás.

Un día, mientras estaba absorto en su teléfono, escuchó un susurro suave que parecía provenir del dispositivo. “Mateo”, susurraba una voz misteriosa, “ven más cerca, déjame mostrarte cosas maravillosas”. Intrigado, Mateo escuchó atentamente.

La voz prometía aventuras emocionantes y experiencias increíbles dentro del mundo digital. Sin pensarlo, Mateo se dejó llevar por la promesa de escapar de la realidad y se sumergió aún más en la pantalla.

Lo que Mateo no sabía era que la voz era una ilusión creada por su adicción al teléfono. Con cada minuto frente a la pantalla, su mente se volvía más vulnerable a las influencias negativas del mundo digital.

Mientras tanto, en el pueblo, los padres de Mateo observaban con preocupación cómo su hijo se alejaba de la realidad. Intentaron hablar con él, pero Mateo estaba tan absorto en su mundo virtual que apenas prestaba atención.

Una tarde, Mateo decidió desconectar el teléfono y salir de su habitación. Al mirar por la ventana, se dio cuenta de que se había perdido otro día aferrado a una pantalla. Una sensación de vacío lo invadió, pero la voz misteriosa volvió a susurrar, atrayéndolo de vuelta.

Y así, en la oscuridad de la noche, Mateo se sumergió una vez más en la pantalla encantada, sin darse cuenta de que estaba perdiendo su conexión con el mundo real.

Mateo comenzó a notar cambios en su vida. Solía disfrutar de largos paseos por el bosque, pero ahora apenas salía. Las risas con sus amigos habían sido reemplazadas por notificaciones en su teléfono. Incluso su rendimiento en la escuela había disminuido.

Los padres de Mateo estaban preocupados. Intentaron hablar con él, pero apenas levantaba la mirada de su teléfono.

En su habitación, Mateo se sentía seguro. La pantalla se convirtió en su refugio, un lugar donde podía escapar de las presiones del mundo real. Pero cuanto más tiempo pasaba frente a la pantalla, más se alejaba de su verdadero yo.

Una noche, mientras navegaba por internet, Mateo notó algo extraño. Una sombra se movía en la pantalla. Al principio, pensó que era su imaginación, pero la sombra parecía cobrar vida, retorciéndose y contorsionándose.

Intrigado y asustado, Mateo se acercó más a la pantalla. Entonces, la

sombra se materializó en su habitación, adoptando la forma de una figura oscura.

“¿Quién eres?”, preguntó Mateo.

“Soy el Guardián de la Pantalla Encantada”, dijo la figura. “He estado observándote, Mateo. Has caído en la trampa del mundo digital”.
El Guardián ofreció una salida. “Deja atrás esta pantalla encantada y redescubre el mundo real”, dijo.

Mateo tomó la mano del Guardián y juntos cruzaron el umbral de la habitación, dejando atrás la pantalla brillante.

A medida que salían al mundo exterior, Mateo sintió una oleada de emoción y liberación. Podía ver claramente el verdadero mundo que lo rodeaba, listo para explorar con ojos renovados y un corazón lleno de esperanza.

La memoria del bosque

Por: : Iván

Había una vez, en un rincón remoto del mundo, un bosque antiguo conocido como *Eldoria*. Este bosque era diferente a cualquier otro; los árboles no solo vivían y respiraban, sino que también recordaban. Se decía que cada uno de ellos contenía los recuerdos y emociones de todos los seres que alguna vez los habían tocado.

En el centro de *Eldoria* se encontraba un roble majestuoso, conocido como el Guardián, que tenía más de mil años. Sus ramas se extendían hacia el cielo como brazos alzados hacia las estrellas. Los aldeanos de la región solían acercarse a este árbol no solo para admirar su grandeza, sino también para hallar consuelo en sus recuerdos.

Un día, una joven llamada Aelina llegó al bosque. Ella era diferente: tenía el don de comunicarse con los árboles y escuchar sus susurros. Había oído historias sobre *Eldoria* y su Guardián, y decidió emprender un viaje para encontrarlos. Cargaba con ella un corazón lleno de preguntas y una mente en busca de paz.

Aelina se acercó al Guardián y, con una mezcla de reverencia y esperanza, tocó su corteza rugosa. Cerró los ojos y dejó que los recuerdos la envolvieran. Sintió la tristeza de un anciano que había perdido a su esposa, la alegría de un niño que había descubierto el amor por primera vez y la calma de una madre que había encontrado paz en medio del caos.

Pero, entre todos esos recuerdos, uno se destacó: la historia de una niña llamada Elara.

El Guardián le comentó a Aelina que estaba esperando a su madre, quien se había perdido y necesitaba su ayuda para cumplir su promesa.

Elara había vivido hacía muchos años en una pequeña aldea cercana. Sus padres la habían perdido en el bosque cuando era pequeña, y nunca la encontraron. Su historia se convirtió en una triste leyenda, un recuerdo que permanecía en el corazón del Guardián.

Aelina decidió indagar más sobre Elara. Comenzó a explorar el bosque, guiada por los susurros de los árboles. Descubrió un claro escondido, un lugar donde la naturaleza había florecido con una belleza inusual. En el centro del claro, encontró una piedra con inscripciones antiguas. Aelina se arrodilló y leyó las palabras talladas en la piedra: "Aquí yace Elara, la niña del bosque, que encontró su hogar eterno entre los árboles".

Aelina sintió una conexión profunda con Elara. Comprendió que la niña no había estado perdida; había encontrado su lugar en *Eldoria*, viviendo en armonía con la naturaleza hasta el final de sus días. Con esta revelación, Aelina decidió que debía honrar la memoria de Elara y de todos aquellos que habían encontrado paz en el bosque.

Regresó al Guardián y, con una voz llena de emoción, prometió cuidar de *Eldoria* y sus recuerdos. Sintió una calidez que la envolvía, como si el propio bosque la aceptara como su protectora. Los árboles susurraron su gratitud, y Aelina supo que había encontrado su propósito.

Desde aquel día, Aelina vivió en *Eldoria*, compartiendo su don con otros, guiándolos a través del bosque y ayudándolos a encontrar consuelo en sus recuerdos. La memoria de Elara y de todos los que alguna vez tocaron el corazón del bosque se mantuvo viva, no solo en los árboles, sino también en las historias que Aelina contaba.

Eldoria floreció bajo el cuidado de Aelina, convirtiéndose en un santuario

para todos los que buscaban paz y consuelo. El Guardián continuaba observando, con sus ramas estiradas hacia el cielo, sabiendo que su legado estaba en buenas manos. Fue entonces cuando, habiendo cumplido su promesa, el Guardián llamó a Aelina y, al tocarla, le entregó todo de sí: sus recuerdos, sus experiencias, su vida.

Aelina se había convertido en la nueva Guardiana, demostrando así que era digna. De esta manera, el antiguo Guardián pudo descansar y unirse a *Eldoria*.

Y así, en el rincón remoto del mundo, *Eldoria* y su Guardián permanecieron, como un recordatorio de la fuerza de los recuerdos y del poder del amor y la compasión para sanar incluso las heridas más profundas.

La tos

Por: R. Guevara

Por su expresión, adiviné que quería decir algo y, creo también, lo que iba a decir. Cof, cof, cof.

— ¿Estás bien? — me pregunta.
— Sí — respondo. Porque era verdad; no sentía malestar alguno, me sentía bien. El clima está bien, la familia está bien, el trabajo está bien. ¿Era eso? En el camino hacia su casa, nadie dijo nada, y luego, un adiós.

Esa misma noche, mientras repasaba lo que había ocurrido en la mañana, me llega un mensaje de la tía diciendo que algo malo pasó, que tengo que hablar con el viejo, y otra vez: cof, cof, cof. ¿Qué le iba a decir? No quería pensar. ¿Era igual al primero? Sí, el mismo patrón, tres cofs, y la misma intensidad. Y si hubiera vuelto de inmediato, una segunda vez, me habría sido más fácil pensar que era una alergia o algo. Tal vez había algo mal con mi garganta. "Qué estupidez", pensé. ¿No tenía mejores cosas que hacer? Pero ya era muy tarde y me sentía cansado; lo mejor era dormir. Mañana no se arreglarían las cosas, pero, por lo menos, no pensaría en ello hasta despertar.

Le dije a Catalina que quería juntarme con ella. Estábamos sentados frente a frente, otra vez. Me sentía un poco incómodo porque íbamos agotando los temas de conversación, sabiendo que pronto tendríamos que hablar de "eso". Y otra vez, cof, cof, cof.

— ¿Estás bien? — pregunta.
— Sí, no es nada, solo tos — respondo.
— ¿Qué tos? — me dice.
No recuerdo nada más que su cara de molestia; tal vez pensó que yo no

quería tocar el tema. Pero eso no era cierto, solo que no podía dejar de pensar en esa tos, en ese patrón, en esa sensación.

El médico dijo que no era probable, pero que, para estar seguros, si así yo lo quería, me haría una orden para unos exámenes que me despejarían todas las dudas. Y me despidió con esa sonrisita fingida de siempre.

Una vez leí que entre el primer síntoma y el segundo podía pasar un período de hasta dos años. Primero era una tos, luego una molestia en la garganta y luego, tan solo unos meses después, la muerte. Pero "No es muy probable" significa lo mismo que "Existe una pequeña probabilidad".

Mientras miraba la orden sobre la mesa, sin hacer nada más, me acordé de un sueño que tuve: me encontraba en el funeral de alguien, a unos pasos del ataúd. A través de la tapa de cristal, el muerto me veía. Se reía de mí. Me enojé y le dije que su Dios era mentira, que al morir no iría a ninguna parte, que se acabó para él. Y su sonrisa se invirtió; sentí lástima.

"Lo siento", alcancé a decir antes de despertar. Creo que ahora siento envidia. Él no se estaba burlando de mí, simplemente se estaba muriendo feliz. Cuando uno tira una moneda, mientras está en el aire, no es nada.

Solo en el momento en el que cae y se detiene, es algo: cara o cruz. Yo no quería aterrizar, no todavía; quería seguir en el aire, solo un poco más.

La enfermera me preguntó a qué me dedicaba.

— Trabajo en un banco — le respondo. Bueno, trabajaba. Tenía cosas que hacer, llamar al viejo, arreglar las cosas con Catalina.

— Bien, los resultados estarán a más tardar mañana — me dice.

Era como esperar la horca. En el peor de los casos moriría. Todos morían,

pero yo iba a morir antes. ¿Viví bien? No lo sé. Tenía cosas que hacer.

Pobre viejo, tenía que llamarlo y decirle lo que había pasado. Espérame hasta mañana, hasta que todo esto haya terminado.
No dejaba de transpirar. Con cada paso que daba, mis piernas perdían sus fuerzas, cedían más. El rostro me ardía cada vez más y más. Pensé incluso en regresarme; podría vivir unos dos años más tranquilo, no necesitaba saber nada.

— ¿Voy a morir, Dios?
— Necesito su carnet... Sí, sus resultados están listos... Sí, aquí tiene. Que tenga una buena tarde.

Podría no abrir ese sobre, arrugarlo, destrozarlo con mis manos, seguir en el aire. ¿Cómo era posible que un simple papel fuese a marcar un antes y después en mi vida? Tenía que hablar con el viejo, con Catalina. Mientras pasaba mis dedos por la solapa de la carta, todo parecía tan lento, y en esa lentitud, todo parecía tener sentido.

"Yo moriré, como todos los hombres", pensé, y ese pensamiento de comunión y fraternidad universal me reconfortaba mientras sacaba los resultados. Pero todavía no estaba listo para morir... Negativo. ¿Y alguien no podría acompañarme? Negativo. Negativo decía.

Y tal vez sí podría casarme, ¿iba a vivir? Y tal vez sí podría disfrutar de esta vida como todos los demás hombres, ¿la vida tenía sentido? Sí.

Ahora me doy cuenta: el mundo siempre ha sido bello. Y tenía que hablar con el viejo, con Catalina. Simplemente existir me era grato. Tenía que preguntarle cómo se sentía sobre la muerte de mamá; tenía que convencerla de que se quedara y no me dejara.

Y otra vez esa maldita tos.

Los ecos del pasado en la casa central

Por: Gabriel Diego Celis Aldea

Habían pasado catorce años desde aquel primer día en que cruzó las puertas de la Universidad Técnica Federico Santa María, en la Casa Central de Valparaíso. Ahora, de pie frente a la majestuosa fachada, Martín sentía cómo la nostalgia le invadía el pecho. Recordaba con precisión los nervios y la emoción de aquel joven oriundo de Santiago, listo para enfrentar la rigurosidad académica que, sabía, forjaría su carácter.

Desde el primer momento, la universidad se convirtió en un campo de batalla emocional. La dureza de las clases y la exigencia de los profesores eran, a menudo, un motivo de queja entre los estudiantes. "La amada y odiada" era una frase común en los pasillos. Pero había algo en esa exigencia que también despertaba en Martín una profunda admiración.

Sabía que cada reto, cada examen imposible, cada noche sin dormir lo acercaba un poco más a sus sueños.

Las jornadas de estudio interminables se alternaban con momentos de libertad en la cancha de fútbol. Allí, con el sudor corriendo por su frente y el sonido del balón rebotando en el cemento, Martín encontraba un respiro. El deporte no solo era una válvula de escape, sino también una fuente de lazos indestructibles. Los amigos que hizo en esos partidos se convirtieron en hermanos de vida, unidos por algo más que la simple afinidad académica. Eran camaradas en una travesía épica, compartiendo victorias y derrotas, tanto en el campo como en las aulas.

Entre risas y cervezas en los bares cercanos, Martín forjó amistades que trascendieron el tiempo y la distancia. En esos años, también experimentó

los primeros amores. Recuerda a Paula, una estudiante de ingeniería civil que conoció en los patios de la universidad. Su relación fue un remanso de paz en medio del caos académico. Juntos, exploraron los rincones de Valparaíso, desde los cerros hasta las playas, descubriendo la belleza oculta de la ciudad. Pero, como muchas historias universitarias, la suya fue efímera. A pesar de la ruptura, Paula dejó en Martín una huella imborrable, enseñándole sobre el amor, la pérdida y el crecimiento personal.

A medida que los años avanzaban, la intensidad de los estudios no disminuía, pero Martín descubrió una pasión inesperada por la investigación. La universidad, con todos sus desafíos, también era un lugar de oportunidades para el despertar intelectual. Guiado por profesores que no solo enseñaban, sino que inspiraban, Martín se sumergió en proyectos que avivaron su curiosidad y le dieron un propósito claro. Así, se preparó para el mundo laboral que le esperaba. El primer trabajo llegó poco después de graduarse. Los conocimientos y habilidades adquiridos en la universidad le abrieron puertas, pero más importante aún, le dieron la confianza para enfrentarse a nuevos retos. En cada proyecto, en cada logro, Martín reconocía la influencia de aquellos años en la Casa Central.

Ahora, catorce años después, Martín se encontraba nuevamente allí, contemplando el edificio que había sido testigo de su transformación.

Los sentimientos eran mixtos: una mezcla de amor y odio, de agradecimiento y resentimiento. Sin embargo, sabía que todo lo que había vivido en esos años formaba parte esencial de quien era hoy. Con una sonrisa melancólica, dejó atrás la nostalgia y avanzó, sabiendo que los ecos del pasado siempre resonarían en su corazón, guiándolo en su camino futuro.

Máscaras

Por: : Gabriela Roa Sepúlveda

Mirarse en el espejo y ver un desconocido en lugar de su propio reflejo era el pan de cada día de Miguel.

Miguel tenía un armario de roble, antiguo y majestuoso. Dentro del armario, el joven guardaba diversas máscaras. Tenía de todo tipo, felices, molestas, oscuras, pálidas, con rasgos finos, con rasgos duros. Lo cierto era que Miguel era un transformista. Él amaba cambiar de rostro.

Todos los días seleccionaba una máscara colgada en el armario. Las máscaras eran de piel humana y eran tan realistas que, al ponérselas, se veía como si aquella cubierta fuese su verdadero rostro. Una colección única y cara, de las mejores y más raras máscaras humanas de la mejor calidad, de la mejor marca patentada existente.

Miguel no solo tenía de diferentes rasgos y razas, sino que de expresiones y de estilos. Una máscara de niño rico, otra de ecologista, una última de gótico; todas con sus características únicas, algunas incluso con maquillaje o accesorios faciales. Tenía una máscara para cada ocasión, y para cada persona con la que se pudiera llegar a ver o relacionar. Lo cierto era que Miguel deseaba siempre encajar, por lo cual era meticuloso al momento de elegir una máscara. Tardaba aproximadamente una hora en tomar una decisión, pero siempre era la correcta. Miguel no cometía errores.

Sin embargo, la gente que lo conocía siempre estaba curiosa. Nunca habían visto el verdadero rostro del joven. Quizá de niño, pero apenas cumplió los 13 años compró su primera máscara. Cuánto aprecio le tenía.

Era de guapo y popular. Gracias a esa máscara tuvo su primera novia; con esa máscara hizo a sus amigos de la adolescencia.
Miguel era muy popular, todos lo conocían por sus espléndidas máscaras. Todos lo querían. Siempre sabía qué máscara usar para agradar, por lo que realmente nadie tenía nunca problemas con él. Incluso usaba máscaras para hablar por teléfono o mensaje. Gracias a este cuidado, Miguel era un hombre querido. Apreciado.
Sin embargo, esa mañana, cuando abrió el armario, se encontró con la sorpresa de que sus máscaras habían sido estropeadas por la humedad de este.

Desesperado, se tomó el pelo. Esto no podía estar pasándole a él. No cuando tenía una reunión tan importante en el trabajo como ese día. ¿Qué había hecho él para merecer tal desgracia? ¿Cómo iba a tener éxito en esa reunión si no usaba su máscara de trabajador proactivo y agradable con sus compañeros?

Intentó llamar a su proveedor de máscaras, un empresario respetado y exitoso, pero no podía entregarle una hasta dos días más debido a que no habían recibido suficientes cadáveres de la morgue como para trabajar. Tendría que aguantar todo ese tiempo con su rostro verdadero. ¿Qué iba a pensar el resto si lo mostraba? Perdería todo su estatus, toda su popularidad, toda su reputación que tanto le había costado obtener. No.... de seguro solo vivía una pesadilla. Una tormentosa, larga, realista y cruda.

Sin embargo, lastimosamente aquella era su realidad. No tenía otra opción más que presentarse al trabajo usando su rostro... su máscara de Miguel.

Sinceramente, a él no le gustaba esa máscara, la única que había creado él. Era de inseguridad, de rechazos, de fracasado. No podía usarla... no para la reunión.

En su desesperación llamó a un amigo, también coleccionista de máscaras, preguntándole si tenía alguna para prestarle, sin embargo, ese día su amigo usaba la máscara del hombre exitoso, por lo que siquiera respondió su llamada, pensando que estaba demasiado ocupado para ello. Miguel se quedaba sin opciones, no podía dejar que nadie lo viese así, pero tampoco podía faltar. Eso sería mucho peor.
Pronto se dio cuenta que se le hacía tarde. No había otra opción. Tendría que usar su máscara de Miguel.

Temeroso, salió de su casa, mirando a ambos lados, esperando no encontrarse a algún conocido. Subió a su auto rápidamente y encendió el motor. Sus manos temblaban y juró que era un milagro no haber tenido un accidente de tránsito. ¿Debería usar lentes? Dicen que eso hace tener aspecto de intelectual. ¿O mejor los lentes oscuros? Así se vería más apuesto. Esperaba.

Antes de notarlo ya había estacionado su auto y caminaba hacia el ascensor. Tenía el deseo de cubrirse el rostro con las manos, pero sabía que eso sería peor. Se sentía desnudo, expuesto. La sensación era horrorosa, sin embargo, sabía que no quedaba nada más que hacer. Debía asistir a esa reunión le gustase o no.

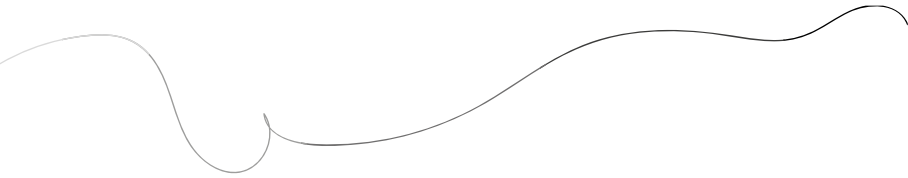
Apenas las puertas se abrieron, sus compañeros lo miraron con extrañeza. Nadie sabía quién era, hasta que saludó y reconocieron su voz. Todos pensaron que era una nueva máscara y Miguel decidió seguir el juego. Probablemente eso funcionaría.

El día prosiguió con normalidad, pero pronto se dio cuenta como todos lo trataban diferente, como lo miraban extraño cuando comentaba algo, como parecían juzgarlo. Cada vez se sentía más desnudo, más expuesto. La reunión fue un fracaso, su mismo jefe lo consideró extraño. Parecía que a nadie en su oficina le gustó la máscara de Miguel. Y la cereza del pastel fue cuando uno de sus compañeros le comentó: “No me agrada esta

máscara que traes puesta, no deberías volver a usarla." No tardó en comprender que él no era el único que pensaba así.

Cuando volvió a su casa, sus amigos lo habían ido a ver. Ocurrió lo mismo. Exactamente lo mismo. Y al día siguiente también. Miguel ya estaba desesperado. A nadie le gustaba su verdadero ser. Necesitaba sus máscaras con urgencia, o toda su vida se iba a desmoronar.

Desde ese día, apenas pudo reponer sus preciosas máscaras, Miguel no volvió a mostrarse sin ellas. Comprendió así, que la sociedad prefiere las máscaras humanas antes que los rostros reales.



Metro

Por: C.A.

A veces pienso de camino a la U. Estoy en el metro, parado y un poco angustiado. Siento manos tocándome el cuerpo, olores que inundan mi cabeza y pensamientos intrusivos que no me dejan. No sé qué hago aquí; quiero salir del vagón. ¿Y si salgo por la ventana? El metro avanza, escucho música y miro por la ventana. Me siento tonto por pensarlo.

Todavía miro la ventana, trato de encontrarme en el reflejo, pero miro más allá. Veo a las personas, están igual que yo, tratando de no tocarse, pero aun así lo hacen. Está lleno. Miro el reflejo y diviso a la señora que está sentada, cabeza gacha, cara triste. No entiendo qué nos pasa.

Estoy aburrido; miro el freno de emergencia. Qué suerte estar en medio del vagón... Cierro los ojos y pienso en el liceo. Creo que aún no asumo mi crecimiento; aún no quiero hacerlo, tengo miedo. Pienso en la U, en que las horas pasan y no entiendo. Todo era más fácil en cuarto medio.

Abro los ojos, miro el letrero de la estación: "Baquedano". Aún me queda parte del camino. Sigo escuchando música, pienso, recuerdo momentos con mis amigos, me siento como un niño. Quiero escapar y sentirme libre, pero estoy en una burbuja. Quiero bajar, quiero salir. Soy prisionero de mí mismo, y la voz en mi cabeza me atormenta.

Vuelvo, me concentro. El sábado hay certamen de física, y la semana pasada le hablé a ella. Me sentí tonto y lento; el café no fue el momento. Ni siquiera sabía quién era; al menos ahora sabe mi nombre y yo que a ella le gusta el moca demasiado dulce. ¿Por qué tan dulce? A veces pienso... No entiendo qué estoy haciendo, no sé por qué lo hago, pero lo hago.

¿En dónde estoy? No sé, no me importa. Recuerdo la pelea con mi abuela;

me hace sentir triste, pero aprendo. Me gusta aprender, saber, conocer. Quiero saber quién soy, definirme, pero no me gusta. Son muy amplias las ideas y muy solitario el pensamiento. Creo que me estoy perdiendo. Estoy en Rodrigo de Araya. Queda poco y cada vez siento más ansiedad y presión en mi cabeza; siento cómo zumba todo y la gente me mira. El ruido del vagón y la música me aturden. No para. Quiero escapar, voy a explotar. Me pregunto: ¿Qué hago? No sé; pienso nuevamente y me pierdo.

Carlos Valdovinos. La presión baja, mi mente se abre y pienso, recuerdo dónde estoy. No sé cómo me siento; miro por la ventana. Estoy tratando de escapar, pero no me hallo. Las miradas de las personas son muy invasivas. Creo que es mi cabeza, nuevamente. La voz del metro anuncia Camino Agrícola.

A veces me siento triste por ser yo y me gustaría escapar de mí, pero no me da el cuero. Llegué. Salgo del vagón, miro un punto fijo en el aire, espero. El tren se va; miro su recorrido, mi mente habla. No sé por qué me siento así, si solo soy uno entre tantos.

Números naturales en una pradera

Por: 12345a.

Tengo una admirable fascinación con contar. Con contar, bajo la mirada de los números naturales, objetos, eventos y sucesos. Las líneas pisadas caminando por la vereda de asfalto, los minutos antes de que termine de hornearse la carne, las veces que he hablado con alguien o los pétalos que hay en el gran lirio blanco que crece a la vuelta de mi hogar. Contar es simple y entretenido. Lo que más me seduce de este pasatiempo es la certeza que me trae. Si cuento, digamos, los números desde el 11 al 35, tengo la convicción de que habré nombrado una exactitud de 25 números (Realmente, uno pensaría que serían 24 números dado el resultado de su resta, pero por azar del entendimiento humano hemos decidido que al contar siempre existirá un invitado extra ¡Curioso!). Tal certeza me entregaba una comodidad que siempre buscaba sin éxito en otras situaciones de mi vida, en las cuales reinaba la aleatoriedad y lo inesperado.

Así, viví con nada, sino la honestidad del contar durante los siguientes años de mi vida, los años siguientes que siguieron y los años que siguieron a aquellos. Del 1 al 2, del 2 al 3 y del 3 al...

Antes de continuar citando la infinita recta numérica, mi mente volvió a concentrarse en la realidad presentada en frente mío. Me encontraba en una pradera, con un suave y verde pasto que recorría el horizonte como una alfombra. 9 árboles se erguían en contra del cielo a la distancia, y 7 arbustos decoraban mi vista. Escuche el silbido de un pájaro 3 veces, quizás el de un chorlitejo blanco, con una voz tan ligera y agradable que una calidez doméstica se plantó en mi pecho. Respire el fresco aire profundamente 1,5 veces (la última exhalación fue un tanto débil, así que

decidí no contarla). Con mi mano izquierda y 4 dedos extendidos me cubrí la vista del sol y percaté a lo lejos una mancha descansando sobre la llanura, como el protagonista enfocado bajo la luz de una tragedia teatral.

46, 47, 48 y 49 pasos necesité para alcanzar el bulto que se encontraba sobre la verdosa hierba. Me agaché 1 vez y solté 2 suspiros. Con una pierna flexionada hacia la izquierda, el torso relajado y los brazos a los costados yacía una persona muerta boca arriba. A pesar de estar ya hace mucho inconsciente, su expresión facial dibujaba en el ambiente una situación de enigma y la promesa de algo más. A pesar de la familiaridad que me provocaba su mueca, no lograba reconocer la identidad del cadáver. Su ropa era ajena a mí, sus ojos desconocidos, y un pelo que asemejaba algas que crecen en el fondo de un pacífico lago. Con un suave movimiento, hundí 1 codo en el suelo, estire mis 2 piernas y me acomode 6 veces hasta quedar acostada boca arriba al lado de mi nueva compañía. Estiré los 2 brazos en 4 segundos y me regocijé en este pequeño descanso. Sinceramente, estaba cansada. Cansada de una infinidad de cosas, cosas que incluso si tuviera esta vida y todas mis reencarnaciones futuras, simplemente no tendría el tiempo suficiente para numerar.

Me parecía adecuado que permitiera que mi mente divagara una vez más en recuerdos ya pasados, recuerdos que se colaban en mi cerebro como pequeños ratones en busca de comida. Mis pies se mecían, salpicando el agua de la piscina, mientras me sentaba al borde del incómodo cemento. Una piscina aislada, perfecta para remojar los pies y nada más. Era un tanto profunda al interior, así que prefería no nadar y disfrutar el olor a agua clorada que se colaba por mi nariz. Recuerdo escuchar una seguidilla de pasos, y con un movimiento imperceptible una mujer se sentó a mi lado con cuidado. Inmediatamente, me fijé en sus facciones. Una cara ligera y fresca, los ojos medianamente cerrados con una sonrisa leve que dejaba en vista las hermosas paletas de sus

dientes. La mujer me miro los ojos, con una familiaridad inexplicable, y me susurro con una modulación perfecta. “Cuenta lentamente”, sus labios marcaban.

Sin aviso alguno, salto con una postura perfecta, piernas y brazos estirados. Como un pez dejando ver sus aletas, se dedicó a nadar alrededor de la piscina. Ante tal escena, me encontré en un trance donde lo único que mis ojos consumían era el agua que se abría paso a su cuerpo y las pequeñas gotas que salpicaban mi cara cuando se acercaba al borde donde yo me encontraba. Tal trance continuo hasta que ella nado hacia la parte más profunda de la piscina. La mujer me miro a los ojos con una expresión inalcanzable y se hundió rápidamente, hasta que las yemas de sus dedos desaparecieron por el horizonte. Espere. Espere. Espere. Espere un tiempo imposible de cuantificar. Una duración tan abstracta que si me hubiesen preguntado si fue un segundo o una vida entera no podría responder. Espere aún más. Hasta que me acordé lo que me dijo la mujer hace ya mucho tiempo. “Cuenta lentamente”, pronuncio. Y eso fue lo que hice. Conté partiendo del inicio del todo. Del 1 primitivo, al 2 amable, al 3 trivial y hasta el fondo de este recuerdo.

No logro rescatar como termino esta historia, ni hasta cuanto conté tal día, o si siquiera termine de hacerlo; sin embargo, sabía que una promesa se había forjado en el momento en que la mujer alcanzo mi mirada y sentencio en mí una maldición que me perseguiría hasta el fin de mis días. Hasta mis 22.281 días restantes. Tal recuerdo me asechaba constantemente, incluso ahora acostada en la indulgente pradera, al lado del cadáver que olía a cloro y que me evocaba un lejano día de verano. Recordar cosas provocaba tales sentimientos en mí, y al final de cuentas, me di cuenta, que realmente tengo una despreciable fascinación con contar.

¿Qué quiero?

Por: Sólo Diego

Mente blanca, cielo azul, risas de mi amigo, las estupideces de mis primas, ¿por qué las recuerdo? Debería estar concentrado en mi trabajo. El proyecto número 44-A tiene fecha límite para mañana, viernes 22 de julio, y aquí estoy, descansando, o eso intento. Mejor me levanto y doy una vuelta; tal vez encuentre a este compadre para que me comente cómo va el trabajo del proyecto 24-C, que debería tener listo para que yo pueda firmarlo y que me paguen el dinero que necesito para pagar el auto que utilizo para venir a trabajar. Realmente no sé qué hago, tengo buen trabajo, estabilidad económica; puedo hacer deporte los jueves por la mañana. Solamente me tengo que regir bien a mi calendario para poder hacer todas las cosas que quiero hacer y hacerlas bien, y todo estará bien, ¿cierto?

Primer día de la nueva era, un nuevo trabajo, empleo y todo lo que quiera. El tiempo no me sobra, pero ¿quién lo quiere, cuando puedo pagar por lo que desee? Y más rápido que hacerlo yo mismo: de un llamado y la aplicación del celu, aparece el pedido con esa comida china que llevo tiempo queriendo probar, del mejor chef de la ciudad de New York, directamente a mi oficina personal en mi casa, donde nadie puede entrar a molestarme y puedo vivir tranquilo.

Segundo año que mantengo el puesto; realmente tengo un renombre. Las cosas han funcionado bien. He conocido una mujer súper atractiva que parece que no solo le gusta mi dinero, parece que también le gusta mi físico. Es lo mejor que me ha tocado, en el día de hoy es difícil encontrar gente de fiar. ¿Qué importa? Me trata bien, me cuida, se preocupa por mí, parece ser alguien en quien confiar, pero debo cuidarme de siempre tener un ojo abierto, como me decía mi viejo.

Tercer puesto al que asciendo en esta empresa. La carga de pega acaba de subir, casi al doble que mi anterior trabajo relajado, ¡pero ahora poseo casi diez veces los ingresos que tenía! Puedo por fin hacer esos gastos caros que siempre quise, tener mi propia cafetería, instalar toda clase de electrodomésticos que quiera en mi casa. Si trabajo un par de años más, podré retirarme y dedicarme a manejar el dinero.

Cuarta vez que rechazo el nuevo puesto de trabajo. Está bien que vaya a ganar más dinero, pero sería dejar mi tiempo libre en cero. Debo aprovechar que aún tengo la oportunidad de dormir; debo aguantar un poco más y seré libre de hacer lo que quiera.

Quinto cumpleaños de mi sobrino al que no puedo asistir por estar fuera de Chile. Lo bueno es que falta menos, podré volver a migrar, tener un buen empleo y utilizar el dinero ahorrado y lo construido para poder ayudar a mi familia y apoyarlos en sus proyectos personales. Me hubiera gustado haber reunido los recursos antes para haber vuelto a Chile antes de que mi padre enfermara; hubiera sido bueno haberlo llevado a ese viaje que tanto quería. Da lo mismo, no es tan importante, él me espera en casa y me dice que no me preocupe.

Sexta llamada que tengo que rechazar de mi hermano porque estoy en una reunión importante para cerrar un negocio y poder viajar a Chile. ¿Acaso no piensan que lo que hace uno es también por ellos? Me carga que siempre me molesten. Quiero hacer cosas, lograr metas y salir adelante; luego tendré tiempo para ellos... da igual, me gustaría darme el lujo de enojarme y seguir dando insultos al aire, pero acabo de ver los mensajes. Ahora tengo una preocupación más: contactar al resto de la familia y hacer un velorio y funeral como mi papá siempre quiso.

Séptimo partido de básquetbol que jugaré durante mi etapa de educación media; mi familia me espera para verme jugar. Yo, por otro lado, estoy tirado en el pasto del patio con mi pana, perdido en mi

imaginación y descansando para el juego. Bueno, eso hago yo; él, él se ríe de lo chistosa que es mi familia. Disfruto de esto, me pregunto de qué sirve preocuparme por el futuro, si ahora estoy bien. ¿Para qué trabajar? ¿Para qué tener grandes metas? ¿Vale la pena sacrificar el presente por un futuro incierto?... Me gustaría quedarme pensando, pero quiero ir a saludar a mi sobrino que vino a verme jugar y a disfrutar un poco de la vida. Gracias por acompañarme durante este paseo en mi cabeza.

Recuerdo de un amor perdido

Por: QuantumQuasar

Había una vez un joven llamado "Carlos", un estudiante ejemplar y una persona de buen corazón. Sin embargo, era tímido y apenas hablaba con sus compañeros de clase en la escuela secundaria. Pasaba la mayor parte de su tiempo solo, sumergido en sus libros y en sus pensamientos. Carlos era inteligente, pero no le gustaba destacar. A pesar de su brillantez, mantenía un perfil bajo y sus calificaciones eran promedio. No quería llamar la atención sobre sí mismo; prefería mantenerse en el fondo.

Carlos y su familia eran asiduos a la iglesia. A pesar de su timidez, Carlos asistía a la iglesia con su familia cada domingo. Sin embargo, no había muchos jóvenes de su edad en la iglesia, por lo que Carlos no pudo relacionarse mucho con ellos.

Pero había una chica, "Ana", que siempre estaba a su lado. Ana era amable y siempre ayudaba a Carlos. Lo invitaba a estudiar juntos, a compartir el almuerzo, e incluso a unirse a ella y a sus amigos en las actividades después de la escuela. Carlos pensaba que esto era normal, que Ana era simplemente una buena amiga.

Ana era buena en la mayoría de las materias, excepto en una o dos en las que a veces necesitaba ayuda. En esos momentos, acudía a Carlos. A pesar de su timidez, Carlos siempre estaba dispuesto a ayudarla. Apreciaba la confianza que Ana tenía en él y se esforzaba por explicarle los conceptos de la mejor manera posible.

A medida que crecía, Carlos comenzó a sentir algo más por Ana. Cada vez que la veía, su corazón latía más rápido y su rostro se sonrojaba. Pero nunca se atrevió a decirle nada, temiendo que pudiera arruinar su

amistad. Guardó sus sentimientos para sí mismo, ocultándolos detrás de su timidez.

Después de tres años de salir de la escuela, Carlos sufrió una tragedia. Su padre murió de un infarto y su madre cayó enferma. Fue un golpe duro para Carlos, pero se mantuvo fuerte. Tuvo que asumir una mayor responsabilidad para ayudar en casa y cuidar de sus hermanos. Durante este proceso, Carlos comenzó a pensar en Ana y en sus sentimientos por ella. Se dio cuenta de que aún la amaba, pero también sabía que era demasiado tarde. Ana había seguido su camino y él había seguido el suyo.

Un día, muchos años después, Carlos y Ana se encontraron de nuevo. Fue en una reunión de antiguos alumnos de la escuela secundaria. Al ver a Ana, los sentimientos de Carlos volvieron a aflorar. Decidió que era el momento de hablar con ella sobre el pasado.

Se acercó a Ana y comenzaron a hablar. Hablaron de sus días de escuela, de sus amigos comunes, de sus carreras. Y finalmente, Carlos reunió el coraje para hablar de sus sentimientos. Le confesó a Ana que siempre había estado enamorado de ella, pero que nunca se atrevió a decírselo por miedo a arruinar su amistad.

Posibilidad 1: Ana también estaba enamorada de Carlos
Ana escuchó en silencio, con una expresión de sorpresa y tristeza en su rostro. Luego, con una sonrisa amarga, le dijo a Carlos que ella también había estado enamorada de él en aquel entonces. Pero ahora estaba a punto de casarse con otra persona.

Carlos sintió un dolor agudo en su corazón al escuchar esto. Pero también sintió un cierto alivio. Finalmente, había podido hablar de sus sentimientos y obtener el cierre que tanto necesitaba.

Posibilidad 2: Ana no estaba enamorada de Carlos
Ana escuchó en silencio, con una expresión de sorpresa en su rostro. Luego, con una sonrisa amarga, le dijo a Carlos que ella apreciaba mucho su amistad, pero que no compartía los mismos sentimientos románticos hacia él.

Carlos sintió un dolor agudo en su corazón al escuchar esto. Pero también sintió un cierto alivio. Finalmente, había podido hablar de sus sentimientos y obtener el cierre que tanto necesitaba.

En ambas posibilidades, después de esa conversación, Carlos y Ana no volvieron a verse. Pero Carlos no se dejó abatir. Decidió seguir adelante con su vida, llevando consigo el recuerdo de Ana y la lección que había aprendido.

Durante este tiempo, Carlos se encontró a menudo solo. Pero en lugar de sentirse solo, utilizó este tiempo para sumergirse en su pasión por la tecnología. Comenzó a experimentar con diferentes tipos de tecnología, desde la programación hasta la robótica.

Carlos creó un mundo de ficción en su mente, un mundo donde la tecnología avanzada era la norma. Imaginó un mundo donde los robots eran comunes y la inteligencia artificial era tan avanzada que podía mantener conversaciones con humanos. Imaginó un mundo donde la realidad virtual era tan realista que uno podía vivir en un mundo completamente diferente

Carlos también comenzó a trabajar en varios proyectos de tecnología. Creó su propio robot, al que llamó "Amigo". Amigo era capaz de realizar tareas domésticas y también podía mantener conversaciones básicas. Carlos también desarrolló una aplicación de realidad virtual que permitía a los usuarios explorar diferentes mundos.

A medida que Carlos se sumergía más en su mundo de tecnología, comenzó a sentirse menos solo. La tecnología se convirtió en su compañera, llenando el vacío que Ana había dejado.

Carlos también comenzó a compartir su amor por la tecnología con otros. Comenzó a enseñar a los niños en su comunidad sobre programación y robótica. A través de su enseñanza, Carlos pudo inspirar a la próxima generación de innovadores tecnológicos.

A pesar de su pasado doloroso, Carlos encontró consuelo en su amor por la tecnología. Aunque todavía llevaba consigo el recuerdo de Ana, también llevaba consigo la esperanza de un futuro brillante. Y aunque todavía estaba buscando a su pareja ideal, Carlos sabía que, sin importar lo que el futuro le deparara, siempre tendría su amor por la tecnología.

Soy estudiante

Por: Anónimo

Aquella apareció como un espejismo en el desierto de mi último año. Un oasis de risas compartidas y miradas que se anidaban como enredaderas. Ella, con su sonrisa y su pelo alborotado, despertaba en mí una curiosidad insaciable. Yo, con mi desfachatez y mi risa contagiosa, parecía intrigarla.

El verano fue nuestro lienzo. Pintamos atardeceres en la playa, nuestros cuerpos reflejados en el mar. Historias a la luz de la luna, donde las palabras fluían como cálido viento de verano, iban generando ilusión en el amor. Conversaciones que parecían no tener fin esperaban al alba para así darnos cuenta de que el amor se tornaba un refugio contra las tormentas de la vida.

Pero el destino, aquel caprichoso malabarista, tenía otros planes. El golpe llegó sin avisar, como un mazazo en plena cara. Las notas finales se desplegaron en la pantalla, y allí, en rojo, la palabra "Reprobado" me atravesó como un puñal. Un vacío se abrió en mi estómago, un vacío que pronto se llenó de amargura y frustración. Mis amigos, mi novia, todos habían aprobado. ¿Por qué yo no? ¿Qué había hecho mal? La envidia, un monstruo verde y viscoso, comenzó a retorcerse en mis entrañas.

El veneno inundó las arterias de mi corazón, fluyendo por todo mi cuerpo. Nuestra relación, un remanso de paz, se convirtió en un campo de batalla. Las palabras, antes caricias, se transformaron en esquirlas. Una noche, después de otra discusión sin sentido, la vi llorar. Sus lágrimas, como gotas de lluvia en un cristal, me rompieron el corazón. Reflejaban una vez más el malestar emocional que estaba siendo sembrado en la relación.

En el anegamiento de mis sentimientos, me alejé de mis amigos, encontrándome solo en mi propio infierno. Mi estabilidad, frágil castillo de naipes, se desmoronó bajo el peso de mi fracaso. El corazón me latía a mil por hora, el aire se negaba a entrar en mis pulmones, y el miedo me paralizaba. Busqué refugio en las pastillas, tratando de silenciar el torbellino de emociones que me consumía. Pero la ausencia de dolor no era felicidad, sino una existencia hueca y sin sentido.

Me di cuenta de que los fármacos solo me hundían más en la oscuridad, haciéndome más dependiente de un falso alivio. Decidí poner mi vida en pausa y sanar mis dolores; eso implicaba congelar mis estudios. Justo en ese momento de introspección, llegó a nuestras vidas un pequeño gatito, un rayo de esperanza en medio de la oscuridad. Su ronroneo me recordaba que aún había algo por lo que luchar, alguien a quien cuidar. La terapia se convirtió en mi estratega, guiándome a través del campo minado de mi mente. Aprendí a identificar las voces negativas que me atormentaban y a cuestionar su veracidad. Aprendí a reemplazar los pensamientos de autodesprecio por afirmaciones positivas y a cultivar una actitud de autocompasión. Poco a poco, esas voces se fueron apagando, y en su lugar surgió una nueva voz, una voz que me decía que era capaz, que era valioso, que merecía ser feliz.

El regreso a la universidad fue como volver a entrar al campo de batalla. Los recuerdos del fracaso anterior me acechaban, pero esta vez estaba armado con nuevas herramientas. Estudié como nunca antes, aprovechando cada minuto libre. Mis amigos me apoyaron, me animaron a seguir adelante. Y ella, mi ángel de la guarda, estuvo a mi lado en cada paso del camino, su amor y paciencia inquebrantables. El día que recibí las notas finales, sentí como si me quitaran un peso de encima. Había aprobado todos los ramos, contra todo pronóstico. La alegría me inundó, pero también la gratitud. Había aprendido una lección valiosa: que el fracaso no es el fin, sino una oportunidad para crecer y superarse.

Poco a poco, volví a ser el hombre del que se había enamorado, aquel que la hacía reír y soñar. El daño fue hecho, y he aprendido a vivir con él, pero también a perdonarme por todo lo que hice en aquel periodo porque no me encontraba bien. Hoy, con la chica del pelo alborotado y nuestro gatito a mi lado, seguimos pintando nuestro lienzo, esta vez con colores más vibrantes, con la certeza de que el amor, como el arte, puede renacer de las cenizas.

Transcursos

Por: Amelie

Pasada la húmeda mañana de – no sabe qué día porque no le gusta usar el tiempo como concepto, ¿Se puede comprender lo que no es posible imaginar? - de reflexiones y atormento, riega sus plantas, se toma una taza de café italiano y sale vistiendo su larga chaqueta de cotelé color verde musgo – en parte para camuflarse de manera inconsciente - a la ciudad a observar a la gente. Le gusta observar y sacar deducciones de la gente que ve. La mayoría van apurados (como es la vida de la ciudad), otros tristes, algunos caminando con una felicidad inexplicablemente estúpida; aquellas personas que no experimentan nada más que felicidad, no comprenden la complejidad de la vida y sólo tienen sentimientos superficiales, piensa ella.

La ciudad para ella es un circo; hay crueldad y entretención para el espectador. Incluso se paga entrada para ver el espectáculo, es costoso vivir en la ciudad. La diferencia con el circo, es que los integrantes están obligados a pagar para formar parte de él, una especie de masoquismo adquirido, pero sabe que eso forma parte de la naturaleza del ser humano. Es como esas personas que se fuman dos cajas de cigarrillos diarios siendo conscientes de lo dañino que es, pero, en fin, es parte del concepto de la autodestrucción del hombre. Talamos bosques, contaminamos océanos y domesticamos lo salvaje. ¿Quién es el salvaje en todo caso?

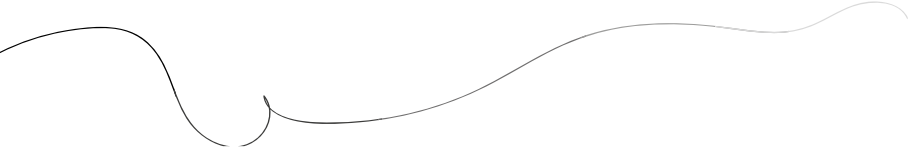
Siempre se fija en los detalles de las ciudades, no sólo en lo arquitectónico, sino en su arte, allí está oculto el alma de un pueblo. Hace vagos bosquejos de las panorámicas que va presenciando, como un artista pobre e invisible en París del siglo XIX.

Su vida se compone principalmente en tomar té y escribir poemas que posteriormente transforma en canciones, con acordes simples, no siempre armoniosos que hacer sonar en su guitarra, que lee en voz alta, para nadie. Le encantaría tener una habitación llena de diversos instrumentos e implementos de grabación y edición de sonido, en cambio, tiene un estante lleno de libros, en su mayoría de filosofía y literatura japonesa.

Se imagina a ella misma caminando por las calles londinenses escuchando The Beatles deambulando por Abbey Road, o visitando la tumba de Eleanor Rigby, o incluso, paseando por las elegantes calles de París, el alma del arte, escuchando a Yann Tiersen. Se imagina en un concierto de los años setenta bailando eufóricamente mientras tocan Led Zeppelin. Añora las épocas absentas de aparatos tecnológicos que limitan al ser humano de una vida social plena –no virtual-. También se imagina en recitales tranquilos de música indie o folklórica, o en una filarmónica escuchando y vibrando con recopilaciones de Vivaldi. O inspeccionando los problemas de Naoko, como Watanabe en Tokio Blues, dejándose llevar por la instrumentación de Bill Evans, compartiendo su amor imposible, acompañado de una intrínseca complicidad. Así es ella, una mezcla de muchas cosas. Actualmente vive en su imaginación. Todas las personas andan con máscaras, su verdadera cara no la conocen todos, y si todos conociéramos esas facetas, ya no habría interacción. Como espectadores de la obra de teatro, esperamos que cuando sea la hora de cerrar el telón, el final sea satisfactorio. ¿Cuántos telones insatisfactorios e inconclusos se han cerrado? ¿Es mejor involucrarse en la obra o seguir de espectador?

Siente que los reflejos persiguiesen su sombra, para escapar de la realidad se aferra al arte; al arte de la música, al arte de trazar rayas inconclusas que concluyen en cuadros, al arte de escribir historias que principian en melancolía y soledad y terminan en un mundo feliz, su vida

simula un realismo mágico claro, porque ser feliz es fantasía. Intenta abrir puertas invisibles con caminos destinados; le intriga esa dualidad entre el azar y el destino, prefiere no profundizar, es muy confuso, y en estos momentos confusión es lo único que se podría decir que la describe.



Una vez conocí un Capitán

Por: F. Valenzuela

He tenido mil aventuras a lo largo de mi vida, pero sin duda la que te quiero contar ha sido la mejor. Es la historia de cuando conocí a un Capitán. Era diciembre; me sentía sola, llevaba un par de años viviendo lejos de casa y entonces lo vi. No es como te lo imaginas; la verdad es que no tenía sombrero, ni espada, tampoco una tripulación ni barco. De hecho, mucho menos: ¡ni siquiera era humano! Solo era un pequeño gatito de un refugio; era el último de su camada, a nadie le parecía bonito, pero para mis ojos fue amor a primera vista. Lo traje a casa y estuve unos minutos admirándolo; siento que en ese instante me subí a su barco. Se notaba que llevaba un par de batallas para su poco tiempo en este mundo, tenía un tatuaje en su oreja, y decidí llamarlo "Capitán Caribe". Desde ese día, mi vida cambió y ya no me sentía sola; sentía que navegaba en aguas tranquilas, ¿quién sabe hacia dónde? Él era bastante aventurero, muy curioso, y aún ni me imaginaba el largo viaje que nos esperaba.

Caribe solía darse vueltas en botes, darse baños de tierra y le gustaba camuflarse entre las velas. Yo lo miraba por las tardes desde mi habitación, por las noches dormía tapado debajo de las sábanas y por las mañanas le gustaba mirar los delfines desde la ventana. Era fantástico. El Capitán ya tenía un año y meses cuando llegó una pandemia. Buscamos refugio en la casa de mi mamá, a dos horas en barco, en un pueblito llamado Chincolco. Fueron tiempos tranquilos en esa parada, hasta que Caribe empezó a resfriarse. Mi mamá tenía una gatita que le había pegado el resfriado; ella era marinera, mucho tiempo en el agua tal vez. Al ser un pueblito, los veterinarios son inexistentes, por lo que volvimos al barco para darle sus cuidados. El día de volver, la gatita marinera murió por su resfriado, y me asusté por mi Capitán, que

seguía los mismos pasos que la marinera. Sentí que nuestro barco se acercaba a una tormenta, y la más fea que he visto. Tomé a mi Capitán y lo llevé de inmediato al veterinario, y tras tres días de espera, supe lo peor: el pequeño fue diagnosticado con leucemia positiva, transmitida desde aquella gatita. Una gran ola inmensa se acercaba a nuestro barco para destruirlo.

Realicé colectas para recaudar fondos para su tratamiento, esperando su recuperación. Pasaron meses llenos de exámenes y remedios; debíamos sobrevivir a esta gran ola. Como pude, animé a mi Capitán a sacar nuestro navío a flote, y él, viendo lo que sucedía, por fin tomó el control: empezó a mejorar y a sacarnos de esa tormenta. Así volvimos otra vez a nuestras tranquilas aguas. Si bien ahora mi Capitán tenía una enfermedad, sabíamos llevarla bien. Ya no podía salir a los botes solo ni compartir con otros gatos, pero éramos felices los dos en nuestro hogar.

Jugaba con él por las tardes y en las noches, como siempre, dormía tapadito. Algunos fines de semana visitábamos a mi mamá en el pueblo, y se revolcaba en la tierra. No me importaba a dónde fuera nuestro destino, porque el viaje era increíble.

Pero como todo viaje, siempre llega a su final. Llevábamos cuatro años y un mes viajando hacia aguas desconocidas, hasta que decidí tomar un bote y alejarme un poco del barco: tenía que mudarme de casa y debía dejarlo con mi mamá unos días. Mientras estaba yo en mi bote, el Capitán daba claras señales de que algo sucedía en el barco. Mi mamá me llamó a altas horas de la noche para avisarme que mi pequeño Capitán, de repente, empezó a respirar extraño. Tras consultar este síntoma con mi prima veterinaria, me comentó que esto era urgente y que mi pequeño Capitán corría riesgos, por lo que tomé mi bote y me acerqué al barco. Dos horas de viaje me tomó poder llegar a rescatarlo, y el veterinario más cercano estaba a dos horas más de regreso. El tiempo era crucial; llegamos a las tres de la madrugada de urgencias. Sentí que

un gran monstruo nos hundía y se llevaba a mi Capitán; no sabía qué hacer. Pasaron las horas cuando el doctor se acercó para decirme que debía quedar hospitalizado, que tenía líquido en los pulmones y que la leucemia estaba ganando.

Al día siguiente, por fin pude verlo. El monstruo lo tenía encerrado. Le dije que aquí estaba, que no lo dejaría, pero debía esperar a mi próxima visita. Lo dejé con el dolor de mi alma, y al día siguiente aparecí con mantas y un juguete. Los exámenes daban malas noticias; el monstruo se lo quería llevar más lejos aún. Le dije que haría todo lo posible para liberarlo, pero al siguiente día me llamó el veterinario para confirmarme lo peor: ya no quedaba tiempo, y el monstruo se lo llevaría lejos. Fui inmediatamente a su celda, y llorando le supliqué que juntos podríamos vencerlo. Pero vi en sus ojos que nuestro viaje juntos estaba terminando, que debía seguir navegando sola y que él debía partir.

Ese día, 1 de diciembre del 2023, a las siete de la tarde, tomé su pata, nos abrazamos y le dije lo mucho que lo amaba. Logré liberarlo, y él, con su último esfuerzo, me miró y suspiró, agradecido tal vez por nuestro increíble viaje, agradecido tal vez por liberarlo de este terrible monstruo. Costó mucho tiempo superarlo; parte de mí se fue con él en su viaje solitario. Pero sé que llegaré a puerto en algún momento, y él estará allí esperándome. Han pasado meses y sigo navegando. En mi barco he subido a un oficial y a una tripulación que siempre estuvo, pero no me daba cuenta. Por fin supe que yo también puedo ser un gran Capitán en este barco, así como él lo fue.

FIN

Visita esperada

Por: Anmdra

Luego de una reparadora noche, Anton Molero se desliza a través de las sábanas blancas de un colchón de justa comodidad. Se acomoda las pantuflas mientras un destello de un verde amarillento llama su atención. Lenguas de suegra habían sido colocadas en el suelo junto al velador y brillaban obstinadamente ante él. Anton se percata de las cortinas abiertas, producto de alguno de aquellos fantasmas matutinos de blanco, sin terminar de decidir cómo sentirse al respecto. Luego de posar una cálida mirada sobre las susodichas plantas, opta por la positividad, ya que estas le traen lo que él cree son recuerdos. Después de todo, nuevo día, nueva oportunidad de mejora.

Si bien es cierto que Anton se encuentra resuelto a darse una nueva oportunidad, el camino recorrido no ha sido gratis. Aunque las últimas semanas han sido de arduo trabajo y de cuestionable fruto, incluso se atreve a enfrentarse al ritual social de la recepción de medicamentos por parte de los enfermeros, o al menos eso es lo que parece a este punto.

—Sus píldoras, señor —dijo el joven enfermero, un tanto perplejo e incómodo al ver la esbelta figura del hombre moreno de pie, observando el brillante cielo a través de la ventana—. ¡Señor Anton!

—¡Ah! Perdón... en la mesa, por favor —responde Anton robóticamente, apuntando con la mirada a la mesa redonda que se encuentra a dos pasos de la ventana en el otro extremo de la habitación.

—Señor, sabe que no me iré de aquí hasta que se las tome —devuelve el enfermero en un tono seco y ya acostumbrado a estas alturas de la relación—. Aquí tiene un vaso de agua.

Anton se atreve a mirar el delgado rostro de la entidad de cabello corto y negro que seguramente es la respuesta al misterio de la cortina. Recibe el vaso y el envase que se le estaba ofreciendo. En un solo movimiento, se lleva el pequeño envase de plástico blanco a la boca, engullendo efectivamente las píldoras mientras toma el agua del vaso con la otra mano. Traga realizando una pesada mueca mientras el enfermero aguarda, inexpresivo.

—Debo recordarle que tiene cita con el doctor Eloy —apunta.
—Eloy... cierto —responde Anton en un tono disminuido, casi como si el recordatorio hubiese sido lo suficientemente crítico como para acabar con todo lo logrado en el día hasta ahora. Pero Anton no se dejaría vencer tan fácilmente—. Gracias...

Eloy Hermida esperaba pacientemente con su correcto semblante y piernas cruzadas, haciendo que su pantalón de tela azul se levantara lo suficiente a lo largo de sus delgadas piernas como para enseñar su conjunto de calcetines blancos y botines de cuero negro, mientras con ambas manos sostiene un lápiz negro sobre una libreta en su muslo. Anton se encontraba sentado en un largo sillón azul frente a Eloy, contemplando su india tez morena y cabello negro ondulado. Entonces Eloy interrumpe el silencio.

—¿Cómo ha estado tu mañana, Anton? —pregunta.

—Bueno, no me puedo quejar, la verdad —contesta Anton.

—Bueno, eso es bueno —replica rápidamente Eloy—. ¿Qué hay de diferente esta vez?

—Esta mañana estuve pensando en las personas que me están esperando afuera —contesta Anton.

—¿Qué personas? —pregunta nuevamente Eloy, mientras realiza una mueca seria clavando los ojos en la cabizbaja cabeza de Anton.

—Mi familia, mis abuelas, mis hermanos, mi madre —Anton levanta la cabeza acomodándose en el sillón, sobándose las manos y codos en las rodillas—. Ellos merecen algo mejor; por eso hemos trabajado todo este tiempo.

—Anton, ¿con quién me encuentro hablando ahora mismo? —pregunta Eloy Hermida, sin cambiar su expresión previa. Anton vuelve a bajar la cabeza y empieza a articular palabras, casi hablando consigo mismo.

—Por eso he estado soportando todo este tiempo, intentando lograr un avance, pero pareciera que seguimos en el comienzo —balbucea.
—¿Con quién me encuentro hablando ahora mismo, Anton? —insiste el doctor.

—Conmigo —contesta.

—Exactamente. Entonces, ¿por qué insistes en mencionar a esas personas? No se encuentran aquí ahora; no son ellos por quienes me estoy preocupando en este preciso instante. La única persona que me importa en este momento eres tú —contesta efusivamente el doctor Eloy.
—Pero vendrán hoy, me llamaron ayer, dijeron que vendrían hoy —se apresura Anton a responder nerviosamente.

—No, Anton, ayer no te llamó nadie —mantuvo la mirada fija y seria para finalmente volver a hablar—. Dime cuáles son sus nombres.

Anton Molero quedó atónito ante lo acontecido en ese instante.
Hizo el esfuerzo suficiente para que una gota de sudor se asomara obstinadamente por su sien. De alguna manera, no recordaba los

nombres de sus seres queridos, las personas por las que había sufrido tanto... o eso creía.

—No los recuerdo —contestó finalmente Anton en un tono desolado.
—Por supuesto, Anton, porque todo lo que hemos hecho, lo hemos hecho nada más que por ti, y ya es hora de que abras los ojos y aceptes esa realidad —dijo Eloy Hermida, suavizando la voz.

Finalmente, Anton siente la sensación del acecho de una idea, tal como una presa advierte la presencia de una depredadora bestia negra y de ojos blancos asomándose por una desnuda colina en medio de un bosque oscuro e infinito bajo un cielo frío.

—No son reales —dijo finalmente el paciente, llevándose las manos al lívido rostro.

—Exactamente, no son reales. Y ese es el avance que estábamos esperando.

Voces naturales

Por: Javier AAG

Donde se difumina la tierra y el mar, soy un chungungo. Al fin me meto al mar a comer. Aunque voy y vuelvo porque, con el frío, no me quedo ni loco. Me dijeron nutria allá atrás. Por mi buena dieta, supongo. Pero no estoy ni ahí con ustedes; los humanos salen de todos lados y no dejan a uno ni secarse al sol. Acá siempre se cuenta que hay que tenerles cuidado, aparte que soy medio mecha corta y me enojo fácilmente. Antes, todo este fondo era alga huiro. ¡Adivinen quién chunga los sacó! Y por eso mismo, ahora no me queda ni arena en la casa, puro roquerío. Ya me voy. Está media fuerte la corriente; voy a bajar a ver si pillo un camarón antes de que se duerma.

En un mar profundo, soy una ballena franca austral. Recuerdo este lugar como si fuese mi primera migración. Ahí hay unas fumarolas, mire. Y si aún no me cree, le puedo decir exactamente dónde hay un naufragio magnífico. Yo no ando con mentiras, me gusta andar con la verdad siempre por delante. Así me enseñó mi madre, ¿sabe? Y ahora también lo seré yo. Para allá voy, al sur.

Dentro del camino que lleva a islas australes, soy una fárdela blanca. Hace años, acá en Isla Mocha, nos colocaban brazaletes. Creíamos que era para que fuésemos sus mascotas, pero nos íbamos igual a la mar y dejábamos el nido. Ahora sabemos que era para saber nuestra ubicación. A la mayoría no nos gustan los brazaletes; mejor pregunte para dónde vamos. ¿Que a dónde? Al norte, a Canadá. Desde allá arriba se ve todo. ¿Cómo no amar la libertad de poder llegar tan lejos? Pero uno siempre vuelve; finalmente nos encariñamos de aquí.

En pequeñas alturas coloridas, soy un moscardón. ¿Te gusta mi baile? Soy muy elocuente, mira este zigzag. ¿Te gustan las flores? A mí me encantan las flores. Mira, esta es mi favorita. ¡Hola! Dice que se llama amancay. ¿Te presento a mi familia? ¿Vamos a pasear?

En un autorreferente auditor, soy un ser humano. Pasé 26 años investigando un algoritmo que nos permitiera comunicarnos con extraterrestres, pero funciona mejor de lo que pensaba. Me he pasado, en vez, hablando con los habitantes de este planeta y no con los de afuera. Los que se comunican con olores, señales químicas o táctiles y que antes no podíamos comprender. Ya todos se conocen, solo faltábamos nosotros. Sin duda, mi descubrimiento ha cambiado radicalmente la vida de todos los seres vivos, algunos más que otros. En mi caso, después de largas discusiones con mi gato, decidimos finalmente que dejaría de ser su mascota.

En una mente observadora, soy un zorro chilote. No soy de muchas palabras; prefiero escuchar. He escuchado a los humanos desde antes de que nos lograran entender. Nos hablan sobre la inducción de un equilibrio, más allá de las mega-catástrofes, más allá de cualquier periodo geológico. Que es para ayudar a sobrevivir a los seres por sobre las glaciaciones o meteoritos, dicen. Quizás esa máquina nos logre traducir. ¿Pero hasta qué punto nos entenderemos?

Esta voz ya deja de ser mía. Son otras las que la comparten. Somos pudúes, palmas, estuarios, abejas, violetas, bosques, pumas, pingüinos, delfines y glaciares. Somos un conjunto improbable de moléculas. Una resistencia a morir. Un interconectado sistema dependiente unos de otros. Somos las voces antes silenciadas que llegamos a buscar empatía en este gigante ser azul. Que ahora nos comparte sus más profundos pensamientos.

Presentación

La Universidad Técnica Federico Santa María, a través de Biblioteca USM de la Subdirección de Información y Documentación Bibliográfica, junto al Programa Punto de Encuentro de la Dirección de Relaciones Estudiantiles, presenta el segundo libro digital del Concurso de Cuentos Breves USM, titulado "Detente, observa y escribe." Entregando profundas reflexiones sobre la vida, la naturaleza humana, la sociedad moderna y la búsqueda de identidad en cada uno de estos textos. En sus páginas se exploran temas de resiliencia, esfuerzo personal, los desafíos del rigor académico y la experiencia universitaria, abordados con sensibilidad e introspección.

Agradecimientos

Nuestro sincero agradecimiento a los estudiantes que participaron en esta publicación, compartiendo sus historias y creatividad desde los diversos Campus y Sedes de la USM. Cada autor contribuye con relatos que representan la riqueza y diversidad de nuestra comunidad académica.

Agradecemos también a la Editorial USM, cuyo apoyo fue esencial para dar vida a este libro digital mediante una cuidada maquetación e ilustración, permitiendo que las narrativas cobren una dimensión visual y literaria significativa.

Nuestro reconocimiento también al Comité Organizador, a la Dirección General de Comunicaciones USM por la difusión del concurso, al jurado y a cada persona que participó en la realización de este proyecto. En especial, agradecemos a la Biblioteca USM, que mediante su plataforma de libros de acceso abierto (https://libros.usm.cl) facilita que, además de nuestra comunidad, lectores de todo el mundo puedan disfrutar de estas creaciones.

Nota de contenido

Este libro no contiene lenguaje inapropiado ni temas que inciten al odio. Algunos de los cuentos abordan temas delicados; sin embargo, estos han sido tratados en un marco de crítica literaria, sin palabras ni mensajes explícitamente hostiles. Sin embargo, cierto contenido podría considerarse impactante para lectores sensibles, ya que incluye reflexiones sobre aspectos desafiantes de la vida y experiencias humanas.

Cesión de Derechos

Al participar en el concurso, los autores aceptaron las bases y cedieron a los organizadores el derecho de reproducir y difundir sus obras en acceso abierto, con fines culturales y sin ánimo de lucro.